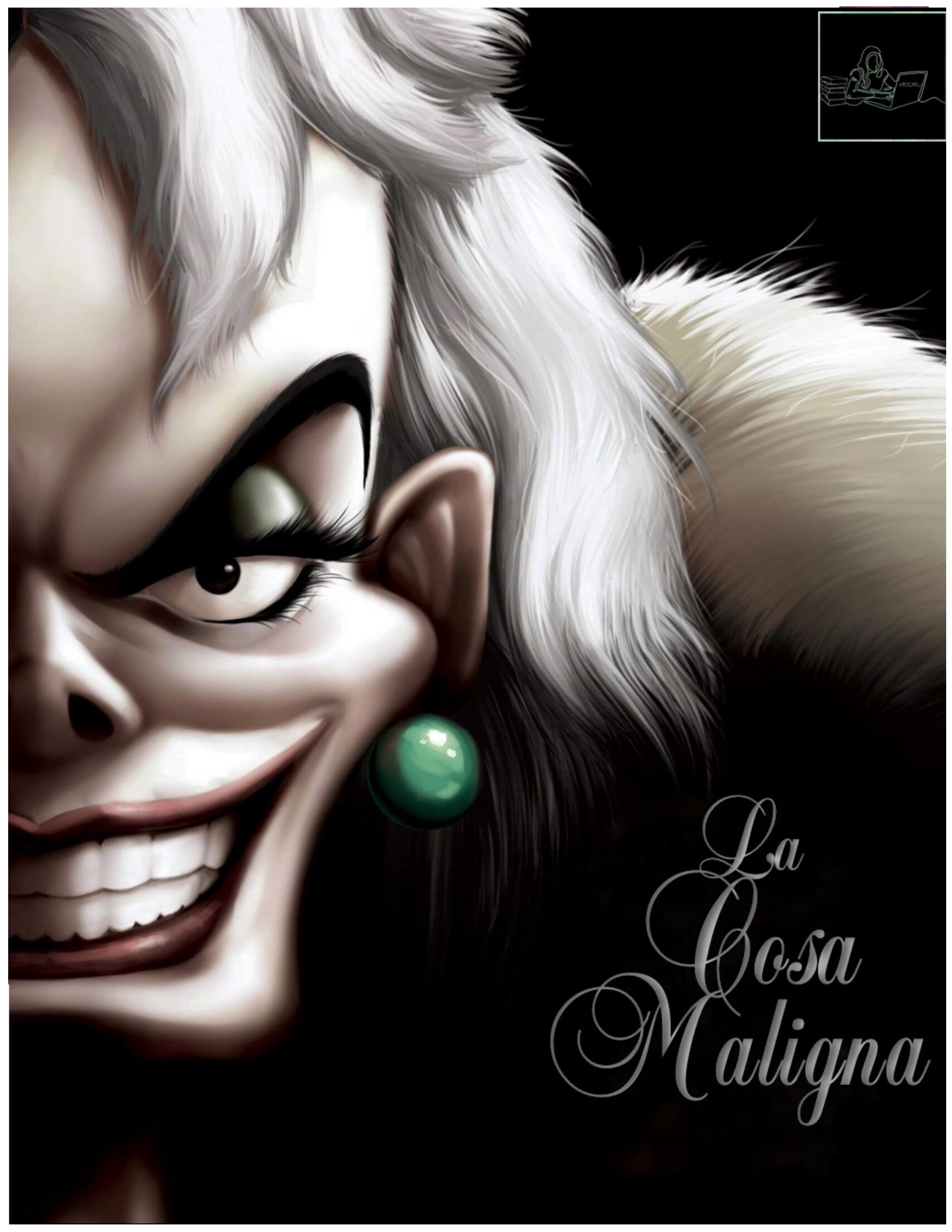
La
Cosa
Maligna

TRADUCCIONES MIDCYRU

Este libro ha sido traducido por y para fans por "Traducciones Midcyru" con el único fin de entretener y hacer llegar a más personas estos fantásticos cuentos, la labor ha sido realizada sin fines de lucro, con la única misión:

"QUE LA LECTURA NO ENCUENTRE OBSTACULOS"

Recuerden siempre apoyar al autor comprando su obra.

Siguenos en nuestra página de facebook: Traducciones Midcyru

EQUIPO DE TRADUCCION

Kylar Inkheart

Alejandra Bustamante Awdur

Anita la huerfanita

Gravity63

Marie Y.

Claire Vazquez

EDICION DE PORTADAS Y CONTRAPORTADAS

Gravity63

EDICION/CORRECCION/MAQUETACION

Danny/@ADRV14

Indice

CAPITULO I 5
CAPITULO II 35
CAPITULO III 51
CAPITULO IV 63
CAPITULO V 82
CAPITULO VI 95
CAPITULO VII 101
CAPITULO VIII 121
CAPITULO IX 137
CAPITULO X 154
CAPITULO XI 160
CAPITULO XII 169
CAPITULO XIII 177
CAPITULO XIV 191
CAPITULO XV 195
CAPITULO XVI 203
CAPITULO XVII 208
CAPITULO XVIII 212
CAPITULO XIX 219
CAPITULO XX 226
CAPITULO XXI 229
Agradecimientos 242

CAPITULO I

CRUELA DE VIL

Supongo que podría comenzar mi historia aquí, en Hell Hall, donde todos mis maravillosos planes nacieron de la oscuridad. Pero prefiero empezar desde el principio, o al menos lo suficientemente cerca como para darte una idea de lo que me motiva. Seguro, conoces la historia de esos cachorros, esos miserables dálmatas y sus insípidos dueños, Roger y Anita. Y estoy seguro de que incluso los apoyaste para que me evitaran.

Yo, ese monstruo, la 'mujer diablo' con un abrigo de piel. ¿Pero no merezco la oportunidad de contar mi propio lado de la historia? La verdadera historia. Después de todo, es fabuloso. ¡Mirad! La historia de mi. ¡Cruella de Vil!

Ticktock, queridos, estamos retrocediendo en el tiempo cuando era una niña de once años que vivía en la mansión de mi familia. Así que prepárense, queridos; les espera un viaje salvaje.

Mi mamá, mi papá y yo vivíamos en una gran casa en Belgrave Square. Era grande, escabrosa y magnífica, una casa imponente con cuatro columnas macizas que sostenían una terraza que miraba hacia la plaza. Nuestra comunidad estaba escondida a salvo de la chusma común de Londres al otro lado. Estábamos en el lado correcto, rodeados de muchos parques en expansión, creando un mundo que parecía pertenecernos solo a nosotros.

Por supuesto, uno podía ver al sirviente ocasional puliendo el bronce en los porches delanteros, o una niñera paseando por el

parque con su carga chillona. Y estaban las ancianas que vendían violetas en las esquinas, y los niños pequeños que vendían los periódicos y entregaban mensajes, pero eran casi invisibles, como espectros. Apenas pensaba en ellos como personas.

Los llamé 'no personas'. Para mí, casi parecían fantasmas.

Aunque, por supuesto, mis propios sirvientes estaban muy vivos, la mayoría de ellos eran como espectros silenciosos, apareciendo y desapareciendo de la vista solo cuando los necesitábamos. No eran reales. O no me lo parecía, de todos modos. No como mamá y papá. No como yo. Algunos de mis sirvientes me parecían más reales que otros. Los que siempre estuvieron a mi vista. Los sirvientes que no eran del todo sirvientes, sino algo entre un sirviente y un miembro de mi familia. Llegaremos a ellos a su debido tiempo.

Pero, oh, cuánto amaba a mi mamá y papá, y nuestra gran casa en Belgrave con sus candelabros de cristal, lujosos empapelados y pisos de madera relucientes cubiertos con alfombras exóticas. Y en cierto modo, incluso amaba a nuestros sirvientes fantasmales que se movían silenciosa y sistemáticamente por la casa, cuidando todos nuestros caprichos. Siempre allí. Siempre listos para cumplir mis órdenes con el sonido de una campana tintineante.

La imagen de nuestra gran casa brilla en mi memoria como una luz, tratando desesperadamente de llevarme de regreso a casa. Si tan solo pudiera estar dentro de la seguridad de sus muros una vez más. Vivir mis días tan gloriosamente como cuando era niña, cuando todo era sencillo. Fueron tantos días espléndidos en esa casa. Dan vueltas en mi memoria, a veces mareándome de nostalgia.

Pasé la mayor parte de mis días con la señorita Pricket, mi institutriz, en el aula. La señorita Pricket había dirigido mi educación desde que tuve la edad suficiente para aprender a leer. Me dio lecciones de francés, acuarela, bordado, lectura y escritura. La mayoría de las niñas de nuestro círculo social recibieron su educación de sus institutrices. Si hubiera sido niño, me hubieran enviado a un internado, donde habría aprendido todo tipo de materias, como mitología griega, historia y matemáticas. Se esperaba que las niñas aprendieran a comportarse en un salón matutino. Cómo comportarse como verdaderas señoritas. Cómo organizar fiestas espléndidas, planificar menús y conversaciones directas en la cena. Y eso también era parte de la educación que recibí de la señorita Pricket.

Pero nunca me dijo que no si yo expresaba interés en un tema que no estaba reservado para las jóvenes.

Ella alentó mi celo por la geografía, por ejemplo, y me permitió dedicar todo el tiempo que quisiera a aprender sobre las culturas y costumbres de diferentes países, porque sabía que yo quería desesperadamente viajar por el mundo cuando tuviera la edad suficiente para tomar un viaje de ese tipo.

Tengo tan buenos recuerdos de esos días. Pero mi parte favorita de cada día era cuando bajaba al salón de la mañana con la señorita Pricket para pasar una hora feliz con mi mamá.

Una hora todos los días, totalmente dedicada a mí.

La pasión de mi madre por la ropa exquisita era inquebrantable. Ella siempre estaba hermosamente vestida con los últimos diseños. Nadie podía sostenerle una vela, ni siquiera yo. Y todos saben lo impresionante que soy, ¿no, queridos? Han visto mis

fotos en los periódicos. Conocen mis hazañas y mi incansable devoción por la moda. Bueno, queridos, mi mamá era igual. Tenía una vida emocionante y glamorosa, y se lo merecía. Era la mujer más hermosa y seductora que conocí. Ella era una verdadera dama.

No tenía que hacer tiempo para mí, tan ocupada como estaba, pero lo hacía, a la misma hora todos los días, justo después de mis lecciones con la señorita Pricket. Mantenía la imagen de mi mamá en mi mente mientras bajaba nuestra gran escalera, yendo del salón de clases al salón de la mañana. Tenía que obligarme a no correr escaleras abajo, a ser una señorita adecuada y no chillar de alegría porque estaba muy emocionada de ver a mi mamá. Después de todo, mi aula era un nuevo desarrollo. La habían convertido recientemente de la guardería, lo que significaba que estaba en camino de convertirme en una jovencita.

La señorita Pricket siempre estaba ahí, sosteniendo mi mano para asegurarse de que me portara correctamente. No es que necesitara su guía sobre cómo comportarme. Aunque necesitaba su guía sobre cómo vestirme, ya que todavía no había desarrollado la ingeniosa habilidad de mamá para armar un conjunto. Antes de que saliéramos del aula todos los días para ser entregada a mamá, la señorita Pricket se aseguraba de que me arreglaran con esmero. Insistía en nada menos que la perfección. La señorita Pricket enumeraba todo en sucesión mientras me inspeccionaba, verificando si mi cabello, vestido y moños estaban en el orden correcto, sabiendo que me mortificaría si mi madre notaba algo fuera de lugar. No soñaría con bajar a la sala de estar sin antes ponerme uno de mis vestidos más bonitos, o antes de asegurarme de que mi cabello estuviera en rizos perfectos.

La sala de la mañana era la habitación que prefería mamá. Era su dominio y estaba exquisitamente decorado. No era la habitación más grande de la casa; como una de las habitaciones del piso principal reservada para la familia, era más pequeña pero acogedora y una de las más hermosas. La pared del fondo estaba llena de ventanas, junto con un juego de puertas francesas que conducían a la terraza, que daba a Belgrave Square.

Frente a las ventanas había un gran escritorio de madera donde mi madre hacía sus correspondencias y se ocupaba del funcionamiento diario de la casa. En la pared de la derecha estaba la chimenea. La repisa de la chimenea estaba decorada con buen gusto con los preciosos tesoros que mis padres habían reunido durante sus diversos viajes por el mundo: un par de hermosas estatuas de tigre de jade, un pequeño reloj dorado y una estatua de ónix negro de Anubis, el dios egipcio y protector de tumbas antiguas.

Anubis tomó la forma de un perro, y siempre pensé que era un protector de perros, hasta que mi padre me dejó claro. Y, por supuesto, en la repisa de la chimenea estaban las tarjetas de invitación a cenas y fiestas que adornaban las repisas de los hogares más elegantes. Mamá siempre tenía al menos tres invitaciones allí en una semana determinada.

Pintado sobre la chimenea había un gran diseño art decó semicircular que se ha grabado en mi memoria. Cuando cierro los ojos y pienso en la casa de Belgrave pienso en ese diseño. Ojalá pudiera describirlo con más precisión, porque no es el diseño lo que trato de describir sino el sentimiento que evoca cuando pienso en él. Una sensación de hogar. ¿Cómo se describe eso?

La sensación de hogar.

En el extremo derecho de la chimenea había un conjunto de estanterías flanqueadas por dos grandes palmeras en macetas, y a una distancia delante de ellas había una bandeja rodante con varios decantadores que contenían licores, copas de cóctel y un recipiente para dispensar agua mineral. Antes de la chimenea había un sofá de cuero, y enfrente había dos sillas de cuero con una pequeña mesa redonda entre ellas. Las paredes estaban pintadas de un color ciruelas polvorientas y decoradas con pinturas al óleo con ornamentados marcos dorados, retratos de damas y caballeros austeros. Probablemente eran parientes de mi padre cuyos nombres no conocemos.

Casi todas las visitas a la sala de estar para ver a mi madre eran iguales, pero me dejaba sin aliento cada vez que la veía sentada en el sofá de cuero, esperándome. Ella era tan sorprendente, mi mamá. Cualesquiera que fueran sus planes después de nuestra visita en la sala de la mañana determinaría cómo iba vestida. Por lo general, era una tarde con amigos para tomar el té y hacer compras. En uno de mis recuerdos, ella usa un hermoso vestido largo con un fajín bajo alrededor de sus caderas, como estaba de moda entonces. Su lápiz labial es de un color rosa polvoriento para combinar con su vestido, un contraste sorprendente con su largo, pelo negro brillante, que llevaba recogido para que pareciera una coleta.

Por las noches, cuando salía, usaba lápiz labial rojo, pero nunca durante el día. El lápiz labial rojo es para las noches, siempre decía. A veces todavía escucho su consejo resonando en mi mente, y cuando lo hago me siento como si todavía fuera una niña.

Una tarde en particular se destaca en mi mente. Para ser honesta, no puedo decir si este recuerdo es de un día o de muchos, todos revueltos en mi mente. Aún así, brilla intensamente.

Mi madre estaba sentada tranquilamente en el sofá de cuero marrón que estaba cubierto con una lujosa manta roja. Quería correr a sus brazos en el momento en que la vi, pero la señorita Pricket me apretó la mano, un suave recordatorio para actuar como una joven. En cambio, me quedé de pie con paciencia, esperando a que ella desviara su atención del montón de cartas y tarjetas que estaba leyendo. Cuando finalmente me miró, le dediqué mi sonrisa más encantadora.

—Buenas tardes, Cruella, querida—, me dijo, extendiendo la mejilla para que la besara. —Veo que estás usando ese vestido rojo otra vez—. Estaba mortificada. Mamá parecía decepcionada de mí y eso hizo que se me cayera el estómago.

—Pensé que te gustaba este vestido, mamá. Lo dijiste el otro día. Dijiste que me hacía lucir bonita.

Mi madre suspiró y dejó las cartas que estaba leyendo.

—Ese es mi punto, querida. Hace unos días te vi usándolo, pero insistes en usarlo nuevamente, cuando sé que tu armario está lleno de vestidos nuevos. Nunca se ve a una dama con el mismo vestido dos veces, Cruella.

Estaba lívida con la señorita Pricket. ¿Cómo pudo dejar que esto sucediera? ¿Cómo pudo dejarme usar el mismo vestido dos veces?

—Señorita Pricket, ¿le importaría llamar para pedir el té? Entonces, por favor, las dos, siéntense. Me ponen nerviosa revoloteando a mi alrededor como un par de pájaros.

—Por supuesto, su señoría—. La señorita Pricket tiró del cordón que colgaba a la izquierda de la repisa de la chimenea y

luego se sentó en una de las sillas de cuero frente al sofá donde mamá y yo solíamos sentarnos. Mientras esperábamos el té, mamá siempre me hacía las mismas preguntas en la misma sucesión. Cada vez. Ella nunca perdió el ritmo, mi mamá.

—¿Te preocupas por la señorita Pricket, querida?

—Oh, sí, mamá.

—Buena niña. ¿Y te va bien con tus lecciones?

—Sí mamá. Muy bien. Ahora mismo estoy leyendo un libro sobre una joven princesa valiente que puede hablar con los árboles.

—Cosas y tonterías. Hablando con los árboles. Señorita Pricket, ¿qué es este libro que le hace leer a mi hija?

—Es una de las historias de aventuras de Cruella, mi señora, del libro que Lord De Vil le dio.

—Ah, sí. Bueno, no permitiré que se arruine los ojos leyendo hasta altas horas de la noche —.

—No, mi señora. Le leo las historias por las tardes.

—Muy bien entonces. Oh mira. Jackson está aquí con el té.

Y así fue, seguido de cerca por Jean y Pauline, dos jóvenes doncellas con uniformes negros con sombreros y delantales blancos. Siempre sabía a qué hora del día era según el color de los uniformes de las doncellas. Por las mañanas y las primeras horas de la tarde vestían de rosa, y las últimas de las tardes vestían de negro.

Jackson tenía una bandeja con la tetera, tazas de té, platillos, platos pequeños, azúcar y crema. Era mi servicio de té favorito, el de las pequeñas rosas rojas. Jean tenía sándwiches, bollos y

pequeños pasteles blancos con bonitas flores rosadas, todo colocado artísticamente en una bandeja de pie con varios niveles que puso al lado de mamá.

Pauline, a quien mi mamá llamaba Paulie, tenía una gran jalea de frambuesa sobre un plato de plata. Se movió cuando lo puso sobre la mesa. —¿Y qué es esto, Paulie?— Preguntó mamá.

—¿Un regalo especial de la Sra. Baddeley?—

Paulie me dio una sonrisa maliciosa mientras respondía a mi mamá.

—Sí, mi señora, hecho especialmente para la señorita Cruella—.

—Bueno, será mejor que bajes a la cocina y le des las gracias a la señora Baddeley después de que hayamos tomado el té Cruella. Fue muy amable por su parte enviarte una jalea. Aunque la próxima vez, Paulie, haz que lo envíe a la guardería. No quiero dulces pegajosos en la sala de la mañana.

—Es el aula ahora, mamá—, dije en voz baja.

—¿Qué es eso, querida? Habla. No permitiré que actúes como un ratón tímido —, dijo, mirando la gelatina como si fuera a saltar de la mesa y arruinar la fina alfombra en cualquier momento.

—Es el aula ahora, no la guardería—, dije, alzando un poco la voz.

—Sí, por supuesto, querida, pero ese detalle no merece que me interrumpas. Ahora, no debes hacer esperar a la Sra. Baddeley. ¿Ya casi has terminado con tu té?

La señorita Pricket tomó mi plato lleno de bocadillos y pasteles de té con una mano y tomó mi taza de té por el platillo con la otra, luego los colocó en la bandeja de plata.

—Jean te llevará estos a la cocina, ¿no es así, Jean? Para que la señorita Cruella pueda acabar con ellos allí.

—Es una idea preciosa, señorita Pricket. ¿No crees, Cruella? De todos modos tengo que salir corriendo, querida. No debería llegar tarde para encontrarme con Lady Slaptton. Si lo estoy, no hablará de nada más hasta que algo más desvíe su atención—. Entonces mamá se volvió hacia nuestro mayordomo. —Jackson, mi abrigo.

—Sí, su señoría.— Y salió, con Jean y Pauline siguiéndolo desde el salón de la mañana con todas las cosas del té.

—Déle un beso a su mamá antes de que se vaya, señorita Cruella — dijo la señorita Pricket, como si tuviera que persuadirme. Pero el hecho era que me estaba tomando mi tiempo. Quería ver a mamá con su abrigo de piel.

—Puedes seguirme hasta el vestíbulo si quieres, Cruella, y despedirme antes de que te dirijas a la cocina.

La señorita Pricket me tomó de la mano y salió del salón de la mañana hacia el vestíbulo, la entrada principal. Era el gran nexo de nuestro hogar. Se podría decir que es el corazón de la casa. En el centro de la habitación había una mesa redonda con un jarrón de flores que se cambiaban a diario. Mi padre solía poner su sombrero en esa mesa cuando entraba por la puerta. Por supuesto, su mayordomo se lo llevaría para limpiarlo antes de que lo devolviera a su habitación, donde lo encontraría al día siguiente. A la derecha de la entrada principal estaba nuestro exquisito comedor, y a la

izquierda estaba la gran escalera que conducía arriba a una sala de estar y un salón de baile, y más arriba aún estaba el piso con nuestros dormitorios. Un piso más arriba estaban las habitaciones de los sirvientes, escondidas en el ático. Al pie de la gran escalera estaba la puerta que conducía al sótano, donde se encontraba la cocina y donde trabajaban los criados. Y justo enfrente de la puerta principal estaba el vestíbulo , el alma de la casa.

Jackson y Jean estaban parados cerca de la puerta principal, esperándonos. Jackson sostuvo el abrigo de piel de mi mamá y Jean sostuvo el bolso de mi madre, que brillaba a la luz del atardecer. Después de que Jackson ayudó a mi madre a ponerse el abrigo, me dio unas palmaditas en la cabeza.

—Ahora sé una buena chica, Cruella. Y no te atiborres de dulces, por mucho que insista la señora Baddeley. Adios mi amor. No estaré en casa para cenar.

Me lanzó un beso y salió corriendo por la puerta, con su largo abrigo de piel arrastrándose detrás de ella dramáticamente. Mi madre siempre salía para encontrarse con sus amigos, a veces no regresaba a casa hasta la tarde. Y si papá no estaba o llegaba tarde a la Cámara de los Lores, a veces ella no regresaba a casa hasta mucho después de la cena, cuando ya estaba en la cama.

La mayoría de los días eran así.

Oh, pero cuánto me encantaba mi tiempo especial con mamá. Una hora al día todos los días, desde que tengo memoria. Una hora dedicada enteramente a mí. Era lo más destacado de mi día. Un recuerdo al que me aferro ahora en la oscuridad.

Mi tiempo con mamá.

Mamá hermosa con sus abrigos de piel, joyas brillantes y vestidos elegantes. Mamá hermosa corriendo a lugares emocionantes. Era alta, delgada y larguirucha, con un llamativo cabello negro y ojos tan oscuros que ellos también casi parecían negros. Tenía pómulos altos, con rasgos angulosos por los que cualquier modelo o actriz moriría. Siempre estaba empapada de diamantes y vestida con vestidos relucientes y, por supuesto, sus abrigos de piel.

Puedo verla ahora cuando cierro los ojos. Brillando en la oscuridad, como una estrella reluciente.

Después de mi feliz hora con mamá en el salón de la mañana, la señorita Pricket me acompañó a la cocina para agradecer a nuestra cocinera, la señora Baddeley, por la gelatina. No siempre enviaba una jalea, pero cuando lo hacía, mamá insistía en que fuera cortés.

Tengo que ser honesta: la Sra. Baddeley era insoportable. Era una mujer rechoncha, de rostro enrojecido y ojos que siempre parecían sonreír. A menudo estaba cubierta de harina y caían mechones de cabello del moño que se apilaba en lo alto de su cabeza. Cada vez que se quitaba el pelo de la cara, ella se ponía más harina por todas partes. Le gustaba arrullarme como si aún fuera una niña y no una joven, y hacerme preguntas que, francamente, no eran de su incumbencia. ¿Por qué debería importarle lo que estaba aprendiendo en la escuela? Mamá no me insistió sobre qué materias estaba tomando, así que ¿por qué debería hacerlo nuestra cocinera?

Mientras bajaba las escaleras cerré los ojos con fuerza, deseando ser amable con ella y preparándome para su chillona letanía de preguntas rápidas.

—¡Oh, Cruella! ¿Cómo estás, mi niña? — preguntó tan pronto como escuchó mis zapatos bajando las escaleras. Para ser una mujer mayor, tenía el oído más agudo. Juro que podía oírme venir desde el tercer piso, y tendría una gelatina preparada y lista para mí cuando llegara al sótano.

—Estoy muy bien, Sra. Baddeley—, recité. —Gracias por la gelatina, fue hermosa.

Su risa fue ligeramente ronca, sin refinar y fuerte. Combinaba perfectamente con su apariencia.

—¡Oh, mi niña, sabe incluso mejor de lo que parece! Aquí tienes —, dijo mientras colocaba una porción amontonada en la isla frente a donde estaba enrollando un poco de masa. —Siéntate, querida. Sé que las jaleas son tus favoritas.

El hecho era que odiaba las gelatinas, pero de alguna manera se le había metido en la cabeza que las amaba, así que parecía que las gelatinas de la señora Baddeley me asediarían durante el resto de mi infancia.

Me senté en el taburete frente a ella y me obligué a tragar mi gelatina mientras la veía enrollar la masa, con una gran sonrisa en su rostro mientras me hacía sus preguntas insípidas.

—¿Te gustaría invitar a algunos amigos a tomar el té? ¿Qué tal esa querida y dulce niña Anita? ¡Podemos hacer una fiesta! Puedo hacer todos tus favoritos. ¿No le gustan las tartas de limón a Anita?

—A ella le gustan, gracias—, dije entre delicados bocados. Mamá me había advertido que no comiera demasiado, después de todo.

—Simplemente no puedo creer la edad que estás adquiriendo. ¡Pronto cumplirás doce, señorita Cruella! Te haré algo especial, de eso puedes estar segura —. Honestamente, ella no dejaba de hablar. —Y no pasará mucho tiempo hasta que termines la escuela. Solo un par de años. ¿Estás emocionada? ¿Nerviosa? Oh, Cruella, te encantará la escuela, todos esos nuevos amigos y aventuras… — Y así fue por lo que pareció una eternidad. Qué impertinente. Como si supiera lo que amaría y lo que no amaría. Ella siempre estaba fingiendo interés en mí, la Sra. Baddeley me llevaba a la distracción. Mi madre ni siquiera me hacia esas preguntas. ¿Qué hizo que una cocinera pensara que podía? ¿Pero no es así siempre con los cocineros, amistoso con los niños de la casa? Mamá me contó historias sobre los cocineros de su familia, cómo le pasaban los dulces y siempre entablaban conversaciones inapropiadas. Sé que Anita adoraba a la cocinera de su tutor; prácticamente la veía como una segunda madre. Pero eso fue algo que nunca entendí. Tenía una madre. Una madre maravillosa. ¿Qué querría yo con una mujer espolvoreada de harina que se preocupaba por mí casi constantemente? Fui educada con ella, por supuesto. Respondí a sus preguntas. Y fui dulce al respecto. (No tan dulce como las nocivas jaleas de la Sra. Baddeley, pero dulce de todos modos.) Así es como se espera que se comporte una señorita, así que así actué cuando cumplí con mi deber y bajé a la cocina para agradecer a la molesta mujer.

En ocasiones, mi madre también bajaba y hablaba con la cocinera, para comentar una comida excepcional o para agradecerle por impresionar a nuestros invitados. Creo que era porque tenía miedo de que la perdiéramos en otra casa si no hacía un escándalo por ella de vez en cuando. Tantos de nuestros invitados comentaron

sobre la cocina de la señora Baddeley que mi madre estaba segura de que alguien la compraría.

—No es como en los viejos tiempos—, decía mamá, —cuando los sirvientes estaban atados a una casa toda su vida. Ahora tienen otras oportunidades. Algunos incluso saben leer y escribir. Debemos hacer nuestra parte para mantenerlos leales —. Así que bajaba las escaleras con sus vestidos relucientes, luciendo bastante fuera de lugar, para mostrar una sonrisa de agradecimiento a la Sra. Baddeley y alabarla como se alabaría a un cachorrito necesitado.

Ah, cachorros. Pero llegaremos a esa parte de la historia muy pronto. Así que tomé una página del libro de mi madre y bajé a la cocina para agradecer a la señora Baddeley cuando me envió una jalea. Me aseguré de decir que amaba más la frambuesa. Arrullé la forma de la gelatina y le pregunté si podía ver el molde en el que la había hecho. Todo esto hizo que la Sra. Baddeley se riera de alegría. Ella misma parecía una gelatina, moviéndose y tambaleándose mientras lo hacía.

Sacó el molde del estante alto y me lo mostró. Fingí encontrarlo fascinante.

—Gracias, señora Baddeley. ¿Quizás podría usar el molde redondo la próxima vez? El de los arbolitos. Me encanta ese.

Honestamente, no me importaba en qué forma estaba hecha mi gelatina; sea cual sea la forma, todavía tendría que tragármelo. Pero la solicitud la hizo reír, pareciendo llenar su pequeño corazón con alegría, y ella me creyó, la tonta que era. —¡Lo haré, señorita Cruella! ¡Y seguro que será otra frambuesa!

—Gracias, señora Baddeley—, dije.

Eres una tonta, pensé.

—¿Y cómo estuvo hoy tu visita a tu madre?— preguntó, luciendo un poco triste cuando lo hizo.

Por alguna razón, buscó la respuesta en la señorita Pricket.

—Estaba tan hermosa como siempre—, dije en voz alta, asegurándome de que supiera que la respuesta venía de mí y no de mi institutriz.

—Estoy seguro de que pasaría más tiempo con usted si pudiera, señorita Cruella—, dijo la cocinera, con las manos cubiertas de harina mientras enrollaba la masa para el sabroso pastel que estaba preparando para la cena de los criados. Ella se había propuesto decirme que el pastel de conejo era el favorito de Jackson. Intenté no arrugar la nariz. La última vez que estuve allí, ella había estado haciendo algo llamado pastel de cabaña. Supuse que a las clases bajas les encantaban los pasteles.

—Pasamos una hora encantadora juntos—, dije, sonriendo entre dientes.

La señora Baddeley y la señorita Pricket intercambiaron otra mirada.

Era tan extraña la forma en que se miraban cuando hablábamos de mi mamá. Decidí que era porque estaban celosas. Quiero decir, ¿cómo podrían no estarlo? ¿Por qué más estarían lanzando miradas extrañas entre ellas? Mi madre era una dama y, después de todo, solo eran sirvientes. Y luego, como si pudiera sentir que podría decirlo en voz alta (nunca lo haría, ya que ciertamente no habría sido como una dama), la señorita Pricket tomó mi mano, indicándome que era hora de volver arriba. Y gracias a

dios que lo hizo, porque resultó que habíamos estado allí durante horas.

—Vamos, señorita Cruella. ¿Vamos arriba y llamamos a la señorita Anita para invitarla a tomar el té mañana?

— ¡Oh, sí, señorita Pricket! Me encantaría— dije mientras me bajaba de mi taburete y tomaba la mano de la señorita Pricket.

Mientras subía las escaleras sosteniendo la mano de Miss Pricket, sonriendo y saludando a la Sra. Baddeley, mi corazón se sintió más ligero. Ascendía de la oscuridad del calabozo de la cocina a un mundo que era real y resplandecía de luz.

Arriba, había vida y belleza, y ni una mota de harina.

Odiaba visitar abajo; allá abajo estaba oscuro y sofocante, y los sirvientes parecían pálidos fantasmas en la poca luz. Pero, ¿cómo podían evitarlo? Escondidos en el sótano durante el día como estaban, sin pasar tiempo nunca bajo el sol. Creo que esa es una de las razones por las que no me parecían reales.

La señorita Pricket, supongo, era casi real. No era exactamente una sirvienta, pero tampoco era parte de la familia. No comía con los criados. Y ella no se quedaba en las habitaciones de los sirvientes, metida en el ático con el resto de ellos. Ella comía conmigo, si mi familia estaba fuera por la noche, o en una bandeja en su habitación al otro lado del pasillo de la mía.

La señorita Pricket casi podría haber sido una dama si se hubiera vestido como tal. Y ella era lo suficientemente bonita debajo de su austero atuendo de institutriz. Su uniforme la hacía parecer mucho mayor de lo que era. Cuando era pequeña, me confundía porque mamá se refería a ella como una solterona, y no

fue hasta que fui mayor que me di cuenta de que ella era bastante joven. Ella tenia ojos verde claro, cabello pelirrojo, mejillas pecosas y un cuerpo delgado. Ella era delicada y frágil como una dama. Pero ella no era una dama.

Ella era un intermedio.

Cuando la señorita Pricket y yo finalmente subimos las escaleras desde la cocina y llegamos a la entrada, vi a nuestro mayordomo, Jackson, acercándose a la puerta para dejar entrar a alguien.

Jackson era alto, canoso y estoico. Había cierta dignidad en él; siempre mantuvo la compostura. Lideraba la casa como un gran general en guerra, excepto sin todos los gritos. Jackson nunca gritó. Al menos nunca gritó arriba.

Jackson abrió la puerta. ¡Para mi sorpresa, era mamá! Mi corazón dio un vuelco y chillé de alegría. No esperaba que volviera tan pronto.

—¡Cruella, por favor! ¡Compórtate como una dama! — dijo la señorita Pricket, apretándome la mano.

Mamá se abalanzó hacia el vestíbulo como una estrella de cine, su abrigo de piel se deslizó dramáticamente a su alrededor. La siguieron varios lacayos cargados con sus numerosos paquetes.

—¡Hola mamá!— Dije, sacando mi mejilla para que me besara.

—¡Hola, Cruella, querida!— ella dijo.

Sus ojos se posaron en mi vestido. — Veo que has bajado para agradecer a la señora Baddeley por la jalea. ¿Vienes ahora de la

cocina? Señorita Pricket, mírala. ¿Exactamente cuánto tiempo estuviste ahí abajo? ¡Parece que ella misma horneó un pastel! ¡Yo no tengo una hija mía que parece una cocinera común!

Bajé la mirada a mi vestido, mortificada. No me había dado cuenta. Gracias a Dios, mi madre había sido lo suficientemente considerada como para llamar mi atención, a diferencia de la desdichada Sra. Baddeley, ¡dejándome desfilar como una tonta cubierta de harina! Probablemente no pensó que hubiera nada malo en eso.

—Gracias mamá.— Di un paso atrás, dándome cuenta de que era una tontería extender mi mejilla salpicada de harina. Lo último que quería hacer era cubrir con harina el hermoso abrigo de piel de mamá.

— Tu padre llegará tarde a casa esta noche, así que cenaré con los Slaptton antes de la ópera.

—Oh.— Se me cayó el corazón.—Pensé que habías cambiado de opinión y decidiste cenar en casa.

—No, cariño. Estoy en casa para cambiarme. Puedes comer con Miss Pricket en la guardería. Entraré a despedirme antes de irme.

—El aula, Lady De Vil — le recordó la señorita Pricket rápidamente, con una mirada en mi dirección. —Ahora es el aula, no la guardería—. Sonriéndole a mi madre, agregó: —Hablando de eso, a la señorita Cruella le está yendo muy bien con sus estudios, mi señora.

Mamá no respondió. Era como si la señorita Pricket no hubiera dicho nada en absoluto. ¿Y por qué debería responderle mamá?

No se había dirigido directamente a la señorita Pricket. Y probablemente no le importaba que la corrigiera un intermedio. No podía esperar que mi madre recordara algo tan trivial como cómo se llamaba una habitación tonta. Incluso si estaba bastante orgullosa de pasar mis días en un aula en lugar de en una guardería.

La cara de la señorita Pricket decayó. Supuse que estaba molesta por ser ignorada por mamá. O quizás fue porque mamá estaba muy molesta por el estado de mi ropa. Cualquiera que sea la razón de su mirada amarga, me tomó de la mano y me llevó escaleras arriba. Tuvimos nuestra noche habitual juntas, después de que volví a estar presentable. El punto culminante de la noche fue que mamá entró al aula para decir buenas noches antes de irse a sus planes nocturnos, su vestido reluciente brillando a la luz, sus tacones haciendo clic en los pisos de madera y su bolso enjoyado colgando del brazo. Su voz musical me dio las buenas noches.

— Que tengas una hermosa noche, Cruella. Duerme bien —, dijo, lanzándome un beso. —Puedes subir a las escaleras y verme irme si quieres.

Y lo hice. Siempre lo hice. Me encantaba ver a mamá salir para salir por la noche.

Observaba desde lo alto de las escaleras mientras su vestido brillante se arrastraba detrás de ella hasta que llegaba al final, donde Jackson estaba esperando, sosteniendo su largo abrigo de piel. Me quedé sin aliento mientras la veía irse. Ella era la mujer más glamurosa que jamás había visto.

¡Cómo envidiaba esos abrigos de piel! No podía esperar hasta conseguir mi primero.

Esperé hasta que el estruendo del coche de mamá estuvo demasiado lejos en la distancia para escuchar más, y luego fui a mi habitación.

Cada noche era igual. La señorita Pricket me traía un poco de chocolate y charlabamos sobre nuestro día mientras yo lo bebía. Ella me leía y luego hacíamos nuestros planes para el día siguiente antes de que me arropara. —¿Deberíamos invitar a Anita mañana? Ha pasado un tiempo desde que la hemos visto —.

—Sí, le dije adormilada. —Me encantaría.

Eso era cierto. Había estado viajando con su familia durante el verano, así que había pasado algún tiempo desde que estuvimos juntas. Anita era mi mejor amiga y la había echado de menos desesperadamente durante su ausencia. Conocía a Anita desde que tengo memoria. Estaba bajo la tutela de uno de los colegas de mi padre y mejores amigos en la Cámara de los Lores, y aunque mamá no pensaba que fuera una amiga adecuada para mí porque no nació en una familia de la alta sociedad como yo, papá pensó que era una buena influencia y siempre insistió en que la invitáramos a nuestros viajes y reuniones familiares. Al crecer, ella era como una hermana para mí.

Aunque Lord Snotton la dejó vivir en su casa, ella no debía ser una dama adecuada, no como yo. Anita no se presentaría a la sociedad. Lo máximo que podía esperar Anita era una educación excepcional para poder convertirse en niñera o institutriz en un hogar adinerado, a menos que sus tutores lograran encontrar una pareja adecuada con un caballero al que no le importara su falta de

conexiones familiares. Por supuesto, podría decidir aventurarse por su cuenta y convertirse en dependienta o mecanógrafa. ¿Pero por qué querría hacer eso?

Me recordó a la historia de Jane Austen, oh, ¿cómo se llamaba? El de las dos hermanas: una casada por amor y la otra casada con sensatez. Y claro, la que se casó por amor era pobre, y tuvo que enviar a una de sus hijas a vivir con su hermana que se había casado sensatamente. Esa es la historia de Anita en pocas palabras, excepto que el tutor de Anita no tiene un hijo guapo del que ella se enamore y se case. Tenían dos hijas que hicieron todo lo posible para mostrarle a Anita que estaba debajo de ellas. Me pregunto si, de no haber llegado a amar a Anita de la forma en que lo hice desde una edad tan joven, antes de que mi madre me hablara de sus antecedentes, hubiera sentido lo mismo que esas miserables chicas Snotton. Supongo que nunca lo sabré.

Anita estaba realmente un paso por encima de un intermedio. Pero ella era mi mejor amiga y mi compañera favorita. No me importaba su familia o su falta de conexiones. Ella era la persona más dulce que conocía. Y yo la amaba.

Después de que hablamos de invitar a Anita a tomar el té, la señorita Pricket sugirió que leyéramos de mi libro favorito de cuentos de hadas, como era nuestra costumbre habitual en las noches.

—¿Deberíamos leer un poco sobre la princesa Tulip antes de ir a dormir? Creo que lo dejamos justo cuando estaba a punto de hablar con los Gigantes de las Rocas para ayudarla a ella y a los Señores de los Árboles a proteger las Tierras de las Hadas de una terrible amenaza.

—Creo que estoy demasiado cansada para las historias esta noche, señorita Pricket—. Mis párpados comenzaban a caer y me distrajo algo. —¿Entiendes por qué a mamá no le gusta Anita? ¿Es realmente por su familia?

—Realmente no podría decirlo, señorita Cruella—. Sabía que esa era la forma en que la señorita Pricket decía que prefería no decirlo, y la respetaba por no hablar en contra de mi mamá. Aunque no me hubiera importado si ella lo hubiera hecho, porque por mucho que la amaba, no entendía su disgusto por Anita.

—Escuché a mamá y papá discutiendo sobre Anita, y mamá dijo algo extraño. Ella dijo: 'Anita me hace sentir como si algo estuviera acechando mi casa, rodeándola y arañando sus paredes. Ojalá fuera un sentimiento menos perturbador'. ¿Qué cree que quiere decir con eso, señorita Pricket?

—No debería estar escuchando a sus padres, señorita Cruella—, la señorita Pricket la regañó suavemente. —No es propio de una dama—. Bostecé. A veces era bastante fácil no parecer una dama sin siquiera saberlo. Entonces cambié de tema.

— Mamá estaba preciosa esta noche, ¿no es así, señorita Pricket? ¿No soy la más afortunada de las chicas por tener una mamá tan hermosa?

—Sí, se veía muy hermosa, señorita Cruella—, dijo.

—¿Y no soy yo la chica más afortunada?— Empujé.

Ella no había respondido esa parte de mi pregunta. Ella simplemente se sentó allí con la mirada más triste en su rostro. Por alguna razón, la señorita Pricket siempre parecía triste cuando hablábamos de mi mamá. Y se veía especialmente triste por las

noches. Le sonreí a la mujer cuando me dio un beso en la mejilla de buenas noches, pero me sentí triste por ella. Qué vida tan solitaria debe haber tenido. Pasando sus días con una niña que no era de ella, comiendo la mayoría de sus comidas sola. No tiene familiares ni amigos que la amen o la cuiden. Supuse que era la única, a mi manera.

—Buenas noches, señorita Pricket— dije con una sonrisa, esperando que alegrara su expresión, que permaneció fija sin importar cuánto lo intenté.

Pero entonces sucedió algo sorprendente. Su rostro se transformó después de todo.

—¡Oh! ¡Cruella! Lo siento mucho, lo olvidé. Tu madre te dejó algunos regalos en el tocador. ¡Mira!

Corrió hacia el tocador y llevó las cajas a la cama para que pudiera abrirlas. Una caja contenía un hermoso vestido rojo con un cinturón a juego. Una caja más pequeña contenía zapatos y un pequeño bolso de mano. La última caja que abrí era la más grande y contenía el regalo más magnífico de todos: un abrigo de piel blanco con cuello negro. Me levanté de la cama y me la puse de inmediato. Incluso sobre mi camisón, el abrigo me hacía lucir glamorosa.

Me parecía exactamente a mamá. Finalmente tuve mi propio abrigo de piel. Y supe que este era el comienzo de una fase importante en mi vida. Estaba en camino de convertirme en una dama glamorosa.

Como mamá.

—Mire, señorita Cruella, su madre sí piensa en usted. Creo que le quiere mucho —, dijo la señorita Pricket.

Pero la mirada en sus ojos me hizo sentir que estaba tratando más de convencerse a sí misma de lo que estaba tratando de convencerme a mí. No necesitaba convencerme. Sabía que mi mamá me amaba.

Me aparté del espejo y le di a la señorita Pricket una mirada extraña. —Qué cosa más divertida que decir, señorita Pricket. Por supuesto que mamá me ama. ¡Mire este hermoso abrigo! — La señorita Pricket asintió. pero su sonrisa se veía triste mientras guardaba mis regalos.

—¿Por qué está tan triste?— Yo le pregunte a ella. Supongo que me sentí un poco mal por ella. Ella sonrió de nuevo pero no respondió. Eso es lo que pasa con las intermedias como la señorita Pricket. Porque son casi reales casi te sientes mal por ellos. Casi te gustan. Pero nunca descubrí qué la entristecía tanto. Nuestra conversación fue interrumpida esa noche antes de que ella pudiera decírmelo, porque de repente alguien llamó a la puerta.

—¿Cruella?— La voz que escuché era profunda, suave y cuestionadora.

—¿Papá? ¡Adelante!— Llamé de nuevo. Abrió un poco la puerta y miró hacia adentro juguetonamente. Tenía la misma sonrisa traviesa que a menudo me saludaba por la noche antes de acostarme. Tenía el papá más guapo de todos mis amigos, con su cabello oscuro y su amplia sonrisa de estrella de cine. Y siempre tenía una sonrisa para mí. No era uno de esos señores sofocados, de esos que parecen una morsa gigante o un pájaro pesado. Era guapo y siempre sonriente. Mirando hacia atrás, creo que mi mamá deseaba que fuera un poco más serio. Quizás incluso un poco más sofocante. Ahora sé que ella no apreciaba que él alentara mi

amistad con Anita, o que no le importara que me quedara despierta toda la noche leyendo mis cuentos de hadas. Y sé que a ella no le gustaban las caras graciosas que hacía en la mesa para hacerme reír. Pero por mi parte, pensé que era encantador.

Me di cuenta de que la señorita Pricket siempre se sentía como una intrusa cuando papá entraba en picado para charlar antes de acostarse, si llegaba a casa a tiempo. Se disculparía torpemente y se alejaría, más como una de las no-personas que como el intermedio que era. Siempre me hacía reír verla escabullirse antes de que papá se dejara caer en el borde de la cama con un golpe dramático. No era un hombre torpe, pero conmigo le gustaba fingir que lo era. Era nuestra cosa especial.

—¿Y cómo está mi chica?— preguntó.

—Muy bien, papá. Tuve un hermoso día con mamá.

—¿La viste hoy?

Papá podía ser tan olvidadizo a veces. Siempre parecía sorprendido cuando le decía que mamá pasaba el día conmigo, aunque sabía que ella pasaba una hora cada día conmigo después de mis lecciones.

—Lo hice, papá. La vi a tomar el té como todos los días. ¡Pasamos un tiempo maravilloso! —

—¿Lo hiciste, mi niña? ¿Un tiempo maravilloso? Bueno, es muy bueno escuchar eso, Cruella querida.

Sus ojos se posaron en las cajas vacías al pie de la cama con el ceño fruncido. —Veo que tu madre volvió a salir de compras.

De repente me sentí irritada con la señorita Pricket por no llevárselos.

—¿Qué te compró esta vez?— preguntó, luciendo un poco enfadado.

—¡Oh, padre! ¡Mamá me consiguió el abrigo de piel blanco más elegante! — Salté de la cama y me probé el abrigo por él, dando vueltas en el espejo. —¿No me parezco a ella?

—Sí, Cruella. Me temo que sí —. Me miró de una manera tan extraña que dejé de darme vueltas de repente. ¿Lo había hecho enojar? —Papá, ¿estás enfadado conmigo?

Me levantó en brazos, haciéndome girar en círculos.

—No, cariño. No estoy enfadado contigo. Te ves preciosa. Bailemos juntos.

Bailamos alrededor de mi habitación, lo que nos hizo reír tanto que tuvimos que detenernos y recuperar el aliento. Luego metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño paquete envuelto en papel marrón y atado con un cordel.

—Bueno, yo también tengo algo para ti, querida. No es un abrigo de piel, pero vienen con una historia interesante que creo que agradecerás —. Mi padre rara vez me traía regalos. Casi todas las noches me traía sonrisas tontas, conversación y afecto, pero rara vez me traía regalos. Tenía tan poco tiempo para demostrarme que me amaba, ocupado como estaba en la Cámara de los Lores. A diferencia de mamá, que casi siempre me llevaba a casa algo hermoso.

—¡Oh, papá!— Grité, rasgando el papel. Los restos hicieron que mi colcha blanca pareciera estar cubierta de lunares marrones.

—Lamento no haber tenido tiempo de envolverlo con elegancia—, dijo. —Era un tipo de hombre interesante, el propietario de una tienda de antigüedades, no del tipo que ofrece bonitas cajas y lazos.

No me importaba. Apenas podía esperar a ver qué era. Pero mi sonrisa se desvaneció cuando abrí la caja: un par de aretes redondos de jade. Eran de un verde apagado y sin complicaciones.

—Gracias, papá—, dije, sonriendo de nuevo con algo de esfuerzo.

Comparado con el abrigo de piel que mamá me había dado, apenas era un regalo. Creo que fue el momento en que me di cuenta de que mi padre no me amaba después de todo, o al menos no tanto como yo pensaba. Si me amase, me habría comprado algo realmente hermoso. Como siempre hacía mamá.

—Cruella, querida, no te he contado la mejor parte. ¡Estos aretes fueron encontrados en un cofre pirata real! — Mis ojos se agrandaron. Este fue un desarrollo interesante.

—¿De Verdad?

—Sí, mi vida. ¡Era un gran pirata! Robó un cofre de tesoros de una tierra mágica y lejana. ¿Recuerdas ese libro que te conseguí? ¿El de los extraños cuentos de hadas? Al parecer, el libro y los pendientes vienen del mismo lugar mágico.

—¡Eso es interesante!. Me encantaban los cuentos de fantasía y aventuras. La idea del tesoro de un pirata llenó mi corazón de asombro. Pero no podía animarme a emocionarme con su regalo. Pude ver su rostro caer cuando se dio cuenta de que no amaba los aretes, pero continuó.

—Esta es la parte más interesante, querida. Se rumorea que el tesoro fue maldecido por brujas repugnantes, hadas desagradables o cosas por el estilo. ¿Puedes imaginar?

Traté de emocionarme con la supuesta historia mágica del regalo. Realmente lo hice. Pero estaba demasiado decepcionada por los aburridos pendientes.

No es como si estuviera en el barco pirata teniendo la aventura. Hubiera preferido eso, para ser honesta.

—¿Así que me tienes pendientes malditos?

Mi padre se rió. —Bueno, por supuesto que en realidad no están malditos, Cruella. No existen las maldiciones, en realidad no. Pero te encantó el libro de cuentos de hadas que te compré, así que pensé que disfrutarías la historia de todos modos. ¿No están tú y la señorita Pricket siempre leyendo sobre esa princesa aventurera, cómo se llama?

—Princesa Tulip—, dije.

—Sí, ese es su nombre. Sabía que amabas sus historias, así que cuando escuché la historia de los pendientes, bueno, solo tenía que conseguirlos —. Él suspiró. —Incluso si costaran una fortuna.

¿Una fortuna? ¿Por qué no lo había mencionado antes? Bueno, esta era otra historia completamente diferente. Los miré de nuevo, considerándolo, y decidí que me gustaban después de todo. ¡No, decidí que los amaba! Y me reprendí por pensar que mi papá no me amaba.

—¡Los amo, papá! ¡Gracias!— Dije, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello. Su sonrisa se desvaneció un poco. No supe por qué.

—Puedes parecerte mucho a tu madre, Cruella—, dijo.

Y pensé que era la cosa más dulce que podía haberme dicho.

CAPITULO II

LA ULTIMA DE VIL

Tick Tock, queridos! No podemos vivir en el pasado para siempre. Pero eso es exactamente lo que estoy haciendo al contarles mi historia ¿no es así? Este capítulo es difícil para mí, queridos. Estamos avanzando en el tiempo cinco años, hasta el verano que tenía dieciséis, cuando mi vida cambió para siempre de tantas formas imprevisibles.

En las semanas anteriores y posteriores a la muerte de mi padre, Anita fue mi única compañera. Mamá estaba visitando a su hermana cuando papá se enfermó y se nos complicaba el estar tratando de comunicarnos con ella para hacerle saber que debería volver a casa ... La señorita Pricket también estaba fuera, atendiendo a su tía enferma. No sé qué habría hecho si Anita no estuviera conmigo en esos días oscuros.

Su enfermedad apareció de repente y sin previo aviso. La sonrisa de Clark Gable de mi padre y los ojos brillantes y centelleantes se apagaron y se desvanecieron. No era el hombre que yo conocía, el hombre que se sentaba conmigo en las tardes antes de irme a dormir y me traía libros de cuentos de hadas y aventuras, o pendientes de jade de valor incalculable de tierras lejanas y encantadas. El hombre que bailaba conmigo en mi dormitorio y me hacía reír en los momentos más inapropiados. Era una sombra de sí mismo y tenía miedo de verlo así. El médico dijo que su corazón estaba débil, y me rompió el mío verlo tan frágil y tan pálido. Quería

recordarlo como fuerte, risueño y descarado. Cuando el médico finalmente salió de la habitación de papá, salté.

Bajó la mirada y fue entonces cuando me lo dijo.

—Lo siento, Cruella.

Me quedé fuera de la puerta de su dormitorio durante lo que pareció una eternidad después de que el médico se fuera. Después de que me dijo que mi papá moriría. No pude comprenderlo. Y no me atreví a enfrentarme a él. No podía dejar que él viera la expresión de dolor en mi rostro. Quería ser fuerte por él, pero no pude.

Entonces apareció Anita, como un ángel. Desde que era una niña me pareció angelical con sus rasgos pequeños, cabello claro y naricita afilada. Si no lo supiera mejor, pensaría que era una dama. Una verdadera dama. Y para mí lo era. Lo único que la delataba era su afición a los libros y la forma inteligente y eficiente de vestirse. A Anita no le iban a gustar los lujos. Se vestía con sensatez, pero aun así se las arreglaba para lucir elegante con su sencilla falda azul claro en forma de A y su blusa rosa. Ella había estado en la cocina con los criados arreglando la cena y actuando en general en el lugar de mi madre para que yo pudiera concentrarme en mi papá.

—Cruella, ¿qué estás haciendo? ¿Estás bien?— ella preguntó.

Anita se estaba ocupando de todos. No solo a los sirvientes, manteniéndolos informados y tranquilizándolos, sino también a mí. No sé cómo lo hizo todo.

—El doctor acaba de irse Anita. Dijo... — Puso su mano sobre mi brazo suavemente. Se dio cuenta de que estaba a punto de llorar.

—Lo sé, Cruella—, dijo ella, tratando de no llorar. —Debes estar devastada. ¿Cómo está tu padre ahora? ¿Está durmiendo?

—No he estado ahí desde que se fue el médico. No puedo entrar allí, Anita. No puedo enfrentarlo.

Tenía tanto miedo de ver a mi padre tan frágil. Quizás si mamá hubiera estado allí podría haber sido más valiente, pero no pude encontrar el valor para despedirme de él. No podía enfrentarme a que en realidad nos estaba dejando.

—Por supuesto que puedes, Cruella. Tienes que hacerlo —, dijo Anita, apretándome el brazo. —Te quiere mucho, Cruella. Y sé que lo amas.

—Ojalá mamá estuviera aquí. ¿Jackson ha intentado llamar de nuevo? Ella estará devastada si ella ...

Anita me dio una débil sonrisa. Sabía que mi madre estaría afligida si no podía despedirse.

—Oh, Cruella, lo sé. Pero incluso si la alcanzara, no creo que llegue a tiempo a casa. Al menos así es como lo hizo sonar el médico. Tenía tanto miedo de que eso fuera lo que él diría. Pero Cruella, tienes que ser valiente. Eres la chica más fuerte que conozco y tienes que ser fuerte por tu papá. Tu mamá no está aquí y te necesita.

Tomó mi mano con dulzura, pero pude sentir su fuerza incluso en su toque ligero. Sentí que era la persona más fuerte que conocía, aparte de mi mamá. Cómo si no, ¿podría soportar su vida como era, viviendo entre mundos, sin encajar con los sirvientes de abajo o con la familia de arriba? ¿De qué otra manera podría haber tomado el lugar de mi mamá y ayudarme a superar la enfermedad de mi papá? En lo que a mí respecta, ella era mi familia.

—Vete ahora Cruella. Besa a tu padre antes de que sea demasiado tarde. Dile que lo amas. Dile todas las cosas que siempre quisiste que supiera. Deja que se lleve tus dulces palabras a un lugar que no puedas seguir.

Quería llorar en ese momento. Las palabras de Anita me conmovieron profundamente. Pero tuve que ser valiente por mi pobre papá.

Tenía que ser fuerte.

Su habitación estaba oscura y cargada. No es un lugar para que un hombre tan grande pase sus últimas horas. En la penumbra, apenas pude verlo durmiendo en su cama cuando entré en la habitación. Su enfermera estaba sentada en una silla cercana, dormitando. Un pequeño rayo de luz de una pequeña abertura en las cortinas se reflejaba en su uniforme blanco. Comenzó a despertarse cuando abrí las cortinas, infundiendo luz a la habitación.

—¡Señorita Cruella! ¿Qué está haciendo? ¡Despertará a su padre! — La enfermera aturdida parpadeó ante la luz brillante con una mirada muy amarga en su rostro.

—Es triste aquí—, dije, mirando alrededor de la habitación. —¿Por qué no se hace útil y obtiene el pequeño tocadiscos del estudio de mi padre y lo trae aquí?

La enfermera pareció sorprendida por mi tono. A mí también me sorprendió un poco, para ser honesta. Simplemente salió de mí sin previo aviso. Pero tenía un plan.

—¿Discúlpeme?— fue todo lo que la enfermera pudo reunir, parpadeando una y otra vez y protegiéndose los ojos de la luz del sol que ahora entraba en la habitación.

—Escuche con atención,— dije, hablando concisamente. —Vaya al estudio de mi padre, encuentre el tocadiscos pequeño y tráigalo aquí. No volveré a repetirlo.

Lo dije todo muy lentamente para que la tonta enfermera lo entendiera. Pero aun así ella me miró, perpleja.

—Me pagan por ser enfermera, señorita Cruella. No por ser sirviente.

La pequeña enfermera que se levantó de un salto no estaba de acuerdo. Bueno, yo tampoco.

—Ya veo. Bueno, dudo que te estemos pagando para que te duermas en el trabajo. Entonces, si no puedes ser útil y conseguirme ese tocadiscos, supongo que tendré que despedirla. Tú decides. Puedes ser de alguna utilidad o dejarlo. Es muy sencillo.

La mujer salió de la habitación y llamé al timbre de los criados, sin saber si volvería con el tocadiscos o no.

—Cruella, ¿qué estás haciendo? ¿Causando caos y travesuras como de costumbre? — Era mi papá. Mi pequeña pelea con la enfermera lo había despertado. Me pareció tan pequeño en su cama. Tan frágil. Me rompió el corazón.

—¡Papá! Lamento haberte despertado —. Y luego lo vi, su sonrisa traviesa. Mi papá todavía estaba allí. No se había desvanecido por completo. —Oh, papá, déjame ayudarte.

Fui a la cama para ayudarlo a levantarse cuando Jackson entró en la habitación.

—Señorita Cruella, déjeme hacer eso—, dijo mientras ayudaba a mi papá a sentarse en la cama, colocando almohadas detrás de la cabeza.

—Ahí, ¿no está mejor, papá? Tengo a la Sra. Baddeley preparándote algo especial en la cocina.

—Gracias, querida—, dijo con su dulce sonrisa descarada.

—Señorita Cruella—. Una voz tímida llegó desde la puerta. —¿Le pidió a la enfermera que trajera el tocadiscos de su padre aquí?

Nuestra criada Paulie estaba de pie en la puerta, sosteniendo con aprensión el tocadiscos.

—Sí, Paulie. Déjelo sobre el tocador y dígale a la señora Baddeley que mi padre está listo para desayunar.

—Sí, señorita Cruella—. Ella colocó el tocadiscos en el tocador como le pedí, luego hizo una pausa. —Espero que no le importe que se lo diga, pero la enfermera está haciendo un gran alboroto en la entrada. Creo que ella se va.

Antes de que pudiera decir que estaba feliz de ver a esa horrible enfermera irse, Paulie salió rápidamente de la habitación.

Jackson se aclaró la garganta. —Lord De Vil, ¿hay algo más que pueda hacer?

El silencioso, fuerte y estoico Jackson estaba allí, listo, firme como siempre. Él era el pilar de nuestra familia.

—No, Jackson. Creo que Cruella lo tiene todo bajo control. Papá me lanzó una sonrisa.

—Gracias, Jackson,— dije. —Eso sería todo.

Recorrí la habitación abriendo todas las cortinas y encendiendo el tocadiscos. El disco favorito de papá ya estaba en el tocadiscos. Era uno de sus discos de jazz americano, los que mamá detestaba, así que siempre los escuchaba mientras estaba solo en su estudio.

—No podemos dejar que te marchites en una habitación oscura y lúgubre, ¿verdad? Necesitamos un poco de vida aquí.

Papá volvió a sonreír y me tendió la mano.

—Ven aquí, Cruella. Ven a sentarte conmigo en la cama —, dijo.

Pero no quería. Sabía que si me sentaba con él lloraría. Mientras estuviera ocupada en la habitación, mientras tuviera algo que hacer, podría mantener la compostura. Pero me acerqué a él de todos modos e hice todo lo posible para evitar que las lágrimas corrieran por mi rostro.

—Gracias, querida—, dijo.

Estaba demasiado débil para decir más. Me di cuenta de que para él, incluso sentarse era una lucha, pero lo que más quería en ese momento era bailar con él su canción favorita.

—Ojalá pudiéramos bailar juntos, papá. Una última vez.

Él se rió.

— ¿Cómo solíamos hacer en tu habitación? Me encantaría, querida. Lamento mucho no estar aquí para bailar contigo en tu boda.

—No me voy a casar, papá—, le dije, pero me di cuenta de que no me creía.

—Bueno, ahora no, mi Cruella, pero algún día lo harás. Y solo desearía poder estar allí para verlo.

No pude contener las lágrimas por más tiempo.

—No llores, mi dulce niña. Vamos, ayúdame a ponerme de pie, mi chica fuerte, y bailaremos

—¡Papá, no! No puedes.

—Soy más terco que tú, mi niña. ¿De dónde crees que lo sacaste? Ahora ayúdame a levantarme. Quiero bailar con mi hija.

Y así bailamos, como podríamos haberlo hecho el día de mi boda, girando en círculos lentos y balanceándonos de un lado a otro hasta que estuvo demasiado débil para pararse. Cuando estaba a punto de ayudarlo a volver a su cama, la enfermera entró apresuradamente en la habitación.

—¿Cuál es el significado de esto? Lord De Vil, debo insistir en que vuelva a la cama. ¿En qué estaba pensando, señorita Cruella? Esto es muy irresponsable de su parte. ¡Está poniendo en peligro la vida de tu padre!

La miré. En ese momento, no había nadie a quien odiara más. Sentí que me llenaba de rabia.

—Vamos, papá, volvamos a la cama. Necesito ir al pasillo y hablar con la enfermera —. Después de que ayudé a mi padre y lo acomodé, tomé a esa chica horrible del brazo y la llevé al pasillo.

—Pensé que te estabas yendo. ¿Cómo te atreves a hablarme así? Soy una dama. ¡Quiero que salgas de esta casa ahora mismo!

—No me iré. El bienestar de tu padre es mi responsabilidad.

—Estoy cuidando a mi padre. ¡Usted está despedida! ¡Ahora váyase!

—¡Cuidando de él de verdad! Abriendo cortinas, tocando música fuerte y bailando, ¡con su corazón! Lo vas a enviar a la tumba.

—Él ya estaba en camino. Quiero asegurarme de que su viaje sea feliz. No aburrido y lúgubre, como tener que mirar tu rostro. ¡Vete fuera ahora!

Y se fue, quejándose mientras se iba, como la tonta que era. Me sentí aliviado de verla partir.

Cuando estaba a punto de regresar a la habitación de mi papá, creí escuchar la voz de mi madre en la entrada. Corrí al rellano para ver si realmente era ella. Había perdido la esperanza de que volviera a casa antes de que papá falleciera.

—¡Mamá! Aquí arriba. ¡Ven rápido!— Dije, llamando desde el rellano superior hasta ella.

Ella me miró, sorprendida, su atención se desvió brevemente de la infeliz enfermera, que gesticulaba enojada. La expresión de sorpresa de mi madre se convirtió en ira cuando me miró, y mi corazón se hundió.

Corrió escaleras arriba. Nunca la había visto correr a ningún lado, ni una sola vez en toda mi vida. Ella estaba en un ataque de pánico y rabia.

— ¡Cruella! ¿Qué es esto que escuché sobre ti causando estragos en la habitación del enfermo de tu padre? ¿Y obligándolo a bailar? ¡Ni siquiera puedo mirarte! Ve a tu habitación y quédate allí hasta que yo te llame.

Me quedé allí en estado de shock, sin moverme.

—Cruella, vete ahora o te abofeteo.

Y pasó a mi lado hacia la habitación de papá. No me atrevía a seguirla. Sabía que cumpliría su amenaza. No estaba segura de lo que le había dicho esa maldita enfermera, pero imaginé que me arrojó a la luz más favorable.

Escuché que la música de mi padre se detenía abruptamente con el feo sonido de la aguja raspando el disco. Y luego vino el grito de mi madre.

Papá había muerto y estaba seguro de que mi madre me culpaba.

Mi madre decidió viajar por el mundo después de leer el testamento de mi padre y no la culpé. Ella estaba desconsolada. La muerte de mi padre fue tan inesperada. Para mi madre, un día estaba con nosotros y al siguiente se había ido. Ni siquiera pudo despedirse. Para cuando terminó de reprenderme por todas las odiosas mentiras que le había dicho la enfermera, mi padre se había alejado silenciosamente de nosotros. Mi madre estaba en shock, y yo también. Era extraño vivir en un mundo sin papá. Extrañaba sus visitas nocturnas y nuestras charlas, y más que nada extrañaba su risa.

Y su sonrisa. Oh, cómo extrañaba su sonrisa traviesa. Debo haberme sentado ante mi tocador durante una hora tratando de decidir si quería usar los aretes de jade que papá me dio en su funeral. Imaginé que lo haría sonreír al verme usándolos. Pero cuando me los puse, me invadió la sensación más extraña. Probablemente todo estaba en mi mente, pero me hacían sentir tan extraña, tan diferente a mí misma.

Y ya me estaba sintiendo mal, tratando de acostumbrarme a vivir en este nuevo mundo sin papá.

Al final decidí no ponérmelos.

Nuestro abogado vino la noche después del funeral para leer el testamento de papá.

Era un hombrecillo divertido, Sir Huntley. Tenía una cara redonda con anteojos pequeños y redondos, y su papada temblaba cuando hablaba. Nos sentamos en la sala de la mañana, mirándolo en silencio revisar sus papeles hasta que finalmente llegó a los que estaba buscando. Se aclaró la garganta y comenzó a leer.

—Yo, lord De Vil, en mi sano juicio y en cuerpo ...

Mi madre interrumpió a Sir Huntley.

—Por favor, Sir Huntley, si no le importa, siga adelante—.

Sir Huntley se aclaró la garganta de nuevo, revolviendo un poco más los papeles.

—Muy bien, Lady De Vil, si eso es lo que prefiere. Su esposo, Lord De Vil, ha dejado la totalidad de su fortuna en fideicomiso a su hija, de la cual yo seré albacea hasta que cumpla veinticinco años.

El hombre parecía que iba a estallar de nerviosismo. O tal vez temía que mi madre explotara de ira. Por la expresión de su rostro pude ver que esperaba algún tipo de rabieta. Una especie de teatro. Pero mi madre, al menos por el momento, estaba conteniendo su indignación. Ella se quedó sentada mirándolo en silencio. No sé si estaba en shock o incrédula.

—Lady De Vil, ¿me escucha ?

Y luego sucedió. La explosión para la que claramente se había estado preparando.

—Por supuesto que le escuché. Y que voy a hacer ¿Qué se espera que haga? ¿Cómo se supone que voy a vivir? ¿Me puede decir eso?

Mi madre había asustado al hombre tan violentamente que le hizo temblar de nuevo la mandíbula, pero continuó valientemente.

—Lord De Vil ha hecho provisiones para usted en su testamento. Se le dará una asignación anual de por vida.

—¿Y la casa, sus posesiones?— exigió.

Se puso de pie rápida y dramáticamente, haciendo que el pobre abogado se encogiera en su silla como un topo asustado y con ojos brillantes.

—Esas también se las dejaron a la señorita Cruella y no se pueden tocar, junto con la capital—, dijo, con las manos temblorosas.

Ella arrojó su vaso, enviándolo al suelo.

Sir Huntley pareció escandalizado. Lo juro, si hubiera podido, se habría hundido en su silla y desaparecido.

—Si eso es todo—, dijo con desdén, —puede irse ahora, Sir Huntley.

Mamá estaba enojada. Más enojada de lo que nunca la había visto. Pero el gracioso hombrecillo del traje de tweed no se movió. Él no tomó su señal para irse incluso cuando ella se puso de pie.

—Lo siento, Lady De Vil, pero me temo que hay condiciones de las que Miss Cruella debe ser consciente antes de irme—, dijo, pareciendo bastante incómodo ante esta inusual y desagradable muestra de emoción.

—Bueno, entonces, como ninguno de ustedes me necesita por más tiempo, me disculparé—, dijo mamá, saliendo furiosa de la habitación.

Y luego me quedé sola, frente a un hombre que parecía más un bulldog en un traje de tweed que un abogado, cuando todo lo que yo quería hacer era perseguir a mi pobre mamá.

Sir Huntley revolvió sus papeles bastante incómodo durante unos momentos más antes de romper el silencio. —Estoy seguro de que su madre está sometida a un estrés tremendo—, dijo, tratando de disculpar su comportamiento. —Su padre quería dejar claras las condiciones de su testamento. Quiere que conserve el nombre de De Vil, incluso después de casarse. Es la última de la línea De Vil. Y dado que no hay un heredero varón, depende de usted mantener vivo el apellido para las generaciones futuras.

Rápidamente acepté, ansiosa por encontrar a mi mamá y consolarla, ansiosa por decirle que estaba de su lado, ansiosa por ver si ella me había perdonado por todas las cosas terribles que la engreída enfermera le había dicho. Pero el topo de anteojos siguió hablando.

—Para que quede claro, señorita Cruella, si se casa y toma el nombre de su marido, la fortuna volverá a su madre.

—Entiendo lo que significa mantener el apellido, Sir Huntley.

El hombre me miró con los ojos entrecerrados.

—A su padre le preocupaba que no le cuidaran adecuadamente si la fortuna volvía a manos de Lady De Vil—, dijo, revolviendo nerviosamente sus papeles de nuevo.

—Entiendo, sir Huntley. No planeo casarme con nadie. Pero si, por alguna razón, me vuelvo loca y decido casarme, prometo conservar el nombre de mi padre.

El hombre se aclaró la garganta de nuevo, claramente todavía nervioso, lo que indicaba que tenía más que decir.

—Dice esto ahora, señorita Cruella. Pero puede que llegue el día en que conozca a alguien que le haga cambiar de opinión.

Sir Huntley tenía razón, pero ninguno de los dos lo sabíamos todavía.

—Se necesitaría un hombre extraordinario para cambiar de opinión, Sir Huntley. Alguien que quiera las mismas cosas que yo quiero de la vida. Alguien dispuesto a darme mi independencia y estar dispuesto a tomar el nombre de mi padre. Alguien como mi padre. Pero dudo que alguna vez conozca a un hombre así, y si lo hago, se lo aseguro, señor, conservaré el nombre de mi padre. Es lo menos que puedo hacer por un hombre tan grande.

Sir Huntley pareció aliviado, pero todavía no tenía intención de dejarme ir tras mi mamá para ver si todo estaba bien entre nosotros. Deseaba desesperadamente verla antes de que se fuera de viaje.

—También dejó un mensaje, señorita Cruella. Es bastante personal, pero confío en que comprenderá su significado —. Se aclaró la garganta y continuó. —Dijo que encontrara a alguien digno de usted. Dijo que preferiría que alguien le tratara como un tesoro a

que le diera tesoros. Alguien que le muestre su amor con sus palabras y sus acciones, no comprando regalos.

—Gracias, Sir Huntley, creo que lo entiendo—, dije.

Me levanté para indicarle que era hora de que se fuera. Sir Huntley era un hombre que entendía las señales sociales y su trabajo estaba hecho. Al menos por ese día.

Sir Huntley y yo nos despedimos en la puerta principal y Jackson lo dejó salir. Anhelaba subir a ver a mi madre. Pero cuando me volví para subir las escaleras, me encontré con Anita bajando por ellas.

—Cruella, ¿cómo estás? Subamos las escaleras a tu habitación. Debes de estar exhausta. ¿Quieres que te sirva un té?

Anita siempre estuvo ahí para mí. Siempre tan dulce.

—Gracias, Anita. Pero quiero ver cómo está mi mamá.

Junto a la puerta, Jackson se aclaró la garganta. —Señorita Cruella — dijo — su madre ya se ha ido de viaje. Sé que lamentaba no poder despedirse ella misma.

Estaba confundida, pero decirlo demostraría que no sabía lo que estaba pasando en mi propia casa. No quería traicionar mi compostura. Pero creo que Jackson leyó la expresión de sorpresa en mi rostro. Conocía las reglas. Actuó como si yo supiera de los planes de mi madre, aunque no los conocía.

—Su viaje alrededor del mundo, señorita. Estoy seguro de que ella se lo contó, y simplemente se le olvidó con los eventos recientes. Dijo que le hiciera saber que volvería a finales del verano a tiempo para despedirle del internado.

—Sí, su viaje, por supuesto—. Mi mente estaba dando vueltas. Ella había estado conmigo en la sala de estar unos momentos antes. —Pero, sus cosas, ¿cómo empacó tan rápido?— Yo pregunté.

—Sus baúles ya estaban empacados y esperando en el auto—, dijo.

Ya empacado. Debió haberlos empacado tan pronto como papá murió. Y ella no me lo había dicho. Ella simplemente se fue sin decir adiós.

Anita tomó mi mano suavemente entre las suyas. Y aunque sentía que mi mundo se estaba derrumbando, de alguna manera, eso me dio la fuerza para seguir adelante.

Recuerdo haber dicho algo como —Ya veo. Muy bien, Jackson. La señorita Anita y yo almorzaremos hoy en el comedor —, o algo por el estilo. Después de todo, yo era la dueña de la casa, al menos hasta que mi madre regresara a casa y tenía que empezar a comportarme como tal.

CAPITULO III

QUERIDO DIFUNTO

Mamá estuvo viajando durante todo el verano antes de que yo me fuera a terminar la escuela.

Escribió sólo para hacer los arreglos necesarios para el inicio del curso escolar, para mí y para Anita.

Mirando hacia atrás ahora, creo que estaba enojada conmigo porque yo estaba con papá justo antes de que muriera y ella no. Creo que esa fue la verdadera razón detrás de su rabia, no esas mentiras que le dijo esa idiota enfermera. Creo que estaba herida y decepcionada porque no tuvo la oportunidad de despedirse. Y creo que estaba herida. Papá me había dejado todo. Honestamente, no la culpé. Habría hecho todo lo posible para enmendar nuestra relación de nuevo, pero era imposible hacerlo cuando ella no estaba.

Gracias a Dios por Anita. Gracias a Dios que se iba a ir a la escuela conmigo, así que no tuve que ir sola. Nunca había estado en una escuela real antes, solo lecciones con la señorita Pricket en el aula. No es que fuera una verdadera escuela. Realmente no. Era solo para enseñarme a ser una dama, y eso ya lo sabía gracias al fastidioso entrenamiento de mamá. Por supuesto, habría una serie de temas a nuestra disposición, como literatura, francés, arte, etc. Pero el enfoque principal sería cómo conducirnos correctamente en diversas funciones sociales. Al menos esa era mi comprensión general de las cosas, por lo que deduje de las hijas de las mujeres del círculo social de mi madre; fueron enviadas allí por un año o más,

dependiendo de cuánto tiempo sus madres quisieran que se los quitaran del cabello antes de que los trajeran de regreso a casa para ingresar a la sociedad. Gracias a Dios, la señorita Pricket estaba de regreso en casa conmigo. Ella dejaría todo en claro y manejaría todos los detalles.

Honestamente, la idea de la escuela y todo lo que era para prepararme en la vida me parecía un aburrimiento espantoso, así que no podría haber estado más feliz de que Anita me acompañara.

En una de mis cartas a mi madre, había insistido en que hiciera la sugerencia al tutor de Anita. Recuerdo la carta que me envió como respuesta. Fue tan seca e impersonal. Pero lo que me molestó aún más fue que no había enviado regalos mientras estaba fuera. En todo el tiempo que ella se fue. Era tan impropio de ella. Así fue como supe que ella había dejado de amarme. Y no tenía idea de cómo podría hacerla feliz de nuevo.

Pero yo era joven y me distraía la perspectiva de irme a la escuela con mi mejor amiga. Anita y yo habíamos decidido aprovecharlo al máximo. El verano pasó volando en una ráfaga.

La escuela nos proporcionó una lista de todas las pertenencias que se esperaba que trajera. Se seleccionó la ropa de la escuela, se empacaron los baúles y la Sra. Baddeley planeaba hacer conservas y otras golosinas para enviar conmigo. Anita y yo sentimos como si nos estuviéramos preparando para una gran aventura.

Anita encajaba perfectamente en la vida en mi casa. Prácticamente vivía conmigo en ese momento. Se quedaba casi todas las noches. El personal la amaba. De hecho, se interesó por las historias de la señora Baddeley e impresionó a la señorita Pricket con su incesante lectura y la rapidez con la que estaba aprendiendo

francés. Y en cuanto a mí, se había convertido en algo más que una mejor amiga. Ella era mi familia. No siempre hablaba de mi mamá como lo hacía la señorita Pricket, siempre asegurándose de su amor, ella me consoló de otras maneras.

Calmó mis temores sobre el futuro y se quedó despierta para prepararme el té cuando tuve un sueño terrible con papá. No habría sobrevivido ese verano sin ella. Mientras contamos los días de verano y esperábamos que comenzara nuestra verdadera aventura, hicimos todas las cosas que pensamos que tendríamos que dejar una vez que nos transformáramos en jóvenes señoras. Cosas que solo a las niñas pequeñas se les permitía hacer. Todos los días hacíamos algo que nos encantaba hacer cuando éramos niñas: teníamos fiestas de té con mis muñecas, nos fuimos a la cocina y robamos tartas mientras la señora Baddeley no miraba, nos vestíamos como personajes de nuestras historias favoritas y las representamos.

Pero mis momentos favoritos durante ese verano fueron quedarme despierta hasta tarde en la noche leyendo el libro de cuentos de hadas que me había regalado mi papá. La noche antes de irnos a la escuela, nos quedamos despiertas mucho más allá de la hora de dormir leyendo juntos e imaginando nuestros propios cuentos de hadas.

—No creo que tengamos que dejar de leer nuestras historias de hadas y aventuras, Cruella—, dijo Anita.

—¡Estoy de acuerdo! No creo que pueda renunciar a ellas, incluso cuando sea una anciana —, dije. —Mis favoritas son las historias de la princesa Tulip—, agregué soñadoramente, a medio camino entre nuestro mundo y el mundo en el que vivía la princesa

Tulip. —¡Es tan valiente y franca! No le teme a nada, ni a nadie, ni a decir lo que tiene en mente.

—Pero ella no siempre fue así—, señaló Anita. —¿Recuerdas la historia sobre ella y el Príncipe Bestia? Ella era muy diferente entonces.

Anita tenía razón. Ella había sido muy diferente entonces, pero eso es lo que hizo que Tulip fuera tan increíble para mí. Había comenzado siendo una princesa tonta y se había convertido en esta mujer magníficamente valiente y descarada.

Anita continuó: —Mis historias favoritas son después de la Gran Guerra, cuando ayudó a Oberon y los Señores de los Árboles—. Sus ojos se agrandaron.

—La forma en que fue con los Gigantes de la Roca ella sola y los convenció para que ayudaran a los Señores de los Árboles en su lucha con el dragón del Hada Oscura fue tan impresionante.

—Lo sé—, estuve de acuerdo, —¡eso fue increíble! Pero sentí pena por el Hada Oscura. No puedo creer que esas brujas la devolvieron a la vida.

—Ah, déjame adivinar, estás hablando de Circe y Tulip otra vez—. Era la señorita Pricket; ella estaba parada en la puerta. —Cruella, necesito que termines de escoger las cosas que quieres llevarte a la escuela. Anita ya tiene todo empacado y sus maletas están abajo. Me gustaría ver las tuyas ahí abajo antes de que termine esta noche.

A pesar de lo emocionada que estaba por comenzar esta aventura con Anita, realmente estaba nerviosa por irme de casa. Acababa de perder a mi padre y parecía que

También podría haber perdido a mi madre. Quería posponer la partida todo el tiempo que pudiera.

—Sí, señorita Pricket—, dije con un tono de colegiala— lamento que no podamos ser todos tan perfectos como Anita.

Anita se rió.

—Oh, Cruella. No soy perfecta. ¡No puedo esperar para irme! Estoy tan emocionada —, dijo Anita, sonrojándose.

—Yo también estoy emocionada—, dije. —Pero quizás un poco nerviosa.

Anita puso su mano sobre la mía.

—Por supuesto que estás nerviosa. Te vas de casa por primera vez.

—Cómo extrañaré esa dulce naturaleza tuya, Anita—, dijo la señorita Pricket, sonriéndonos a los dos.

—Señorita Pricket — dije, cambiando de tema. —¿Cree que les agradames a las otras chicas? ¿Cómo cree que serán?

—Creo que se parecerán mucho a usted y a la señorita Anita. Aunque tal vez no estén tan interesadas en los cuentos de hadas, al menos no del tipo que les gusta a ustedes dos, y no tan inteligentes ni tan bonitas, apostaría.

—Entonces no se parecerán en nada a nosotras—, dije riendo.

—Oh, detente Cruella — le reprendió Anita gentilmente. Estoy segura de que nos gustarán las chicas de la escuela. Esta es nuestra gran aventura, ¿recuerdas? Srta. Pricket, conoció a la maestra. ¿Cómo era ella?

Anita preguntó algo sensato.

—Ella era una mujer matrona. Muy austera y seria. ¡Será mejor que se cuiden las dos con ella!

Todo lo que dijo la señorita Pricket esa noche nos hizo estallar en carcajadas. Fue contagioso, porque pronto la señorita Pricket también se rió. Fue porque Anita estaba allí.

Anita podía suavizar mi lengua afilada y podía hacer que la señorita Pricket se riera.

—¿Cómo eran las otras chicas? ¿Vio alguna de ellas? ¿Eran todas unos esnobs terribles?— Yo pregunté.

La señorita Pricket se limitó a reír. —Tendrás que verlo por ti misma cuando llegues, Cruella. Ahora, por favor, termine de seleccionar las cosas que le gustaría que le empacara o me llevaré a Anita a la otra habitación para que no se distraiga. No olvide que su madre llegará temprano mañana por la mañana para despedirle de la escuela.

—Sí, señorita Pricket, prometemos dedicarnos por completo a nuestras tareas—, le dije, riendo, mientras salía de la habitación. Cuando se fue, me volví hacia Anita. —Tengo curiosidad por las otras chicas, Anita, Y los profesores. Dios mío, apuesto a que todos son un montón de intermedios.

—¿Qué es un intermedio?— Preguntó Anita.

Mi corazón se hundió. Había estado de un humor tan jovial y alegre que me había olvidado de mí misma. Anita no sabía nada de mis apodos.

—Bueno — dije lentamente — la señorita Pricket es un intermedio. No encaja del todo en la planta baja con los sirvientes, pero no es exactamente aceptada en los círculos sociales más elitistas. Ella está en algún lugar... en el medio.

Vi el dolor y la comprensión bañarse en el rostro de Anita.

—Como yo—, dijo.

—¡No, Anita! Eres diferente de los demás intermedios, ¡eres mejor! — Dije, tratando de hacerle entender.

—Pero amas a la señorita Pricket, ¿no es así, a pesar de que ella es, como dices, una intermedia?

He pensado en ello.

—Supongo que sí, a mi manera. Pero no de la forma en que te amo. Eres diferente, Anita. La señorita Pricket es mi sirvienta. Tu eres mi amiga. Eres mi mejor amiga y, por lo tanto, estás asociada con los mejores círculos sociales. Nadie en la escuela te despreciará, ni las chicas más presumidas se atreverán.

—Sabes que no me importan esas cosas, Cruella. No me importa lo que esas chicas piensen de mí.

—Bueno— dije con una sonrisa — me aseguraré de que no piensen nada más que lo mejor de ti, Anita. Eres mucho más que un intermedio—. Me levanté, recordando algo que quería traer conmigo, y fui a mi joyero para pescarlos.

—¿Qué es eso?— Preguntó Anita mientras sacaba la cajita del joyero.

—Pendientes antiguos que me regaló mi padre. ¿Qué piensas de ellos?— Pregunté, probándomelos. —¿Se parecen demasiado a

los aretes de anciana? ¿O encajaré perfectamente con todos los mocosos al terminar la escuela?

—Oh, creo que son hermosos. Y tu padre te los dio. Deberías ponértelos, Cruella, realmente deberías —, dijo, devolviéndome la caja y con cara de tristeza.

Querida y dulce Anita. Siempre tan cariñosa, tan cariñosa y sentimental. —Sabes que casi me los llevo al funeral de papá. Honestamente, casi me había olvidado de ellos hasta ese día, pero no me atrevía a ponérmelos.

—¿Por qué, Cruella?

—No lo sé, tuve una sensación extraña mientras los sostenía. Una extraña sensación de presentimiento, como si nunca fuera a ser feliz de nuevo. Y luego recordé la historia de mi papá sobre los pendientes. Que estaban malditos —. Un escalofrío me recorrió el cuello y el fino vello de mi brazo se erizó.

Anita tragó nerviosa.

—Realmente no crees que estén malditos, ¿verdad? Estoy segura de que estabas triste por la muerte de tu padre. Creo que deberías traerlos contigo y usarlos en la escuela. Será una manera encantadora de recordarlo.

Anita era tan dulce que sentí que el frío se desvanecía y la habitación se llenó de calor nuevamente.

—Tienes razón. Estoy siendo tonta. Me los voy a poner ahora mismo.

Pero cuando me los llevé a los oídos, volvió a suceder. Ese sentimiento de fatalidad. No pude sacudirlo.

—Cruella, ¿estás bien?— Preguntó Anita.

No pude responder. No lo sabía. Quizás fueron los nervios. Todo en mi vida estaba a punto de cambiar.

—¿Estás nerviosa por salir de casa? ¿Estás nerviosa por ver a tu madre mañana? — Preguntó Anita.

Honestamente, no podría decirlo. Pero la extraña sensación se quedó conmigo durante el resto de la noche.

Invadió mi sueño, llenando mis sueños de piratas, tierras mágicas de otro mundo y un bosque oscuro lleno de velas encendidas.

A la mañana siguiente, mis baúles estaban empacados, y estaban junto a los de Anita y la señorita Pricket, apilados en la entrada al pie de la gran escalera. Estaba tan feliz de que Anita viajara conmigo a la escuela, y la señorita Pricket nos acompañaría durante todo el viaje para vernos asentadas. Se quedaría quince días antes de regresar a Londres.

Todas estábamos ansiosas mientras esperábamos a que llegara mi madre.

—Tendremos que irnos pronto, señorita Cruella. No queremos perder nuestro tren —, dijo la señorita Pricket, como si yo no lo supiera.

Ciertamente no extrañaría su talento para decir lo obvio.

Jackson se aclaró la garganta y dio unos golpecitos en la esfera de cristal de su reloj de bolsillo para decir que estaba de acuerdo. Honestamente, estaba bastante ansiosa por ver a mi madre, y todas

las inquietudes de Miss Pricket y Jackson me estaban volviendo loca. Me volví hacia Anita.

—Anita, ¿cómo me veo?

Ella sonrió y algunos de mis nervios se derritieron.

—Te ves hermosa, Cruella, como siempre.

Quería lucir perfecta para mamá. Me había puesto uno de mis mejores vestidos de viaje en su color favorito, rosa polvoriento, y llevaba los pendientes de jade que me había regalado papá. No podía creer que fuera a verla después de tanto tiempo. Y justo antes de que tuviera que irme a la escuela.

—Oh, ahora veo un auto. Debe ser ella —, dijo Jackson, saliendo a saludar a mi madre. Pero cuando regresó, ella no estaba con él.

En cambio, una legión de lacayos lo seguía, todos llevando cajas. Los lacayos apilaron las cajas en la mesa redonda en el centro de la entrada, apiñando el jarrón de flores que estaba en su lugar habitual. Jackson hizo un gesto a una de las sirvientas que estaba cerca para ayudar a los lacayos con las cajas que amenazaban con volcarse.

—Paulie, ¿ayudarías al lacayo con esos paquetes si fueras tan amable?

Parpadeé. Y en ese momento, lo supe. Ella no vendría.

—Señorita Cruella, todos estos paquetes tienen su nombre—, dijo Paulie. —Los empacaré para usted y los enviaré para que pueda abrirlos en la escuela. Pero parece que su madre estaba ansiosa por

que se llevara este en tu viaje —, dijo, entregándome una caja blanca bastante grande con un lazo rojo.

Paulie estabilizó la caja mientras yo quitaba la tapa, dejando al descubierto el abrigo de piel más magnífico que jamás había visto. Era largo y blanco con cuello negro, como el que me había regalado cuando era niña, pero de alguna manera aún más adorable. En la caja había una pequeña tarjeta de nota cuadrada que simplemente decía:

Distínguete.

—Oh, Cruella, es adorable—, dijo Anita, sin ningún indicio de celos o tristeza como solía mostrar la señorita Pricket.

—Señorita Cruella— dijo la señorita Pricket, en un tono que, por primera vez, era evidente en su desdén por mi madre. —No lo necesitará en la escuela. Dejémoslo aquí donde estará seguro.

Rara vez alcanzaba mi rango con la señorita Pricket; después de todo, ella era mi institutriz y yo estaba a su cargo, por no mencionar que confiaba en ella. Pero algo en mí cambió de repente y escuché mi voz romperse:

—A mi madre le gustaría que me lo llevase y yo me lo voy a llevar.

—Señorita Cruella, ninguna de las otras chicas traerá cosas tan bonitas—, dijo, más suavemente esta vez, pero ya era demasiado tarde. Había escuchado su desprecio. Sabía lo que sentía por mamá. Y yo supe que ella estaba equivocada.

Simplemente le entregué la nota que mamá había incluido en la caja, recordándole lo que decía.

—Mi mamá dice que debo distinguirme—, dije mientras Jackson me ayudaba a ponerme el abrigo. —¡Y planeo hacerlo, con estilo!

Salí por la puerta, listo para embarcarme en nuestra gran excursión. Me sentí valiente y orgullosa. Me estaba distinguiendo.

Como mi madre

CAPITULO IV

DAMAS DE LOGROS

Al principio la escuela era todo lo que Anita y yo queríamos que fuera. Nuestra academia era una mansión reformada, ladrillos cubiertos de hiedra, ya sabes. Tenía esa arquitectura impresionante que uno espera encontrar en el campo, rodeado de colinas, arboledas y un parque lujoso en los terrenos de la escuela. Realmente era bastante hermoso.

Anita, por supuesto, gravitó hacia temas como la poesía, la literatura clásica y la mitología, mientras yo disfrutaba aprendiendo sobre los rangos sociales y los títulos que los acompañaban. A las dos nos encantaban nuestras clases de música y pintura, pero yo detestaba las lecciones de francés, mientras que Anita parecía disfrutarlas, habiendo demostrado ser bastante buena en ellas en mi salón de clases en casa. Pero lo que más nos gustó a ambas fueron nuestros paseos diarios por los jardines del parque. Era nuestro momento de hablar sobre nuestro día, de cotillear sobre las otras chicas y nuestros instructores.

A Anita realmente le gustaba estar al aire libre. Ella podría sentarse durante horas simplemente mirando los árboles, o las hojas flotando en el arroyo con el que nos encontramos en una de nuestras caminatas. Y le encantaba observar los pájaros y las ardillas. Honestamente, me importa un comino la naturaleza; Me gustaba alejarme de todos. No podía soportar estar encerrada con todas esas chicas tontas, hablando de nada más que cuando entrarían en

sociedad y eventualmente se casarían. Ese parecía ser su enfoque singular: encontrar al hombre más rico y mejor conectado y casarse con él.

En los primeros días de mi llegada, me di cuenta de que las mujeres jóvenes de mi círculo social iban a la escuela no para mejorarse, no para aprender algo del mundo, no para tener una aventura, sino para encontrar un marido. O al menos ese era el objetivo de todas las jóvenes con las que Anita y yo fuimos a la escuela. Era probable que atraparan a los maridos justo después de que entraran en sociedad, y supuse que su educación les enseñaría lo suficiente como para poder tener conversaciones inteligentes en sus salones con sus invitados. Pero nunca se les permitiría sentarse con los hombres después de la cena y tener conversaciones reales. Las conversaciones reales estaban reservadas para los hombres. Podian hablar sobre lo que estaba pasando en el mundo, los lugares a los que viajaron y los libros que habían leído. Nosotras, las damas, podíamos hablar del clima y de qué tenedor iba a cada lugar en un entorno de cena. Cuanto más tiempo pasaba en la Academia para Jóvenes Damas de Miss Upturn, más me di cuenta de que estaba absolutamente repleta de chicas ingenuas que eran implacablemente mercenarias en la búsqueda de su feliz para siempre.

Me convencí aún más de que esta no era mi vida.

No era la vida que quería. Quería algo más. Quería libertad. No quería estar atada a una casa o un marido. Quería hacer lo que quisiera, cuando quisiera. Y no vi que eso sucediera con un esposo. No, a menos que encuentre a alguien verdaderamente único y extraordinario, como mi papá. Y dudaba que eso sucediera alguna vez. Además, a diferencia de muchas de las chicas con las que fui a la escuela, no necesitaba casarme. Tenía el dinero de mi padre.

Tenía el nombre de De Vil. Y tenía la compañera más atractiva que podía desear en Anita.

A pesar de mis ideas poco convencionales sobre mi futuro y lo mucho que detestaba a las otras estudiantes, realmente amé cada momento de mi educación. Nos convertirían en damas consumadas. Nos enseñaron cómo dirigir una conversación durante la cena: cómo dirigirla en otra dirección si la conversación se volvía inadecuada o incómoda, cómo evitar hablar directamente sobre cualquier tema que fuera de naturaleza personal o sensible y, lo más importante, las virtudes de hablar indirectamente mientras aclaramos nuestro punto. Puede que no quisiera casarme, pero sí quería aprender a comportarme con decoro. Quería enorgullecer a mi mamá. Y aproximadamente a la mitad de nuestro primer semestre, supe que iba a tener la oportunidad. Mi mamá vendría a visitarme ese día por mi cumpleaños. No la había visto desde que murió mi padre.

—Anita, estoy un poco nerviosa por ver a mi mamá

Era sábado y estábamos sentadas en el jardín, aprovechando una rara tarde soleada. Habíamos extendido una manta y Anita había preparado unos bocadillos y pasteles para que los disfrutáramos bajo el sol. Su pequeño regalo de cumpleaños para mí.

—¿Qué van a hacer ustedes dos más tarde? ¿Cuándo llegue? — ella preguntó.

—Me va a invitar a cenar. ¡Vamos al Criterion! — Yo dije. Los ojos de Anita se agrandaron.— ¡Es bastante elegante! Voy a usar mi mejor vestido. No puedo esperar a verla.

De repente, la cara de Anita me recordó cómo se veía a veces la de la señorita Pricket cuando hablaba de mi madre.

—¿Qué pasa, Anita? Puedo ver si puedes venir, si quieres, para que no tengas que pasar la noche sola.

Anita se envolvió los hombros con el chal.

—No, Cruella. Deberías tener algo de tiempo con tu madre por tu cuenta. No la has visto en años. Les hará bien a ambas pasar un tiempo juntas.

—Bueno, ¿cómo vas a pasar la noche?— Yo pregunté.

Odiaba la idea de que Anita pasara la noche sola o, peor aún, ¿y si uno de esos imbéciles mocosos le daba problemas sin mí para protegerla?

—Haciendo los deberes, leyendo. Lo de siempre —dijo ella, recogiendo pequeñas flores blancas y uniéndolas por sus tallos.— Tal vez me ponga al día con la princesa Tulip, vea cómo está.

—¡No leas demasiado sin mí!—Yo dije.—Si lo haces, tendrás que actualizarme.

—Cruella, hemos leído todas estas historias cientos de veces, ¡no necesito ponerte al día!

Ella puso el hilo de flores en mi cabeza como una corona.

—Ahí, ahora pareces una princesa— dijo, sonriendo. —Vas a tener una hermosa noche con tu mamá.

Más tarde esa noche, ella me ayudó a prepararme. Debo haberme probado todos y cada uno de los vestidos que tenía.

—No olvides tu pelaje, Cruella. A tu madre le encantaría verte en él, estoy segura.

Ella me lo entregó. Estaba tan nerviosa. No había visto a mi mamá en tanto tiempo, y ella estaba muy enojada conmigo. Temí que creyera lo que había dicho esa horrible enfermera: que yo era la razón por la que papá murió. Pero aparté todo eso de mi mente mientras besaba a Anita en la mejilla y bajé a esperar el coche.

Pero mamá no me estaba esperando. Era la señorita Pricket, cargada con un paquete de paquetes y una cesta llena de comida. Vi esa acostumbrada mirada triste que solía tener en su rostro.

Terminé pasando mi decimoséptimo cumpleaños con la señorita Pricket y Anita en nuestra habitación, leyendo hasta bien entrada la noche y comiendo la deliciosa comida que la señora Baddeley había enviado. Fue una hermosa velada. Estaba con dos de mis personas favoritas y sabía que mi madre me amaba. Ella, después de todo, me envió algunos hermosos regalos.

Aunque no lo habrías sabido mirándola, Anita estaba realmente fuera de lugar en la Academia de Señoritas de Miss Upturn. Ella floreció en sus actividades académicas, pero encontraba tontas todas mis materias favoritas. No tenía ningún uso para los temas más "frívolos", como ella los llamaba. Pero Dios mío, Anita era una cosita tan inteligente. Tranquila pero no tímida, inteligente pero nunca condescendiente. Era dulce, observadora, estudiosa y siempre se comportó como una joven dama adecuada. ¡Y sin mí allí para protegerla, esas chicas la habrían comido viva!

Afortunadamente, pasamos casi todo el tiempo juntas. Teníamos una habitación para nosotras solas; mi mamá lo había arreglado. La mayoría de las otras niñas tenían que compartir cuatro por habitación, pero mi familia le había dado a la escuela grandes donaciones, lo que significaba que Anita y yo fuimos

recompensadas con más privacidad. La habitación tenía una hermosa vista de los jardines; una de las paredes era casi en su totalidad ventanas. Los cuartos eran lo suficientemente grandes para dos camas con dosel, dos guardarropas y dos tocadores, y tenían una pequeña y acogedora sala de estar donde compartimos nuestro té de la mañana juntas y charlamos antes de bajar a desayunar con las otras chicas. A pesar de que, en las primeras semanas, no me agradaban la mayoría de las chicas de la escuela, esperaba terminar equivocada con ellas. Tenía la esperanza de que encontráramos al menos a otra chica como Anita y yo que pudiéramos traer a nuestro pequeño círculo. Decidí iniciar un club de lectura. Unas semanas después del año escolar, se me ocurrió contarle mi brillante idea a Anita.

—¿Qué piensas, Anita? Podría ser una buena forma de conocer a algunas de las otras chicas — le dije una mañana mientras nos preparábamos para bajar a desayunar.

Anita no parecía convencida.

—Pensé que odiabas a todas las otras chicas, Cruella. ¿No son todas hijas malcriadas de los amigos de tu madre?

Era cierto, la mayoría de ellas lo eran. Y había conocido a algunas de ellas desde que era joven, pero realmente no las conocía. No de la forma en que conocía a Anita. A lo sumo, habíamos compartido conversaciones corteses ocasionales en varias funciones.

Sin embargo, había una chica que conocía bien. Arabella. Ella era la hija de la mejor amiga de mi madre. Realmente nunca me había preocupado por ella y había hecho todo lo posible para proteger a Anita de ella desde que llegamos a la escuela. Si ella tuviera una pizca de los antecedentes de Anita, nunca escucharíamos

el final. Así que estaba agradecida de que Anita a veces se mostrara un poco distante con personas que no conocía. Honestamente, la hacía parecer como la mayoría de las chicas de la escuela. Pero en realidad, ella era tímida y estaba bastante concentrada en sus estudios.

—No lo sé, tal vez encontremos a alguien que ame los mismos libros que nosotras— dije. — Haré una publicación para nuestro club y la pondré en el tablón de anuncios

Anita suspiró.—Está bien, supongo. Veamos qué pasa.

Bajamos a desayunar juntas y encontramos nuestro pequeño rincón de la habitación donde solíamos sentarnos, lejos de Arabella y sus altivas amigas. Estaba trabajando en mi publicación para el tablón de anuncios y Anita estaba leyendo un libro que nos habían asignado cuando una voz engreída dijo:

—Buenos días, Cruella. ¿Y quien es esta? No he conocido a tu amiga.

Miré hacia arriba y se me hizo un nudo en el estómago cuando vi que era Arabella.

—Buenos días, Arabella. Esta es mi amiga Anita

Anita levantó la vista de su libro.

Arabella todavía llevaba el pelo en rizos, como si fuera una niña. Largos rizos rubios que caían suavemente alrededor de su pálido rostro. Parecía una muñeca preciosa con su piel de porcelana perfecta y sus ojos azules brillantes que parecían haber sido hechos de vidrio. Pero en realidad, ella era una chica monstruosa disfrazada de ángel.

Arabella era la hija más joven de una de las amigas más queridas de mi madre. Habíamos estado unidas desde la infancia, y no estaba feliz cuando me vi obligada a volver a su compañía una vez que llegué a la escuela. Mi madre se había rendido años antes para tratar de hacernos las mejores amigas, como ella y su querida amiga Lady Slaptton deseaban desesperadamente. Desde la primera infancia quedó claro que Arabella y yo no teníamos nada en común, al igual que yo y el resto de las hijas de las amigas de mi madre. Y Arabella realmente era la peor clase de chica.

—Oh, sí, recuerdo a Anita de tu casa. Tu pequeña mascota— Ella sonrió.—¿En qué estás trabajando ahí, Cruella?— preguntó, mirando la publicación que estaba redactando.

—Estoy creando un club de lectura— dije. Arabella se rió en voz baja. —¿Sigues leyendo esos tontos cuentos de hadas de los que siempre hablabas cuando éramos jóvenes? ¿Cuál era el nombre de esa princesa de nuevo? Algo estúpido. Oh, sí, Tulip. ¿Alguna vez has oído hablar de una princesa Tulip? Yo nunca.

Por otra parte, nunca he oído hablar de nadie llamado Cruella. Entonces, ¿qué sé yo?

—Sí, todavía amo esas historias— dije.—Y también Anita.

Arabella se rió de nuevo. —Bueno, entonces son una pareja perfecta. Pero no creo que encuentres a nadie interesado en tu club de cuentos de hadas. Lo último que queremos hacer con nuestro tiempo libre es leer más libros. Sabes que arruina tus ojos, Anita. Te verás vieja antes de tiempo si sigues leyendo así .

— No creo que eso sea cierto, Arabella— dijo Anita, volviendo directamente a su libro.

Pude ver girar las ruedas de Arabella. Estaba tratando de pensar en algo inteligente que decir, pero la desvié.

—Lo siento, Arabella, Anita quiere estar preparada para la clase de Miss Babble justo después del desayuno.

Arabella resopló. —Bueno, no molestaré más entonces.— Sus rizos giraron mientras giraba sobre sus talones para irse. —¡Las veo en clases!— llamó, su cabello balanceándose y rebotando mientras se alejaba.

Juro que esa chica deliberadamente caminó de esa manera para hacer que su cabello se balanceara, como una tonta superficial que era.

—Bueno, ese fue un buen comienzo. Ya estamos haciendo nuevos amigos — dije.

Anita ni siquiera pareció darse cuenta. Sabía que no estaba interesada en hacer nuevos amigos, y solo estaba complaciendo mi idea de que podríamos encontrar el tesoro de una chica escondida entre todas esas tontas e idiotas.

Anita estaba decidida a aprovechar al máximo la educación que le brindaba su tutor. Eso era más de lo que podría decir de la mayoría de las otras jóvenes que asistían a nuestras clases.

Después del desayuno, fuimos a la clase de Miss Babble para discutir el libro que Anita había estado leyendo con tanta diligencia durante el desayuno. Era una historia de Jane Austen. No recuerdo cuál ahora, pero sí recuerdo que Anita parecía ser la única persona en la clase que realmente comprendió las intenciones del autor. La señorita Babble siempre se mostró reacia a llamar a Anita porque, por lo general, era la única persona que levantaba la mano.

—Sí, bueno, si no hay nadie más ... Señorita Anita, ¿comparte sus pensamientos?

—La señorita Austen hace astutas observaciones sobre las clases sociales con sus diversas obras,

no importa con qué intensidad , lleva la marginación de las mujeres al frente de la mayoría de sus historias, especialmente las mujeres jóvenes con pocas o ninguna oportunidad

Todavía puedo ver las miradas en los rostros sin pestañear de los otros estudiantes. Como conejitos mirando hacia abajo por un lobo.

El lobo, por supuesto, era Arabella Slaptton, la bestia del desayuno. Ella era más inteligente que todas las demás chicas, por lo que era su cabecilla. Siempre tenía una palabra aguda o una mirada aguda para contribuir cuando Anita hablaba en clase. Arabella de ahora en adelante nunca perdería la oportunidad de hacer quedar mal a Anita.

—Bueno, debes saber todo sobre mujeres jóvenes con pocas o ninguna oportunidad, ¿no es así, Anita?—dijo Arabella.

Salté de mi asiento inmediatamente.

—¿Que sabes? ¿Quién te dijo eso— Yo pregunté.

Arabella se rió. —Oh, todo el mundo lo sabe, Cruella. Pero pensé que lo vería por mí misma, y claramente a Anita no solo le falta un trasfondo adecuado, sino que también le falta gracia social. —Retira eso, Arabella Slaptton. ¡Retíralo ahora mismo o te mostraré el significado de tu nombre!

Arabella me sonrió como si le acabara de dar un regalo. Y supongo que sí.

—Señorita Babble, ¿escuchó lo que acaba de decir Cruella? ¡Ella me amenazó! ¿Qué piensa hacer al respecto?

—Sí, señorita Babble, ¿qué piensa hacer al respecto?— Dije burlonamente.

—Tengo la intención de enviarla con la directora, señorita Cruella. ¡Salgase de inmediato!

Me quedé impactada.

—No puede hablar en serio.

Pero la señorita Babble no se movió.

—Oh, te lo aseguro, hablo completamente en serio. Una dama no amenaza a otros estudiantes.

Sus mejillas y cuello se habían enrojecido por el nerviosismo. De repente me recordó a la Sra. Baddeley, lo que me hizo reír.

—¿Puedo preguntar, es tan divertido, jovencita?—preguntó, haciéndome reír más fuerte

—¡No puedo creer que realmente vaya a dejar que Arabella se salga con la suya insultando a Anita y me envíe con la directora por defenderla!

Estaba tan enojada, pero no quería darle a Arabella el beneficio de mostrar mis emociones. Así que seguí riéndome.

—Apenas veo qué es tan insultante decir la verdad, señorita Cruella. Ahora, por favor, salga de mi salón de clases de inmediato

El rostro de la señorita Babble se estaba poniendo más escarlata a cada minuto, y me temo que perdí toda la compostura en ese momento.

—¿Decir la verdad? ¿Cómo se atreve a insultar así a Anita, arrogante, pequeña…?

—Cruella. Cruella, por favor

Era Anita. Se levantó de su asiento y puso su mano en mi hombro. Siempre fue Anita quien me salvó de mí misma.

— Cruella, por favor para. Estoy bien. Vamos a dar un paseo

—Sí, les sugiero que vayan a caminar, directamente a la oficina de la directora—dijo la señorita Babble.

Pero, por supuesto, nunca llegamos allí, al menos no en esa ocasión. Estaba demasiado enojada y mis oídos zumbaban con la risa de esas simples tontas cuando salíamos del aula.

—¿Quiénes se creen que son para reírse de ti así?— Resoplé, sin darle tiempo a Anita para responder. —Y decir eso sobre tus oportunidades. ¿Qué importa si es verdad? Ella no tenía derecho a exponerte así en clase

—No me avergüenzo de mis antecedentes, Cruella. Pero tal vez tú si. ¿Estás segura de que no estás molesta porque soy una vergüenza para ti?

Me detuve en seco, la miré directamente a los ojos y tomé sus manos entre las mías.

—¡No! No seas idiota, Anita, por supuesto que no. Tu eres mi amiga. Si alguien es una vergüenza es esa imbécil de Arabella. Puedes ver por qué nunca nos hicimos amigas

Anita se rió. —Oh, la recuerdo—dijo—Ella siempre fue horrible, incluso de niña. Me pregunto si no le duele que ya no sean amigas. —Apuesto a que está celosa de ti— le dije. —¿Por qué si no se esforzaría tanto en hacerte quedar mal?

La sonrisa de Anita se desvaneció. —Porque así es como se sienten todos en esta escuela, incluso los profesores. Lo veo en todos sus rostros, incluso en los buenos profesores. Los que no me miran con desprecio, me miran con tristeza. Saben que solo estoy aquí por ti.

Rápidamente se hizo evidente que había circulado la noticia de la falta de antecedentes de Anita. Y a pesar de que era amable con todos, no pasó mucho tiempo antes de que la mayoría de las otras chicas e incluso algunos de los instructores la rechazaran. Y no hice ningún amigo defendiéndola.

Era seguro decir que éramos las chicas menos populares en la escuela. No es que me importara, de verdad. No me importaba una sola chica en toda nuestra clase. ¿Y el personal y la directora? Tampoco daba un ápice por ninguno de ellos.

Quiero decir, ¿qué eran la directora y los maestros si no eran sirvientes glorificados? Oh, podrían haber venido de familias bastante respetables o de las mismas circunstancias que Anita, haciéndolos intermedios, pero en realidad, ¿quiénes eran ellos para juzgar a Anita?

Se convirtió en una batalla diaria y me encontré pasando más tiempo en la oficina de la directora que en clase. Y realmente, ella no fue de ninguna ayuda. Ella era tan insoportable como nuestros desagradables compañeros de clase y la mayoría de los instructores.

Me río para mí ahora, recordando un día en particular cuando recibí una citación para la oficina de la directora. Estaba en la clase de Miss Babble cuando llegó la nota pidiéndome que fuera a la oficina. Todas las chicas de la clase parecían muy satisfechas de sí mismas. No creo que se hubieran sentido más complacidas si todas hubieran recibido propuestas de los hombres más ricos del mundo, así que sabía que estaban tramando algo.

—Señorita Babble, ¿de qué se trata esto?— Yo pregunté.

—Le sugiero que vaya a la oficina de la directora y averigüe, señorita Cruella— dijo con una mirada de suficiencia en su rostro.

Desde esa escena con Arabella, las cosas en la clase de la señorita Babble habían sido espantosas. Esas tontas aprovecharon cada oportunidad para decir algo perverso sobre Anita, y la señorita Babble no hacía nada para detenerlas.

Bueno, si lo que querían era una batalla, estaba preparada.

Decidí desviarme antes de dirigirme a su oficina. En una rápida parada en mi habitación, me puse mis pendientes de jade y mi abrigo de piel. Sabes de los que hablo. Quería lucir el papel si le iba a dar a la directora una parte de mi mente. Quería lucir fabulosa e imponente, como mamá cuando estaba molestando a alguien.

—¿Está aquí para ver de nuevo a la señorita Upturn, señorita Cruella?— preguntó la mujer de aspecto desaliñado sentada en el escritorio justo afuera de la oficina de la directora.

Sí, ese era el nombre de nuestra directora: Miss Upturn. Creo que pensó que era un nombre elegante, pero para mí sonaba común. Y parecía demasiado apropiado, con todas las veces que había

vuelto la nariz hacia Anita en las ocasiones en que nos habían enviado a su oficina.

La señorita Frumpypants me dejó entrar en la oficina de la señorita Upturn. La directora estaba sentada en su escritorio, vestida con un sencillo pero majestuoso traje marrón, y tenía lo que parecía ser una codorniz muerta en la cabeza, con las plumas yendo en todas direcciones.

Era un sombrero muy desafortunado. y para empeorar las cosas, estaba muy desactualizado. Muy parecido a su vestido. Fingió estar ocupada cuando su asistente me llevó a su oficina y me indicó que me parara cerca de la silla frente a su escritorio. La señorita Upturn me mantuvo de pie allí mientras sus pequeños ojos brillantes se movían alrededor de su escritorio, como un pájaro trastornado buscando algo que hacer. Ni siquiera se molestó en mirarme durante varios minutos. Me di cuenta de que estaba posponiendo hablar conmigo tanto como podía.

Mujer simple. Apenas un intermedio. Finalmente, ella me miró.

—Señorita Cruella. Me han llamado la atención que estás causando un gran alboroto en la clase de la señorita Babble— dijo, mirándome con sus ojos demasiado pequeños y redondos.

Ella realmente era una vista sorprendente.

—Sí, señorita Upturn. Las otras estudiantes han sido horribles con Anita y la señorita Babble no hace nada al respecto. Y se niega a hablarle a Anita en clase. No entiendo por qué insiste en ignorarla. Ella es la única estudiante de nuestra clase que realmente tiene algo de valor para compartir, y quién se ha tomado el tiempo de leer realmente sus asignaciones— dije.

La codorniz se tambaleó sobre la cabeza de la señorita Upturn mientras suspiraba. Me habría hecho reír si no hubiera visto la expresión de disgusto en su rostro cuando mencioné el nombre de Anita. Esto hizo que la mujer me desagradara aún más.

—Honestamente, Cruella, no entiendo tu fascinación por esa chica. Has estado en esta oficina innumerables veces, todo a causa de ella. Ella está debajo de ti en todos los sentidos. Francamente, no entiendo lo que ves en ella. Una educación aquí solo llevará a Anita hasta cierto punto. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? Estoy segura de que ustedes dos fueron muy unidas en la infancia, y es maravilloso tener amigos así cuando son jóvenes. Pero es hora de que comprenda que ambas estarán en círculos sociales muy diferentes una vez que ingresen a la sociedad. Eventualmente seguirás tu propio camino, y odiaría verte descartar y alienar a las chicas que comparten tu posición social, porque esas son las jóvenes con las que pasarás tiempo en situaciones sociales, no Anita.

—Anita es mi mejor amiga y una muy buena amiga de mi familia. Odiaría mi madre descubrir lo mal que la tratan usted y su personal, sin mencionar cómo deja que los estudiantes se burlen de ella. No estoy segura de cómo todas se enteraron de la falta de circunstancias de Anita, pero eso no debería tener nada que ver con que ella reciba la educación que sus tutores están pagando para que reciba.

—Bueno, señorita Cruella, fue su madre quien me informó de las circunstancias de Anita, y mientras ella se entrega a su amistad hasta cierto punto, quería que Anita recordara su lugar. Su familia ha sido tan generosa en sus donaciones a nuestra escuela, señorita Cruella, pensé que lo mínimo que podía hacer era honrar la petición de su madre.

Me quedé impactada. Pero no parpadeé. —Si bien estoy al tanto de las preocupaciones de mi madre, señorita Upturn, le sugiero que hable con su personal y deje en claro que la señorita Anita debe ser tratada con respeto, o me ocuparé personalmente de que esta escuela ya no reciba dotaciones.

La señorita Upturn se rió en voz baja, haciendo que el pájaro del sombrero volviera a tambalearse. Fue todo lo que pudo hacer para no estallar en carcajadas. Claramente ella no se dio cuenta de mi situación. Y tomando una página del libro de mi madre, tomé el control de la conversación antes de que pudiera dar más detalles sobre su risa.

—¡Esta escuela es ridícula! Honestamente. La idea de que personas inferiores como usted y su personal me enseñen cómo comportarme en círculos sociales que, francamente, nunca le permitirían entrar, me hace reír. ¡Cómo se atreve a mirar con desprecio a Anita! ¡Todo lo que se necesita es una llamada telefónica a mi abogado y las donaciones cesarán!

Saqué la tarjeta de visita de Sir Huntley de mi bolso y la coloqué sobre su escritorio.

—Por supuesto, puede confirmar todo esto con Sir Huntley si lo desea. Ahora, si me disculpa, señorita Upturn, tengo que escribir algunas cartas y hacer llamadas antes de empezar a hacer las maletas para las vacaciones de invierno.

La señorita Upturn se quedó sentada, estupefacta. Atónita es una palabra mejor. Ella se quedó sin habla, mirando la tarjeta, mientras el pájaro en su cabeza se quedó inmóvil, mirándome. Había logrado mi propósito. Ojalá hubiera tenido el coraje de hacerlo antes. Me sentí tan poderosa en ese momento, con los

pendientes que me había regalado mi papá y el hermoso abrigo que mamá insistió en que me llevara a la escuela. Comprendí en ese momento que obtenía mi poder de lucir lo mejor posible. Como mi mamá.

No podía esperar para contárselo a Anita. Me volví para salir de la habitación, pero la voz de la señorita Upturn me detuvo.

—Lamento cualquier malentendido, señorita Cruella. Por supuesto, veré que el personal trate a la señorita Anita con más respeto. Puede estar segura de eso.

No me molesté en darme la vuelta cuando respondí. Simplemente dije: —¡Asegúrese de que lo hagan!

—¿Entonces no hará esa llamada a su abogado, señorita Cruella?— preguntó, su voz sonaba muy pequeña y no se parecía en nada a su habitual personalidad imponente.

Miré hacia atrás por encima del hombro y agregué —No, señorita Upturn, no mientras Anita sea tratada con respeto, no espero tener que hacerlo. Y luego le sonreí a la mujer, deleitándome en torcer el tornillo un poco más.

—Oh, y, señorita Upturn ... Veré que mi abogado incluya algo extra para usted con nuestra próxima donación. ¿Puedo sugerirle que lo use para comprarse un sombrero nuevo?

Luego agité mi abrigo de piel a mi alrededor, como había visto hacer a mi madre en innumerables ocasiones, y salí dramáticamente de la oficina. Estuve magnífica.

No me avergüenza decir que estaba muy orgullosa de mí misma ese día. No solo defendí a mi mejor amiga, sino que ideé una manera de asegurarme de que la tratarían de manera justa a partir de

ese momento. Por supuesto, la señorita Upturn resultó tener razón al final. Era joven y dejé que el amor de mi infancia me cegara. No veía a Anita en ese entonces como ahora.

Anita y yo nos sentamos en nuestra habitación y nos reímos juntas cuando le conté sobre mi conversación con la señorita Upturn.

—¡Oh, Anita! ¡Deberías haber visto la expresión de su rostro! Temblaba de miedo y rabia. ¡Pensé que ese sombrero se le iba a caer de la cabeza!

—Pero realmente no le dijiste que se comprara un sombrero nuevo, ¿verdad?— preguntó Anita, escandalizada pero riendo a pesar de su naturaleza dulce.

—¡Lo hice! ¿No es una maravilla?

Ambas nos reímos tan fuerte que molestamos a las chicas en la habitación de al lado, pero no me importaba. Todos eran criaturas horribles. Ninguna de ellas tenía el dinero que tenía mi familia. ¿Quiénes eran ellas para mirarnos a Anita y a mí? Si alguien iba a menospreciar a alguien, sería yo quien las mirara con desprecio.

CAPITULO V

HOGAR PARA LAS VACACIONES

Las vacaciones de Navidad llegaron rápidamente y estaba muy emocionada de pasarlas con Anita. Incluso estaba deseando ver a la señorita Pricket, quien dijo que yo podía llevar a Anita a casa durante las vacaciones ya que sus tutores viajarían fuera del país. No quería que estuviera sola en casa, sin nadie más que los sirvientes para hacerle compañía. Estaba tan feliz cuando la señorita Pricket me escribió para decirme que yo debía llevar a Anita, y que a mi madre no le importaría.

Mi madre aún estaba viajando, pero seguía enviándome regalos y, a veces, incluía algo pequeño para Anita, porque sabía que eso me haría feliz. Esperaba que regresara a tiempo para las vacaciones. No había ninguna indicación de lo que la señorita Upturn había dicho, acerca de que mi mamá quería que ella mantuviera a Anita en su lugar, fuera remotamente cierto, así que decidí que la mujer estaba mintiendo o había entendido algo mal de lo que mamá había dicho. Deje que un altivo intermedio se encargara de decidir lo que mi madre podría haber querido o no. Horrible mujer.

La señorita Pricket tomó el tren para encontrarse con nosotras en la escuela y así, poder acompañarnos de regreso a Londres. Primera clase, por supuesto. Nosotras no viajamos de otra manera. Ella estaba llena de las habituales preguntas en el tren de regreso a Londres, preguntando sobre nuestros estudios, las otras chicas, nuestros instructores. Yo no compartí con ella la conversación que

había tenido con la señorita Upturn, pero le contamos todas las cosas que habíamos aprendido y lo emocionadas que estábamos de comenzar las clases de baile después de las vacaciones de invierno. Nos iban a enseñar a bailar correctamente para la próxima temporada de bailes y otros eventos sociales. Aunque ninguna de los dos estábamos particularmente interesadas en asistir a estúpidos bailes, nos apetecía la idea de aprender a bailar. Después de todo, cada dama necesita saber bailar, incluso si no iba a ser en un aburrido baile o uno en el día de la boda. Me imaginaba a Anita y a mí bailando en lugares exóticos. Y me imaginé que un día tendríamos una verdadera aventura, pero mis grandes ideas para el futuro todavía se estaban formando y yo no estaba lista para compartirlas aún.

Mientras reflexionaba sobre eso, la señorita Pricket y Anita empezaron a charlar en francés y mis ensoñaciones se volvieron hacia la Navidad. Estaba tan emocionada de ayudar a los sirvientes a decorar el árbol y ver qué iba a cocinar la Sra. Baddeley para nuestra fiesta de Navidad. Pero lo que más esperaba era ver a mi mamá. Quería desesperadamente escuchar sobre sus aventuras. Y estaba tan feliz de pasar las vacaciones de Navidad con las dos personas que más amaba en el mundo: Mamá y Anita. Quería desesperadamente arreglar las cosas con mamá. Para dejar atrás todas esas tonterías con la enfermera de papá y su voluntad. Tenía tantas esperanzas de que la Navidad prestara su magia para ayudarnos a volvernos amigas de nuevo.

—Estoy tan feliz de que ambas parezcan estar disfrutando de la escuela— dijo la señorita Pricket, sacándome de mis ensoñaciones. Miré alrededor de nuestro compartimiento de tren, casi sorprendida de encontrarme allí. En mi mente, ya estaba en casa con mi mamá.

—Señorita Cruella, yo quería mencionar algo antes de que regresemos a Belgrave Square. — Mi estómago dio un vuelco. Estaba seguro de que me iba a decir que mi mamá no estaría en casa durante las vacaciones. —Su directora, la señorita Upturn, me llamó para contarme sobre su última conversación. — Pero antes de que pudiera decir algo, Anita habló.

—No es culpa suya, señorita Pricket, es mía…— La señorita Pricket tomó la mano de Anita.

—No seas tonta, Anita. Ninguna de las dos tiene la culpa— dijo, volviendo su atención hacia mí. —Estoy tan orgullosa de usted, Señorita Cruella, por enfrentarse así a sus profesores y directora— Me sentí tan aliviada. Estaba segura de que ella me iba a llevar a la tarea. Lo último que esperaba era que la señorita Pricket, de entre todas las personas, me felicitara por amenazar a mi directora.

—No puedo esperar para contárselo a mamá— dije riendo. —Estará muy orgullosa de mí. —La señorita Pricket guardó silencio. —¿Qué ocurre?—pregunté.

—No creo que debamos compartir esto con tu madre, no todavía. Esperemos hasta después de las vacaciones. Odiaría que algo arruinara su tiempo juntas. —La señorita Pricket parecía incómoda.

—¿Qué no me está diciendo, señorita Pricket?

Ella sacudió su cabeza. —Hablemos de eso más tarde. Mira, ya casi estamos en la estación.

Pero insistí. Claramente no había estado prestando atención a mis lecciones sobre cómo tomar señales sociales, poniendo a la pobre Anita y a la señorita Pricket en una situación incómoda.

—Cruella —dijo Anita—, creo que lo que la señorita Pricket está tratando de decir es que tu madre no lo aprobaría. Sabes que ella nunca aceptó del todo nuestra amistad. — No supe que decir. La señorita Pricket aplaudió, sacándonos del mal humor que se había apoderado de nuestro compartimento del tren.

—No importa eso, chicas. No volvamos a hablar de eso. Vamos a tener unas vacaciones de invierno increíbles— dijo. —Miren, ya casi llegamos— Y antes de que nos diéramos cuenta estábamos de vuelta en Londres. Sucio y frío como estaba, me encontraba feliz de estar de regreso. Me arropé con mi abrigo de piel para protegerme del frío y de las desagradables vistas de las zonas menos de moda de la ciudad hasta que finalmente llegamos a Belgrave Square.

Hogar.

Mientras nuestro chófer nos ayudaba a salir del coche, tuve que esforzarme por no atravesar la puerta principal para ver a mamá. Toda la familia estaba presente, esperándonos en el vestíbulo al pie de la gran escalera. Había olvidado cuánto amaba esa hermosa habitación, con su candelabro de cristal gigante colgando sobre la mesa redonda que siempre tenía flores. Todos estaban allí excepto la Sra. Baddeley. Sin duda, estaba preparando afanosamente nuestra comida navideña en el sotano. Es curioso, ¿no es así? ¿Cómo las cocineras y las amas de llaves, para el caso, usan el prefijo “Señora” cuando no están casadas? Me preguntaba si las haría sentir como si estuvieran casadas con sus trabajos. Y en cierto modo supongo que sí. Pero si alguien estaba casado con su trabajo, ese era Jackson. Sr. Jackson, como lo llamaban los fantasmas de abajo. Nosotros no necesitábamos un jefe de limpieza, no con Jackson alrededor. Jackson, junto con la Sra. Baddeley, se encargaban de todo acorde a

las instrucciones de mi madre. Y lo harían un día según mis instrucciones, cuando la casa pasara a ser mía.

Después de la muerte de mi padre, había decidido que quería ser una mujer independiente. Nunca casarme. Tomé en serio los últimos deseos de mi padre: conservaría su nombre. Y no había ningún hombre digno de su salar que aceptara tomar el nombre de su esposa, a menos que, por supuesto, ella fuera la Reina de Inglaterra, y aunque mi familia pudo haber sido grandiosa y relacionada con la realeza, yo no era la Reina. Pero pensé que me gustaría emular a una. Pensaba en la reina Isabel I y en cómo nunca se casó. ¡Y mira lo que logró! Siempre sentí que estaba destinada a la grandeza. Y mírame ahora. Más fabulosa que nunca. Como una reina.

Imaginé una feliz vida de soltera en esa casa con Anita. Probablemente tampoco se casaría, dadas sus perspectivas. Imaginé que sería mi compañera y viajaríamos juntas por el mundo, deteniéndonos en Belgrave Place para refrescarnos brevemente antes de emprender nuestra próxima aventura. Me imaginé en lugares como Egipto, París y Estambul, vistiendo la moda local, probando comidas exóticas y enviando postales a casa con descripciones espeluznantes de nuestras hazañas.

Estaba emocionada de ir al salón de la mañana para ver si mamá estaba allí, cuando una mujer a la que nunca había visto antes se separó de los otros fantasmas y se acercó a mí. Era una mujer alta e imponente, con un impactante cabello blanco recogido en un severo moño. Sus labios estaban perpetuamente apretados, como si oliera algo nauseabundo en el aire. Sus dedos eran largos y delgados y me recordaban a las patas de una araña. Vestía toda de negro y tenía un gran anillo de llaves colgando de su cinturón. Parecía una funeraria austera que atesora las llaves del inframundo. No me gustó

nada a primera vista. Ella miró a Jackson para hacer las presentaciones.

—Bienvenida a casa— dijo Jackson. —Estamos muy felices de que usted y la señorita Anita estén en casa durante las vacaciones. Permítanme presentarles a la Sra. Web. Ella es nuestra nueva ama de llaves. —A partir de ese momento me referiría a ella, al menos en mi mente, como la Araña. —Lady De Vil pensó que necesitábamos una nueva jefa de familia, ya que ella se ausenta con tanta frecuencia— dijo Jackson. No dije nada. Solo miré a la Araña con asombro, preguntándome por qué demonios estaba allí.

—Ella no está fuera *tan* a menudo— dije, mirando la sala de estar y queriendo preguntarle a mamá de qué se trataba todo esto.

La señorita Pricket me hizo una mueca antes de dirigirse a la Araña. —Disculpe, señora Web, hemos tenido un largo viaje. Estoy segura de que la señorita Cruella y la señorita Anita están ansiosas por refrescarse antes de cenar con Lady De Vil— Ella me dio una mirada de regaño.

—Lady De Vil no vendrá a cenar. Ella no ha llegado a casa todavía— dijo la Araña. —Estoy segura de que regresará contigo tan pronto como pueda— agregó, pareciendo deleitarse con mi decepción. O tal vez simplemente yo lo había imaginado. De cualquier manera, sentí que me hervía la sangre. —Mientras tanto, si necesita algo, llámeme, señorita Cruella. Su madre me ha indicado que actúe en su lugar mientras ella está fuera.

Quería gritar. ¿Cómo se atreve esta mujer a pensar que puede actuar en lugar de mi madre? ¿Y dónde estaba mi madre? Tenía tantas ganas de verla. No la había visto en todo el tiempo que estuve en la escuela. Ni una sola vez. Y rara vez me escribía. La mayoría de

sus noticias las recibía a través de la señorita Pricket, que estaba en constante correspondencia conmigo. Tenía que hacer algo para recuperar su favor.

—¿Ella cuándo va a estar de vuelta? — Pregunté.

—Antes de Navidad, estoy segura— dijo la señorita Pricket. Luego añadió rápidamente —Venid, chicas. Vamos a instalarlas en sus habitaciones y a desempacar. Han tenido un largo viaje— Y nos acompañó a Anita y a mí arriba a nuestras habitaciones. Recuerdo haber mirado a todos los sirvientes cuando llegué al primer rellano. Me parecieron fantasmas, desapareciendo por la puerta debajo de las escaleras, pero la vista más inquietante fue la Sra. Web deslizándose detrás de ellos como una araña hecha de humo y azufre. No me agradaba ni un poco.

Mi habitación estaba exactamente como la recordaba, y habían colocado a Anita en la habitación de las rosas, al otro lado del pasillo, la habitación que yo había llegado a considerar como suya. —Señorita Anita, sus maletas están en su habitación habitual al otro lado del pasillo si desea instalarse— dijo la señorita Pricket enérgicamente. —Estaré allí en unos momentos para ayudarla a desempacar después de haber ayudado a la señorita Cruella.

Anita sonrió. —Gracias, señorita Pricket— dijo, yendo a la habitación de las rosas.

—Señorita Pricket, ¿cómo se sentiría usted siendo mi doncella? Por supuesto, tendría que hablar con mamá cuando llegue a casa, pero quería escuchar lo que podrías pensar antes de hacerlo. — Tenía tantas esperanzas de que la señorita Pricket estuviera de acuerdo. Ella había estado conmigo desde que era muy joven, y

aunque a veces me sentía molesta con ella, no podía imaginar una vida sin ella. Para mí tenía sentido pedirle que fuera mi doncella; era una transición natural. ¿En quién más confiaría sino en mi antigua institutriz para un puesto tan íntimo?

—Bueno, señorita Cruella, su madre mencionó que es demasiado mayor para una institutriz y me preguntó si me gustaría quedarme como doncella y acompañante —dijo sonriendo. —Tenía tantas esperanzas de que las noticias le agradaran.

—Oh, sí, por supuesto que sí me agradan. Estoy tan feliz de que la idea te siente bien. Aunque no creo que pueda animarme a llamarte sólo Pricket... te he estado llamando señorita Pricket durante tanto tiempo.

La señorita Pricket se rio. —Puede llamarme como quiera, señorita Cruella —dijo, sonriéndome.

—Hablando de nuevos puestos en la casa, tenía curiosidad por saber qué podría decirme sobre la Sra. Web. ¿Se está instalando? —pregunté.

—Oh, se está adaptando bastante bien. —La señorita Pricket estaba siendo discreta como siempre. Ella nunca diría una mala palabra sobre nadie. Bueno, eso no serviría. Si la señorita Pricket iba a ser mi doncella, entonces tendría que actuar como tal. Y eso significaba darme todos los chismes de allá abajo. Así que la presioné un poco, dejando en claro que no me importaba la mujer, esperando que así la señorita Pricket se abriera conmigo.

—Simplemente no veo por qué la necesitamos. Lo estábamos haciendo perfectamente bien antes. Me pregunto si Jackson y la Sra. Baddeley resienten su presencia. Sé que yo lo hago, la odiosa araña que *es*.

—Oh, señorita Cruella. No hable así de ella— La señorita Pricket no estaba mordiendo el anzuelo. Caminé hacia mi tocador, me senté y me puse mis aretes de jade mientras observaba a la mujer que me había cuidado toda mi vida desempacar mis baúles. Sentí un escalofrío al ponerme los pendientes. Me sentí más como una dama poderosa cuando los usé. Y me di cuenta, en ese momento, que mi relación con la señorita Pricket había cambiado. Ya no estaba a su cargo, pero ella actuaba como si lo estuviera. Era un ajuste que debía hacerse en pequeños pasos y estaba a punto de dar el primer paso. —Señorita Pricket, si va a ser mi doncella, entonces yo espero oír todos los chismes. Mamá me dice que se entera de todo lo que sucede en el piso de abajo de la señora Smart, *su* doncella.

—Oh, no lo sé, señorita Cruella— Sacó un vestido recién planchado de mi armario. —Esto será maravilloso para la cena de esta noche— dijo, tratando de cambiar de tema.

—Vamos, señorita Pricket. ¡Destapa el pastel! Insisto —dije, riendo y esperando atraerla.

—Bueno...— Ella miró hacia la puerta para asegurarse de que nadie estuviera escuchando en el pasillo. —Escuché a la Sra. Baddeley contarlo, la Sra. Web apareció en la entrada de los criados como por arte de magia, en una siniestra bocanada de humo negro, con sus maletas en la mano y una nota de su madre explicando su nueva posición. Tu madre lo había arreglado todo sin decir una palabra a Jackson. Ni siquiera una nota antes de tiempo para advertirle de su llegada. Jackson estaba horrorizado de que no hubieran arreglado una habitación antes de su llegada.

—Jackson puede tener muchos talentos, pero que yo sepa, la adivinación no es uno de ellos— dije, haciendo reír a la señorita Pricket.

—Bueno, estaba tan estoico como siempre. Ya conoce a Jackson —Fue divertido hablar así con la señorita Pricket. Me sentía mayor, más madura y ella me hablaba como una adulta en lugar de regañarme por esto o aquello como a una niña. Fue divertido reír con ella. No me había dado cuenta de que era una mujer tan divertida.

—Parece que has estado pasando más tiempo abajo— le dije.

—Cuando su madre sugirió que me convirtiera en tu acompañante, pensé que lo mejor sería conocerlos. — Y yo pensé que era una idea perfecta.

—Bien—dije. —Gánate su confianza. Quiero saber todo lo que sucede allí.

—Suenas más como tu madre a cada momento— Ella miró mi reflejo en el espejo de tocador, una línea formándose entre sus cejas por un instante. Entonces la mirada pasó.

—Gracias, señorita Pricket— dije. —Ahora cuéntame más.

—Bueno, la señora Baddeley estaba atonita cuando llegó la señora Web. Llorando con lágrimas en los ojos porque una mujer extraña estaría supervisando sus despensas y revisando sus recibos. Esta misma tarde los encontré en la cocina. Escuché a la Sra. Baddeley gritarle a la mujer, “¡Manténgase fuera de mi tercer estante hacia abajo!”.

Eso me hizo reír. — ¿Qué hay en su "tercer estante hacia abajo"? Seguramente no se refería a lo que estoy imaginando —dije, haciendo reír de nuevo a la señorita Pricket.

—Está tan descarada como siempre, señorita Cruella. Creo que ahí es donde guarda sus recibos— dijo riendo.

—Bueno, no podemos hacer llorar a la Sra. Baddeley, ¿verdad? — Dije mientras Anita entraba en la habitación.

—Espero no interrumpir— dijo con su habitual tono tímido.

—¡Entra, Anita! — dije. —No creerás los chismes. La señorita Pricket me estaba diciendo que La araña ya tiene a "Cocinera" llorando.

Anita parpadeó un par de veces. —¿Cocinera? ¿Desde cuándo llamas a la señora Baddeley "cocinera"?

No lo sabía. Creo que podría haber sido la primera vez.

—Bueno, ella es nuestra cocinera, ¿no es así? Y así es como mamá la llama.

Anita claramente lo desaprobó. —Bueno, nunca te había escuchado llamarla así. Apuesto a que Arabella Slaptton la llama cocinera por su título en lugar de por su nombre.

Pensé que tal vez Anita tenía razón. Por lo general la tenía. Pero estaba tan ansiosa por hacer feliz a mamá de nuevo. Ella siempre quiso que fuera más adulta, como una dama. Quizás así era como podría complacerla. Tal vez si actuara como ella le gustaría, pasaría tiempo conmigo. Quizás ella se quedaría esta vez.

—Bueno, tal vez Arabella tenga algo— dije de manera despreocupada, ansiosa por cambiar de tema.

—¿Quién diablos es la Araña, de todos modos? — Preguntó Anita. Pobre Anita. Era muy inteligente, pero a veces realmente tenía problemas para mantenerse al día.

Me reí. —Oh, ¿cómo se llama…señora Web? El ama de llaves principal. La criatura pesada y merodeadora que encontramos en el pasillo. Parece una araña. Recuerda.

Anita rio. —Sí, supongo que parece una araña— dijo. —Qué vergüenza por hacer llorar a la Sra. Baddeley.

—Sí— dije, riendo aún más fuerte. —¡Supongo que la señora Baddeley no hará sus jaleas pronto!— Anita y yo nos echamos a reír de nuevo. La señorita Pricket se llevó una mano a la boca.

—Vamos chicas. Dejemos de hablar de la pobre Sra. Baddeley. Y deja de llamar a la Sra. Web la Araña. No es muy agradable— Inspiré profundamente. Había llegado el momento de dar un paso más en mi nueva relación con la señorita Pricket.

—Señorita Pricket, creo que llamaré a la señora Web como me plazca— La señorita Pricket pareció sorprendida, pero sabiamente mantuvo la boca cerrada. Entonces recordé algo. —¡Oh! ¡Anita, casi lo olvido! Tengo la idea más espléndida para una aventura durante nuestras vacaciones. Si mamá está de acuerdo, creo que deberíamos hacer un viaje juntas. La señorita Pricket puede ser la chaperona, ¿no es así, señorita Pricket? Y realmente, sería solo por las apariencias. No tienes que acompañarnos a Anita y a mí en todas nuestras excursiones.

—Sí, señorita Cruella. Estaría feliz— dijo, luciendo un poco triste.

—Señorita Pricket, estamos pasando por un ajuste, ¿no es así? Tomará un poco de tiempo, no te preocupes. Eventualmente ambas encontraremos nuestro apropiado lugar, y usted me considerará su superior en lugar de su cargo. Aunque no creo que tengamos que ser demasiado formales al respecto, ¿o tú lo crees? Ya que somos casi amigas, tú y yo— Su rostro se entristeció aún más. Entonces me di cuenta de que la señorita Pricket me había considerado una amiga. O quizás algo más.

—Oh, Cruella— dijo Anita, pero se detuvo en seco. No necesitaba que Anita me dijera que había herido los sentimientos de la señorita Pricket. Bueno, tenía que hacerse. No podía tener una doncella que me tratara como a una niña.

—Vamos— dije, cambiando de tema. —Terminemos de prepararnos. Jackson va a tocar el gong para cenar en cualquier momento. — Pero ellas no se movieron. —¿Qué? —dije. —¿Por qué me miran como si hubiera matado a un cachorro?

CAPITULO VI

EL FIN DE UNA ERA

La Navidad siempre fue mi época favorita del año. Me hacía algo. Me hacía más suave. Más bondadosa. Sin la aflicción de la que era presa últimamente. Pero en ese entonces amaba los días previos a la Navidad casi tanto como amaba el día mismo.

Mamá y papá siempre se aseguraban de que los sirvientes hicieran un gran alboroto durante las vacaciones de invierno. Siempre esperaba con ansias el día en que llegarían el árbol y las cestas festivas, al igual que hacían nuestros sirvientes. Las barandillas y la chimenea estaban cubiertas con guirnaldas y cada jarrón estaba lleno de flores navideñas. A la izquierda de la gran escalera, en el rincón cerca de la puerta que conduce al salón mañanero, estaba nuestro enorme árbol de Navidad. Llegaba hasta el siguiente rellano. Los sirvientes siempre lo decoraban bellamente. Estaba siempre cubierto de delicados adornos que mi familia había estado coleccionando durante generaciones, y con pequeñas velas parpadeantes, cuya luz bailaba y se reflejaba en los adornos brillantes.

La señorita Pricket nos había invitado a Anita y a mí a ayudar con la decoración de ese año. En el pasado, hubiera estado ansiosa por colocar la estrella en la parte superior del árbol, pero ahora tenía planeado tomar el lugar de mi mamá, hasta que su agenda le permitiera regresar esa noche. Estaba decidida a hacer todas las cosas que habría hecho mamá si estuviera allí. Quería que volviera a casa y viera que había arreglado todo perfectamente. Quería

complacerla. Y quería que ella viera que no necesitábamos a su detestable Sra. Web. Además, mamá nunca ayudaba a los sirvientes a decorar. Ella sólo se sentaba en la sala mañanera hasta que los sirvientes hubieran terminado y la decoración estuviera completa, entonces saldría a decir lo hermoso que lucía. Entonces eso era lo que yo estaba haciendo. Llevaba un hermoso vestido rojo y mis aretes de jade. Ciertamente parecía la señora de la casa.

Dejé que Anita hiciera los honores, y parecía que ella se lo estaba pasando en grande. Podía escuchar su voz feliz mientras estaba en la sala de la mañana, y casi deseé haber estado ahí con ellos cuando llegaban las cestas. Siempre había mucho entusiasmo por las cestas de Navidad, antes de que fueran enviadas al sótano, para que la señora Baddeley pudiera hacer su magia. Más tarde me enteraría que traían un par de faisanes, un ganso y muchas otras delicias para nuestras comidas navideñas. Incluso los sirvientes se tomaban un respiro de sus habituales pasteles de carne y guisos, para tener su propio festín navideño.

Mi madre había enviado regalos para nuestros sirvientes, junto con una nota pidiéndome que los envolviera. Ella llegaría a casa a tiempo para presentarles a todos sus regalos de Navidad, como era nuestra tradición anual. Había enviado algo de tela para las doncellas, así ellas podrían hacerse algunos vestidos nuevos, polainas nuevas para los lacayos y el conductor, un broche fino para la señorita Pricket, un reloj de bolsillo nuevo para Jackson y un reloj colgante para la señora Web. También había enviado pequeñas frutas confitadas y una variedad de chocolates, y le había dicho a Jackson que abriera algunas de las botellas de las bodegas para su cena de Navidad. Mi madre siempre era generosa con los sirvientes durante la Navidad y siempre comentó que yo debería hacer lo

mismo cuando tuviera un hogar propio algún día. —Un sirviente perdonará casi cualquier cosa si eres generoso durante las fiestas —decía.

Dejé que Anita se divirtiera ayudando a los sirvientes con las decoraciones mientras yo preparaba los regalos. Y aproveché la oportunidad para envolver los regalos de Anita mientras ella estaba ocupada con la señorita Pricket, bulla al árbol. La casa estaba llena de risas, música y alegrías, y estaba más emocionada que nunca de ver a mi mamá.

— Cruella, es hora de vestirse para la cena. —Era la señorita Pricket, asomando la cabeza por el salón de la mañana, donde había estado todo el día envolviendo regalos. No tenía idea de que se había hecho tan tarde.

— ¿Hora de vestirse para la cena? ¿Ha llegado mamá? —Sentí mi corazón palpitar de emoción—. ¡Ay, maldita sea! —Forcejeé con mi pendiente, porque estaba pichando algo desagradable.

— Aquí, déjeme ayudarle con eso —dijo la señorita Pricket, aflojando amablemente el broche. Inmediatamente sentí alivio.

— Gracias, señorita Pricket. Me había estado molestando todo el día. —La señorita Pricket me lanzó una mirada triste y familiar. Había visto esa mirada tantas veces. Siempre significaba lo mismo.

— Ella no vendrá, ¿verdad?

— Lo siento mucho, pero su madre no estará aquí para cenar. Cruella, querida, ahora que es mayor siento que puedo hablarle como lo haría con una hermana o una amiga. Me rompe el corazón ver que ella la trate de tan deplorable forma.

Me tambaleé en shock.

— ¿Qué cosa, señorita Pricket? ¿Qué acaba de decir? —Pensé que no la había escuchado correctamente. Seguramente ella no acababa de decir algo en contra de mi mamá.

— Lo siento, señorita Cruella, pero sé que tiene el corazón roto. Puedo verlo en su cara. He visto cómo su madre le rompe el corazón casi todos los días desde que era pequeña, y cómo sigue rompiéndolo.

—No sabe nada de mi corazón, señorita Pricket. Mi mamá me ama. ¿Cómo se atreve a insinuar lo contrario? —Mirando hacia atrás, no entiendo por qué traté de defender a mi mamá ante ella. Sabía lo que mi mamá sentía por mí; No necesitaba convencer a ningún intermedio de que mi madre me amaba.

— No le ha escrito ni visto desde que murió vuestro padre. No desde que la envió fuera, a esa escuela. Esa no es forma de tratar a una hija.

— Ella me envía regalos —dije, todavía en shock al escuchar a la señorita Pricket hablar con tan cándida impertinencia.

— Ella siempre le ha dado regalos, señorita Cruella. Eso es todo lo que ella le ha dado. Es todo lo que ella alguna vez le dará, siendo la mujer sin corazón, cruel y horrible que es. Hermosos regalos, y nada de ella misma.

Esta vez, había cruzado la línea. Se había tomado demasiada libertad. Había dejado que su estado intermedio la llevara a creer que éramos verdaderas amigas… hermanas, incluso. Ahora creería que podía hablar de esa manera sobre mi madre. Ya no tuve que decir una palabra más. Ella vio la expresión en mi rostro y ambas

supimos que esto ya no tendría arreglo. Nunca podría volver a mirarla de la misma manera. Nunca podría confiar en ella. Ella tenía que irse.

Intentó murmurar más disculpas, pero la interrumpí antes de que pudiera decir otra palabra. Me apresuré a meter algunos billetes que había sacado del escritorio en un sobre, y se lo puse en la mano.

— Aquí está su liquidación, señorita Pricket.

— ¿Me está despidiendo? —Su boca colgaba abierta. Aunque no entendía cómo podía creer que la dejaría quedarse, después de todo lo que había dicho.

— Sí que lo estoy. No sea tonta. No hay forma de que le permita seguir aquí, después de esto.

Fue un sentimiento extraño, aunque liberador, tomar el cargo de esa manera. En ese momento me di cuenta de que estaba al borde de un nuevo capítulo de mi vida. Me estaba convirtiendo en una dama y eso conllevaba una enorme responsabilidad. Estaba muy segura de que mamá estaría orgullosa de mí por haberme encargado de la situación de esta manera. No solo por haber tomado control sobre mi propia vida, sino por haberla defendido a ella. La señorita Pricket había sido, hasta ese momento, una parte muy importante de mi vida, pero no podía permitir que ella, ni nadie más, crearan una brecha entre mamá y yo. Había sobrepasado la marca, esa línea invisible que nos separa de nuestros sirvientes. Y fue una lección muy importante: no iba a permitirme a mí misma volver a involucrarme emocionalmente con nadie de mi personal.

— Pero no tengo a dónde ir. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero mi corazón se había cerrado ante ella. Sus lágrimas no me conmovieron.

— Eso no tiene importancia para mí. Puede pasar la noche en su habitación. Pero no deseo verla aquí mañana por la mañana.

Ella no dijo nada. Simplemente se quedó allí con incredulidad, las lágrimas rodando por su rostro. Ella parecía completamente desconsolada. — Entonces, largo. Adiós, señorita Pricket. —Cuando se dio la vuelta para irse, pude ver que sollozaba aún más fuerte, pero en silencio. Giró la perilla lentamente, temblando mientras abría la puerta. —Disfrute de su nueva vida, señorita Pricket. Ah, y cuando se vaya mañana, asegúrese de salir por la puerta de los sirvientes. —Ella me miró, con lágrimas bajando por su rostro.

— Yo te amaba tanto, Cruella. Y espero de todo corazón que no te conviertas en una mujer cruel, triste y solitaria, como tu madre.

Azoté la puerta detrás de ella, cerrando ese capítulo de mi vida de una vez por todas.

CAPITULO VII

NOCHEBUENA

En mi casa, los sirvientes tenían su celebración navideña en Nochebuena. Había sido así desde que era niña y no veía ninguna razón para cambiarlo. Cuando mis abuelos vivían, mis padres y yo cenábamos con ellos en su finca, dejando la casa a los sirvientes para que tuvieran una celebración propia sin tener que preocuparse por nosotros. Más tarde, después de la muerte de mis abuelos, cenábamos con amigos de mi padre o mi madre. Este año, con mi mamá fuera, sin Papá, y sin invitaciones de las que hablar, Anita y yo nos encontramos en casa en Nochebuena.

No podíamos salir a cenar sin una escolta adecuada, ahora que la señorita Pricket había sido despedida. Así que nos vimos obligadas a quedarnos en casa. Hablé con Jackson al respecto, asegurándole que Anita y yo estaríamos bien si la Sra. Baddeley nos preparaba algo y lo enviaba en una bandeja. No quería arruinar su celebración. Y especialmente quería extender un poco de alegría navideña, ya que probablemente todos tenían curiosidad por lo que sucedió con la señorita Pricket. Lo último que necesitaba era que mamá volviera a una casa vacía sin sirvientes. Contaba con Jackson para hacer correr la voz sobre la señorita Pricket y disipar cualquier temor que pudieran tener acerca de que la familia De Vil estuviera recortando personal, como lo habían estado haciendo últimamente muchas de las familias más grandes.

— Ella habló mal acerca de Lady De Vil —fue todo lo que tuve que decir. Jackson entendió. Y me di cuenta de que él pensaba que había hecho lo correcto.

Mientras hablaba con Jackson, la señora Web entró deslizándose en la habitación como una pesadilla andante sobre dos piernas. —Señorita Cruella, he anunciado abajo que usted y la señorita Anita estarán en casa esta noche. Por favor llame si necesita algo. La cena se servirá en el comedor a las ocho. — Parpadeé, tratando de decidir si era tan espantosa como mi mente había imaginado originalmente.

Lo era. Espantosa y odiosa.

— Como le estaba diciendo a Jackson, algo en una bandeja para la cena estará bien, señora Web. No quiero interrumpir sus festividades esta noche. Anita y yo estaremos encantadas de pasar una tarde tranquila juntas. Tendremos nuestra cena de Navidad mañana como siempre.

— Pero lady De Vil dio otras instrucciones, señorita Cruella, y la señora Baddeley ha estado abajo cocinando todo el día. Ella ha preparado todo un festín. No quisiera decepcionarla.

— ¿Así que esto es algo que usted y Lady De Vil discutieron, pero no creyó conveniente compartirlo conmigo, hasta ahora? — Había roto el protocolo. Había admitido que no sabía algo. Admití que mi madre no compartía sus planes conmigo. Pero continué sin perder el ritmo.

— Pero, ¿qué hay de su celebración? Tenía la intención de entregarles sus regalos esta noche antes de la comida de Navidad. Si están ocupados preparando un banquete y limpiando después, ¿cuándo tendrán tiempo para la celebración?

— Durante el desayuno de mañana, como indicó su madre.

— ¿Durante el desayuno? Oh, eso no será, Sra. Web. ¿Te suena eso justo, Anita? —Anita negó con la cabeza, pero no dijo nada. La dulce Anita, odiaba los conflictos—. Odiaría romper con la tradición, Sra. Web —continué—. Y no quisiera privar al personal de sus festividades. Trabajan tan duro todo el año, y esta es su recompensa por tal devoción y lealtad.

Esperé a que la Sra. Web me desafiara, pero ella solo frunció los labios y permaneció en silencio.

— Entonces está decidido. Procederemos como de costumbre, como lo hemos hecho durante muchos años antes de que se uniera a nuestra casa. —Quería que las cosas fueran como eran en los años anteriores a la muerte de papá y antes de que mamá se fuera. Todo había ido tan terriblemente mal tras la muerte de papá, y pensé que, si tal vez lograba recuperar nuestras celebraciones navideñas del pasado sin permitir que esta vil mujer lo cambiara todo, mamá vendría a mí. Por supuesto, no podría haber estado más equivocada. Estaba contradiciendo las instrucciones de mi madre. Pero los jóvenes no siempre toman las decisiones más sabias, por muy bien intencionadas que sean.

La señora Web me miró sin pestañear. Supuse que no quería contradecirme a mí ni a mi madre. Así que se quedó de pie, callada, hasta que Jackson rompió el incómodo silencio.

— Señorita Cruella, sé que la señora Baddeley se enfadaría terriblemente si su festín navideño se desperdiciara. Ha estado trabajando duro todo el día.

— ¡Tengo una idea! —Dijo Anita. Dulce y servicial Anita. Siempre atenta de los desamparados. Siempre queriendo hacer el

bien. Ella haría cualquier cosa para hacer feliz a la gente, especialmente a la gente que aprecia. Es curioso cómo, al final, ella no pudo hacer lo mismo por mí.

Pero me estoy adelantando. Esa parte de la historia no llega aún, sino hasta más tarde.

— Vi cuánta comida estaba preparando la señora Baddeley abajo —dijo Anita—. Es demasiada para nosotras dos. Hay más que suficiente para todos. ¿Qué tal si invitamos al personal a unirse a nosotras para la cena de Navidad? Y luego pueden continuar la celebración abajo como prefieran.

— Es usted muy amable, señorita Anita, pero poco ortodoxa —dijo la odiosa Web—. Lady De Vil se enojaría al saber que los sirvientes cenaron arriba.

Lo último que quería hacer era estar de acuerdo con esa mujer, aunque tenía razón. Mi madre estaría lívida. Pero la expresión del rostro de Anita era tan sincera y yo sólo quería hacerla feliz. Quería hacer algo bueno por ella, agradecerle todo lo que ella había hecho por mí tras la muerte de mi padre. Así que sugerí una alternativa.

— Bueno, si el personal no se opone, tal vez Anita y yo podríamos unirnos a ustedes abajo y podemos compartir la comida juntos. —Miré a Jackson porque valoraba más su opinión. A diferencia de la Sra. Web, él había estado con nuestra familia por muchos años, desde antes incluso de que yo naciera. La única otra persona que me conocía desde hacía tanto tiempo era la señorita Pricket. Quizás si las cosas no hubieran ido como fueron, ahora le estaría preguntando a ella sobre la cena de Navidad.

— No nos quedaríamos abajo con ustedes toda la noche, eso sí. Solo sería para cenar, y entonces los dejaríamos continuar con la

celebración después de que hayamos subido. No los necesitaríamos por el resto de la noche, lo prometo, siempre y cuando Jackson coloque el grog, y tal vez una pequeña bandeja de sándwiches en caso de que nos de hambre antes de acostarnos —dije, mirando a Jackson y esperando que él estuviera de acuerdo.

Pensé que esa era la forma más adecuada de resolver nuestro dilema. — Y antes de la cena, puedo darles vuestros regalos. Estoy segura de que Lady De Vil desearía poder estar aquí para entregárselos ella misma, pero supongo que tendré que hacerlo yo.

— Señorita Cruella —La cara de Web estaba tensa —. Esto está muy fuera de lo ordinario, y no estoy segura de que su madre lo aprobaría —Le sonreí a la mujer con mi sonrisa más dulce. Mirando atrás, ahora me pregunto si no estaba únicamente tratando de llevarle la contraria a la Sra. Web. Ni siquiera estaba pensando en cómo todo esto haría sentir a mamá. Me había convencido a mí misma de que ella estaría feliz de que yo me hiciera cargo y me asegurara de mantener nuestras tradiciones familiares. Pero no estoy segura de que esa fuera mi motivación más fuerte.

— Me gustaría escuchar lo que piensa Jackson. Él ha estado cuidando a esta familia desde antes de que yo naciera, y creo que es el mejor juez. Jackson, ¿estás de acuerdo con la Sra. Web? ¿Crees que mi madre se opondría si combináramos las celebraciones navideñas esta noche?

Jackson entrecerró los ojos hacia Web. — Creo que lo estaría, señorita Cruella.

— Pero Jackson, estoy ansiosa por darles sus obsequios y no quiero privar al personal de su celebración. Estaré terriblemente decepcionada si no podemos encontrar una solución a esto —.

Jackson sonrió. Nunca podría negarme nada. No desde que era una niña, y yo realmente quería ganar esta batalla con la Sra. Web.

— Bueno, señorita Cruella, lo último que quiero hacer es decepcionarla.

Jackson siempre me había agradado. De todo nuestro personal, él era más como un miembro de la familia. Siempre allí. Siempre fiel. Siempre de mi lado. Y después de la muerte de mi padre, siempre cuidándome. Es cierto, había resentido sus atenciones y las miradas sombrías que lanzó cuando mi mamá partió en su viaje, pero nunca habló mal de ella. En ese momento, cuando su rostro, generalmente sombrío, se iluminó con una sonrisa indulgente solo para mí, me recordó mucho a mi papá, a quien extrañaba terriblemente. No entendía por qué me había tomado tanto tiempo ver a Jackson de esta manera. Verlo de verdad. La forma en que lo había visto cuando era pequeña. Lo adoraba cuando era chica. Él siempre había tenido especial interés en mí. Y lo estaba haciendo de nuevo.

Quizás era la magia de la Navidad, o quizás simplemente estaba feliz de tener a alguien a mi lado contra la Sra Web, pero vi a Jackson claramente ese día. Y habíamos ganado la batalla juntos, Jackson y yo. Éramos aliados en el combate contra la miserable Araña.

— ¡Entonces está todo listo! Todos cenaremos juntos en la planta baja. ¡Será una noche asombrosa!

Antes de la cena, Anita y yo nos cambiamos. Recuerdo que me sentí liberada por no tener que ataviarme para la cena. Si hubiéramos estado comiendo arriba en el comedor con mamá, habríamos tenido que vestirnos como si estuviéramos cenando con la Reina. Pero no, ambas llevábamos algo sencillo y cómodo. Ni siquiera me puse los pendientes que me dio papá.

El salón de los sirvientes estaba decorado con una colorida guirnalda hecha de anillos de papel que estaban encadenados entre sí, alternando entre el rojo y el verde. Había pedazos festivos de acebo y piñones atados con cintas rojas colgando de las puertas. En la esquina cerca de la chimenea había un árbol pequeño, decorado con ristras de palomitas de maíz y arándanos, y cuentas de oro descolorido que brillaban a la luz del fuego.

La planta baja era mucho más alegre de lo que recordaba. No había pasado mucho tiempo en el salón de los criados; la mayoría de mis visitas eran a la cocina. Anita y yo saludamos a la Sra. Baddeley mientras bajábamos las escaleras, pero nos ahuyentaron y nos dijeron que cerráramos los ojos. —¡Estoy haciendo algo especial para ustedes, queridas! ¡Nada de espiar!

Anita y yo nos reímos. Se sintió como los viejos tiempos.

La cocina estaba separada de la sala de servicio por una gran caseta empotrada en la pared. Había una ventana con bisagras y contraventanas en el medio de la conejera que podía abrirse para que los que estaban dentro del salón de servicio y la cocina pudieran pasar cosas de un lado a otro y hablar entre ellos sin tener que ir a la otra entrada.

El pasillo tenía una larga mesa de comedor que ya estaba preparada con platos con un anticuado diseño *Churchill Blue*

Willow[1]. Al otro lado de la habitación había una gran chimenea y una encimera, con dos sillas frente al fuego, que supuse que eran de Jackson y de la señora Baddeley. Entre las sillas había una pequeña mesa redonda de madera, y había varias almohadas pequeñas sobre una alfombra vieja que recordaba tener en la sala de estar cuando era niña. Supuse que era allí donde se sentaban los otros criados cuando no estaban en la mesa del comedor, tal vez para calentarse junto al fuego mientras bebían su chocolate antes de acostarse. Era un lugar acogedor.

— Estoy tan feliz de que hayas decidido cenar aquí con el personal, Cruella —dijo Anita, radiante—. Habría sido solitario arriba solo nosotras dos. Siempre sentí que la Navidad era un momento para pasar con tu familia. —Anita vio que me estremecía al escuchar la palabra familia, pero no estaba enojada con ella. Entendí lo que quería decir. Era un tiempo para la familia y extrañaba a mi papá y a mi mamá más que nunca.

— Entiendo. Consideras a la Sra. Baddeley y Jackson como familia.

— También consideraba a la señorita Pricket familia. —Su voz era triste, pero había algo más ahí.

— Sé que estás decepcionada, Anita, pero no deseo hablar de la señorita Pricket. Al menos, no ahora. No delante de los otros sirvientes.

— Pero piensas en ellos como familia, ¿no? —preguntó.

---

[1] *Blue Willow* es uno de los diseños de vajilla de Churchill más populares, y ha estado en constante fabricación durante más de 220 años. Diseñado por Thomas Minton en 1790, representa una fábula romántica de la antigua cultura china.

Sopesé la idea. — Quizá no de la misma forma que tú, Anita. Pero me encanta que te traten como a un miembro de la familia. Porque para mí eres una querida hermana.

— Y tú eres mía, Cruella. No sé dónde estaría sin ti.

Oh, cómo me rompe el corazón pensar que Anita y yo ya no somos cercanas. Que ya no me quiere como antes. Pero no debería divagar. Esos fueron días felices. Al menos pensaba que lo eran. Los días antes de que Anita me traicionara, cuando ella era prácticamente mi mundo.

Volvamos a la víspera de Navidad. Anita y yo estábamos en el vestíbulo de la servidumbre echando un vistazo a nuestro alrededor cuando la señora Baddeley abrió abruptamente las contraventanas, su cara roja y feliz asomándose por la ventana de la conejera.

—Señorita Cruella, hola, querida. Siento haberla ahuyentado.

Le sonreí a la mujer. — ¡Entiendo que está haciendo sus viejos trucos otra vez, preparando algún tipo de sorpresa! ¡Apuesto a que puedo adivinar lo que podría ser! —Imaginé gelatinas de frambuesa hasta donde alcanzaba la vista y me reí para mis adentros.

— ¡No se preocupe por eso, Cruella! ¡Solo tendrá que esperar! —Volvió a cerrar las contraventanas con un chasquido dramático y juguetón. Anita me sonrió.

— Ves, ella no es tan mala. Sé que te molesta, pero en realidad es una mujer muy dulce y te quiere mucho.

Nunca se me había ocurrido que la señora Baddeley me quisiera. No hasta que Anita lo dijo. Y me hizo preguntarme: ¿me había equivocado en todo? Quizás ella siempre me había querido, al igual que Jackson, desde que era una niña. ¿Por qué me había

tomado tanto tiempo entender eso? De repente me sentí tan avergonzada por haber despedido a la señorita Pricket. Era casi como si la mujer que había sido en ese momento fuera una persona completamente diferente a la mujer que era ahora. Y había salido sin mi conocimiento o permiso. No me gustaba esa persona dentro de mí que decía y quería decir cosas horribles. Pero a veces sentía como si no tuviera control sobre ella.

Quería desesperadamente hablar con Anita al respecto, pero no entonces. Tendría que esperar hasta después de la cena. Los pensamientos que se arremolinaban en mi cabeza eran demasiado extraños para decirlos en voz alta en esta alegre habitación. Algo dentro de mí estaba cambiando, algo que no podía explicar.

Pero no hubo tiempo para escabullirse y hablar. Todos se dirigían al salón de los sirvientes y ocupaban sus lugares alrededor de la mesa.

Me ofrecieron el asiento de Jackson en la cabecera de la mesa, pero me negué, eligiendo sentarme junto a Anita de espaldas a la conejera para que estuviéramos frente a la chimenea y al arbolito. —No, Jackson, ese lugar de honor es para ti. No lo aceptaré. Yo soy su invitada esta noche —dije. La señora Baddeley parecía conmovida por mis palabras, y me pregunté si no habría algo entre ellos. A menudo había escuchado historias de mayordomos y cocineras que encontraban el amor en su vejez. A veces era el mayordomo y el ama de llaves. Pero algo en la forma en que la Sra. Baddeley miró a Jackson me hizo preguntarme si había alguna chispa allí, y me pregunté si era mutua. Jackson, por supuesto, era demasiado estoico para dejarlo ver, incluso si sí sentía algo por la mujer.

Mientras miraba alrededor de la mesa, noté que faltaba alguien. —¿Dónde está la Sra. Web? —Pregunté.

—Oh, ella come en su sala —dijo la Sra. Baddeley, poniendo los ojos en blanco y haciendo un gesto divertido con las manos como si fuera la mujer más elegante del mundo.

— Oh, ¿lo hace? ¿Así que su alteza todo-poderosa es demasiado digna para comer con los otros sirvientes? — Pregunté, haciendo reír a todos y rompiendo el hielo. Era tan hermoso verlos a todos en la mesa, sonriendo y divirtiéndose. Todas las criadas estaban hablando y riendo cuando la Sra. Baddeley interrumpió su ensueño.

— Señor. Jackson, ¿podríamos hacer que Jean encienda la radio? Creo que esta noche hay un concierto de Navidad.

El rostro de Jackson se iluminó.

—Ésa es una idea maravillosa, señora Baddeley, y ya que estamos en ello, no veo nada malo en conseguir una botella del sótano. Después de todo, es Navidad —dijo con un guiño.

Fue una gran velada de comer, beber y escuchar música navideña en la radio. Anita había pensado en traer algunas galletas navideñas. Así que ahí estábamos todos, llevando sombreros de papel festivos mientras cenábamos el magnífico banquete de la Sra. Baddeley.

— Me gustaría proponer un brindis —dije, levantándome— . ¡A la Sra. Baddeley, por esta deliciosa comida!

— ¡A la señora Baddeley! —todos aplaudieron. Incluso Jackson se veía festivo, luciendo alegremente su corona de papel, a

pesar de que habíamos tenido que convencerlo de que la usara en un principio. Era una noche feliz, llena de risas, comida y, sí, familia.

Me encantó ver todos sus rostros felices, todos reunidos. Comer abajo era mucho más divertido que comer en el comedor principal. Nadie me estaba regañando para que actuara como una dama. Todos pasaban grandes cuencos y fuentes de comida alrededor de la mesa, sirviéndose tanto como quisieran. Jackson tajaba el filete Wellington, como si fuera el padre de esta pequeña familia. La Sra. Baddeley se había asegurado de hacer todos mis favoritos y los de Anita.

— ¡Oh, señora Baddeley, maravillosa y querida mujer, recordó cuánto amo sus pajitas de queso! — lloró de alegría Anita. La señora Baddeley sonreía entre bocados de filete Wellington.

— Oh, sí, querida. He recordado todos sus favoritos. Y los de la señorita Cruella también.

— Lo veo, Sra. Baddeley — dije, mirando la mesa auxiliar cargada de tartas de limón, galletitas cubiertas de azúcar en polvo, un pastel de ron y nueces, y un pastel de tres pisos cubierto con glaseado blanco—. Y el pudín se ve increíble. Pero me pregunto si tendremos espacio después de comer todo esto. —Eché más patatas asadas y zanahorias en mi plato.

— Oh, no ha visto ni la mitad. Ni siquiera han visto mi sorpresa —dijo.

— ¿Hay más? —Preguntó Anita—. ¡No puedo ni imaginarme cómo es posible!

Entonces lo recordé. — ¡Sus regalos! ¡Estaba tan emocionado por nuestra pequeña fiesta que olvidé entregarles sus regalos! ¡Dejadme correr escaleras arriba y buscarlos!

— No, señorita Cruella —Jackson puso una mano gentil en mi hombro—. Siéntese. Todavía tenemos pudín. La Sra. Baddeley ha estado trabajando en su sorpresa todo el día. Además, ustedes son nuestro regalo esta noche. Estamos muy felices de tenerla a usted y a la señorita Anita con nosotros.

— ¡Si! —dijo Jean.

— Oh, por favor quédese. Puede darnos nuestros regalos más tarde —dijo Paulie.

— Ves, esta gente te quiere, Cruella —dijo Anita en voz baja—. ¿Quién más podría hacer que Jackson usara una corona de papel?

— Bueno, señora Baddeley, creo que es hora de que Paulie traiga su mayor logro navideño —dijo Jackson, dándole a la señora Baddeley un pequeño empujón y un guiño.

— Sí, Paulie. Ve. Está en la bandeja plateada que está en el mostrador — dijo, y agregó: — Jean, ve a ayudarla. Y no tropieces y arruines la sorpresa de la señorita Cruella. —Me reí. La señora Baddeley no era una mujer terrible en absoluto. Si Jackson era el padre de esta familia, seguramente la señora Baddeley era su madre.

— Estoy seguro de que les irá bien, señora Baddeley —dijo Jackson.

Y luego llegó. La gelatina más grande y magnífica que jamás había visto. Era frambuesa, por supuesto, y en su interior colgaban cerezas y naranjas diminutas. No parecía posible crear una gelatina

tan grande sin romperla al sacarla del molde. Lo había decorado bellamente, con espesas flores de crema batida. Me sentí como una niña de nuevo. Era la sorpresa más maravillosa de todas. Una extraña sensación pinchó mis ojos y me di cuenta de que estaban mojados por las lágrimas. Y en ese momento, decidí que me gustaban las gelatinas más que casi nada, porque esta querida mujer las había hecho para mí.

— Oh, señora Baddeley. Me encanta. Gracias —dije levantándome y besándola en la mejilla—. Estoy muy agradecida de tenerlos y de pasar esta noche con todos ustedes. —La señora Baddeley me abrazó con fuerza. Cuando me alejé, tenía harina en mi vestido. Pero esta vez, no me importó.

Después de la cena, los sirvientes nos convencieron a Anita y a mí para que nos quedáramos a tomar una copa de vino caliente y a cantar canciones navideñas antes de subir. Mi corazón se sentía lleno y mi cara estaba sonrojada. Mis fantasmas no eran fantasmas. Eran personas y me amaban. Anita tenía razón. Ellos eran mi familia.

Y entonces sonó la campana.

No esperábamos invitados. Pero Jackson se puso rápidamente la chaqueta para poder subir las escaleras y ver quién era. — Es probable que solo sean niños cantando villancicos, señorita Cruella. No tardaré más de un momento.

— Oh, ¿no sería maravilloso si todos subiéramos a darles algo? Los pobres nenes —dije.

— ¡Oh si! —dijo Paulie—. Ya sé. Démosles algunos de los bombones que nos envió su madre. Sería un buen regalo para ellos.

La señora Baddeley intervino. —Jean, ve a buscar una cesta de la cocina. Una de mis cestas de mimbre y tráela aquí, junto con un trozo de papel encerado. También podemos envolverles algunas de esas galletas.

— Oh, esto es tan emocionante —le dije a Anita. Sentía como si estuviéramos en una aventura mientras subíamos las escaleras, con nuestra canasta de chocolates y galletas para dárselas a los niños que cantaban. Todos nos quedamos allí reunidos, listos para sorprenderlos—. Muy bien, Jackson, abre la puerta —dije, sintiendo que podría estallar por la pura alegría de la noche. Era lo más feliz que me había sentido desde que papá murió.

Jackson abrió la puerta, pero no eran niños los que esperaban.

Era Mamá.

— ¡Jackson! ¿Qué significa esto? —Mi madre estaba lívida al vernos con nuestros sombreros de papel torcidos, rostros enrojecidos y expresiones de alegría. Entonces sus ojos se posaron en mí. Nunca la había visto tan enojada.

— ¡Mamá! ¡No te esperábamos! — dije. Una parte de mí estaba tan feliz de verla, después de todo este tiempo. Una parte de mí también sintió una sensación de presentimiento en la boca del estómago.

— ¡Claramente! ¡Mírense! ¡Dios mío, Cruella, estás hecha un desastre! ¿Qué diantres está pasando? ¡Explícate ya mismo!

— Cuando escuchamos el timbre, pensamos que eran niños cantando villancicos en la puerta —dije, mis hombros cayendo ante su enojo y desaprobación —. Pensamos que sería festivo llevarles algunos dulces.

— ¡No entiendo, Cruella! ¿Qué estabas haciendo abajo? —Ella tomó la harina por todo mi vestido. La harina que ni siquiera me había importado unos minutos antes. Mi mamá estaba tan enojada conmigo; No me atreví a decirle que habíamos estado con los sirvientes celebrando la Navidad—. ¡Cruella, respóndeme! ¿De quién fue la idea?

Anita fue la que habló. —Fue idea mía, Lady De Vil —dijo con su suave y dulce voz. Anita siempre fue más valiente de lo que creí.

Hay que tener cuidado con los tranquilos y silenciosos. Toma este consejo. Las chicas tranquilas y observadoras son las más mortíferas.

Mi madre miró a Anita como si no la conociera, como si no hubiera hablado, y dirigió sus palabras a Jackson. — Jackson, envía al personal abajo. —Quería decir que todavía no había tenido la oportunidad de entregarle sus regalos al personal. Quería decir que fue idea mía. Pero no pude hacer que salieran las palabras. Resultó que yo no era tan valiente como Anita. — Cruella, me gustaría hablar contigo en el salón de la mañana. Anita, ¿podrías disculparnos? —Anita me miró por encima del hombro mientras subía las escaleras. Me di cuenta de que se sentía mal y estaba preocupada por mí. Le dediqué una sonrisa tranquilizadora mientras me dirigía a la sala de estar con mi mamá. Pero ambas sabíamos que mi sonrisa era falsa.

Mamá estaba furiosa. —Claramente esta chica es una influencia horrible para ti. ¿Seis meses de distancia y regreso a casa para verte así? Mira tu estado. ¿Qué llevas puesto, Cruella? ¿Por qué

estás vestida como una chica de casa común? ¡Ni siquiera estás usando los aretes que te dio tu padre!

Eso era cierto. No me había arreglado. Llevaba uno de mis vestidos más sencillos, algo que solía usar en las salidas al parque o al bosque. —Ropa para caminar—, los llamaba mi madre. No había querido emperifollarme y ser llamativa. Quería encajar abajo. Y ahora me sentía como si no perteneciera a la sala de la mañana con mi mamá. Sentí calor en la cara y me pregunté si estaría roja.

— Esto es demasiado, Cruella. Demasiado. Te envié a esa escuela para convertirte en una dama, no en una criada común. ¡Claramente Anita ha sido una mala influencia para ti! Nunca debí haber arreglado que ella se uniera a ti —dijo, sirviéndose una copa de jerez y sentándose en el sofá de cuero en su lugar habitual.

— ¡Eso no es cierto, madre!

— ¿No es cierto? ¿Desde cuándo te vistes así en Nochebuena? Le di instrucciones explícitas a la Sra. Web sobre cómo debería ir esta noche y tú desafiaste mis deseos. Ni siquiera sé quién eres. —La Sra. Web. Por supuesto. Ella le había avisado a mi madre.

— ¿Ella te lo dijo?

— Por supuesto que me lo dijo. Es mi ama de llaves principal. Ella es mis ojos y mis oídos cuando estoy fuera. No debes actuar como la dueña de la casa con ella, ¿entiendes? Hace cumplir mi voluntad cuando no estoy aquí para hacerlo yo misma.

— Ella es una mujer horrible, madre. Quería que los sirvientes renunciaran a su fiesta navideña. No podía creer que esos fueran tus

deseos. ¿Qué daño tiene hacer una pequeña fiesta para los sirvientes? Tú y papá me contaron sobre los bailes de sirvientes que solía tener la abuela en los viejos tiempos. ¿Cuál es la diferencia entre eso y lo que hicimos esta noche?

— ¡Toda la diferencia del mundo! Esa era una gran propiedad, Cruella, un mundo en sí mismo. Con viejas tradiciones que se remontan a demasiadas generaciones para contarlas. Vivimos en la ciudad. Cenar en la cocina con los sirvientes no se hace. ¿Y si las otras damas se enterasen de esto? ¿Y si Anita les cuenta a las hijas de su tutor? Este tipo de noticias viaja por la sociedad. Seríamos un hazmerreír.

No me dio un momento para responder o tratar de defenderme. — He tomado una decisión, Cruella. No quiero que vuelvas a esa escuela. Creo que es hora de que salgas a la sociedad. ¡Necesitamos encontrarte un esposo de inmediato! Alguien que te tome en la mano y ponga freno a esta actitud tuya.

No podía creer que estuviera diciendo esto. —¿Qué actitud? —Pregunté.

—¿Crees que no escucho lo que has estado haciendo en la escuela? ¿Tus amenazas a la directora y tu constante actitud engreída, tu altivez con los demás alumnos en tu ávida devoción y defensa de Anita? Alienarte de todas las mujeres jóvenes adecuadas que te envié a conocer. ¡Esto tiene que terminar! No quiero que vuelvas a ver a esa chica, ¿entiendes?

Y, por primera vez en mi vida, me enfrenté a mi madre.

— ¡Anita es mi mejor amiga!

— ¡Ella no es tu amiga! Ella es apenas mejor que una sirvienta. ¡Y no permitiré que te influya de esta manera!

— La fiesta fue idea mía, madre, no de Anita.

Pero mi madre no me creyó.

— ¡No me mientas, Cruella! Y no discutas conmigo. Te sacaré de la escuela y ya no verás más a esa Anita.

— ¡No puedes evitar que vea a Anita, mamá, no puedes! Y por favor déjame terminar la escuela. Tengo tantas ganas de volver.

— No será posible, Cruella, ¡no después de avergonzarte a ti ya nuestra familia defendiendo a esa chica común! Y ahora vuelvo a casa para encontrarla aquí. Y por lo que escuché de la Sra. Web, ¿estuvo prácticamente viviendo aquí todo el verano antes de que te fueras a la escuela?

— La señorita Pricket dijo que no te importaba. ¡Estabas lejos! ¡No tenía a nadie!

La señorita Pricket no me lo dijo. Esa mujer siempre fue demasiado indulgente contigo. Dándote lo que quisieras a mis espaldas. Insistiendo en que debería verte por las tardes antes de salir. Insistiendo en que te lleve regalos para tu cumpleaños, metiendo esa Anita en la casa cuando yo no estaba. Estaba planeando despedirla yo misma, pero parece que te me adelantaste.

— Bueno, ahora me arrepiento —dije. Y lo hacía. Ahora veía que era la señorita Pricket quien me había cuidado. Quién era responsable de todos mis momentos felices mientras crecía. Y de repente, todas las miradas tristes de la señorita Pricket cobraron sentido.

— Quiero que Anita se vaya a primera hora de la mañana, Cruella. No la tendré en mi casa otra noche. Tenerla aquí me da la sensación más inquietante. Como si algo depredador estuviera dando vueltas en mi casa.

— ¡Madre, por favor! ¿Qué puedo hacer para compensarte por esto? ¿Qué puedo hacer para que dejes que Anita se quede? —Pero no había nada que pudiera decir o hacer. Había puesto su mente y su corazón en contra de Anita, y eso estaba rompiendo el mío.

— Cruella, es bastante malo Anita prácticamente ha estado viviendo aquí, pero que hayas cenado abajo, con los criados. Por el amor de Dios, no tenemos ese tipo de…

— Gente, madre. Ese tipo de gente —dije. Entonces me di cuenta de que yo había sido tan culpable como mi madre. Toda mi vida, los había considerado fantasmas o intermedios, cuando en realidad eran personas como yo. Ellos eran mi familia. Quizás incluso más que en la que había nacido. Y aquí estaba ella, prohibiéndome ver a mi única amiga y tratando de que me distanciara de las únicas personas que realmente se habían preocupado por mí, además de papá.

— No son personas, Cruella. ¡No como tú y yo! Y no dejaré que socialices con ellos. Una cosa era cuando eras pequeña, ¡pero ahora eres una dama! ¡Y ya no permitiré que Anita te influya! Tienes diecisiete años y casi cumplirás dieciocho después de la temporada. Suficientemente mayor para casarte. Cuanto antes te consigamos una casa propia y un marido que te gobierne, mejor. ¡Y esa es mi última palabra!

CAPITULO VIII

DISTINGUETE A TI MISMA

No retorne a la escuela después del receso y madre me había hecho imposible el ver a Anita. Ella se encontraba lejos en la escuela mientras yo estaba de regreso en Londres asistiendo a cada baile y evento social que mi madre me inventaba. Era una pesadilla.

Me exhibían como si fuera un pavo real, cubierta de plumas y brillantes joyas solamente para tener que aguantar un tedioso desfile de jóvenes. Pensándolo mejor quizá debí de encontrar una manera de disfrutarlo, pero resentía a mi madre por mantenerme lejos de Anita. Me encontraba destrozada y hacia pagar a mi madre por eso en cada oportunidad.

Antes de que viniera a casa en Noche Buena, me encontraba anhelando arreglar la relación con ella. Ahora, aquí se encontraba, dedicando todo su tiempo para mí, comprándome la más hermosa ropa y dándome la atención que siempre había querido, sin embargo, se sentía tan mal. Me pelee con ella en cada paso del camino.

Anita y yo intercambiábamos cartas en bastantes ocasiones durante la semana, cada una para mantenernos al tanto de lo que ocurría en nuestras vidas y contando los días para que ella regresara a casa. Las cartas de Anita siempre eran tan animosas. Ella lo era, claro. Le iba bien en la escuela y estaba gratamente sorprendida de que le agradó la nueva chica que ocupó mi lugar en su cuarto. Detestaba la idea de que Anita pasara tiempo con su nueva

compañera de cuarto, tomando nuestras caminatas, teniendo nuestras conversaciones y leyendo nuestro libro de cuentos. La quería en casa, donde ella pertenecía.

Después de que fue presentada en la corte, los interminables bailes y los destellantes eventos sociales dieron comienzo.

Mi madre solo estaba esperando que aceptara una de aquellas propuestas que había recibido de mis muchos pretendientes. Era un suceso, como ellos decían. Con un título y pronto tendría en mi posesión una obscena cantidad de dinero. En el curso de la temporada, mi madre invitó una legión de jóvenes caballeros para la cena, algunas veces los invitaba a quedarse por el fin de semana si es que se encontraban de visita en Londres de alguna parte fuera de la ciudad. Las madres mercenarias de la alta sociedad se iban a extremos para encontrar un prospecto decente para sus hijas y la mía no se daba por vencida.

Cada mañana era lo mismo. Entraba en el comedor para decirme el horario del día que, con suerte no teníamos ningún visitante, sería entretenernos.

— ¡Buenos días, Cruella! — su voz resonaría y así sabía que estaba a punto de entrar en sus planes de casamentera — extraño los días en los que me llamabas mamá

Rodaría mis ojos y proseguiría a decir algo como:

— Bueno, como tu dices, ahora soy una dama, simplemente estoy hablando como una — ella pretendería que no me había escuchado para proseguir a listarme nuestros eventos para el día desde su diario

Una mañana muy particular, teníamos a un visitante quedándose con nosotras que ni si quiera había arribado al comedor.

— Jackson ¿ya despertó lord Silverton? — mi madre preguntó a Jackson y Jean coloco una selección de pastelillos, fruta fresca y huevos en la mesa de servicio

— Si, Lady De Vil, bajara en poco tiempo — Jackson colocó un periódico en su lugar — pensé que a Lord Silverton le gustaría leerlo

— Si, quizá le podría dar una revisada a los horarios de tren — le dediqué una sonrisa a Jackson — estoy segura de que está ansioso de volver a casa

— Cruella, es un caballero bastante decente — mi madre bajó su taza bastante molesta

— Sí, claro, madre tengo la certeza de que lo es, pero también es increíblemente aburrido

— Cruella, el trabajo de la dama mantener viva la conversación, si estás aburrida es porque no estás haciendo tu trabajo correctamente — tomó un bonche de invitaciones de una bandeja de plata que Jackson había puesto frente a ella

— Oh, le hago preguntas y el está demasiado alegre como para hablar de sí mismo. Solamente no quiero escuchar más de sus monótonas historias. Madre, todo lo que escucho son historias de caballos, caza de zorros y practica de tiro. No tenemos nada en común — le dije tomando un sorbo de café y decidiendo si quería comer algo.

Me sentí mareada con el simple pensamiento de tener que soportar otra conversación con Lord Silverton. Oh, era

aceptablemente apuesto, supongo. De cabellos dorados, tez blanca, con rasgos delicados, ojos azules y todo eso. Perfecto y soso, como el helado de vainilla.

— Tu padre y yo no teniamos nada en común y míranos —me sermoneo elevando ligeramente la mirada de su café

— Bueno tendría suerte en encontrar un hombre como papá si es que tuviera en mente casarme — le dije— sin embargo hasta donde he visto de Lord Aburrington ni siquiera todo el dinero del mundo me haría desposarlo.

No pude evitar reírme de mi propia broma, alguien tenía que reírse porque parecía que mi madre no lo encontraba ni remotamente divertido.

— Claro que vas a casarte Cruella y deja de hacer nombres tan insultantes para las personas

— Claro, madre— no podría persuadirme

Me había opuesto a la idea del matrimonio desde hacía mucho. Me era bastante claro que detestaba que me ordenaron lo que tenía que hacer. Deseaba ser independiente.

— Ningún hombre, ni siquiera en la locura permitiría que sus hijos tomaran el apellido de su madre — comenté

— Bueno, mi querida Cruella si encuentras un esposo increíblemente rico como Lord Silverton no tendrías que preocuparte por eso — no podía creer que estaba sugiriendo que fuera en contra de los deseos de papá

— Le hice una promesa a papá y hasta aquí llegó la discusión, madre. Si me caso, que dudo que lo haga, no tomaré su nombre — madre cerró su diario y le dio golpecitos con la pluma

— Bien, Cruella, la reina no tomó el nombre de su marido y mira como salió eso ¿quieres vivir toda tu vida con el resentimiento de tu esposo? — me reí

— Bueno madre esa es una de las razones por las que no planeo casarme —pensé en eso— y la reina sigue siendo la reina. Si yo lo fuera, el resentimiento de mi esposo es un sacrificio que estaría dispuesta a hacer

— Eso es de mal gusto hasta para ti, Cruella

Solo hasta entonces Lord aburrido arribó al comedor.

— Esas si que son noticias decepcionantes, Lady Cruella —me sonrió de una manera que claramente creía que era encantadora

— Más, le apuesto a que puedo hacerla cambiar de parecer, creo que su madre está en posesión de un invitación de mi parte para que usted pase el fin de semana en mi propiedad.

Estaba alardeando de una manera muy animosa para alguien que no había tomado café. Me imagine casada con este incansable hombre feliz, lo que hizo que mi estomago se apretujara.

—Oh, no lo sé Lord Silverton — a pesar de eso continuaba presionándome

— Será un fin de semana esplendido. Lady Cruella. Se que no será capaz de rechazar mi propuesta tras que vea su futuro hogar — por un minuto creí que mi madre saltaría de su silla y comenzaría a bailar el jig ahí mismo, encima de la mesa del comedor (no es como

si fuera a hacer una cosa así, aunque, jamás la había visto más feliz en mi vida)

— ¡Cruella! — bramó — no me informaste de la propuesta de Lord Silverton ¡Jackson, trae el champagne!

Solo me senté ahí bebiendo mi café y riendo.

— Jackson, no se moleste, no necesitaremos ningún champagne — la cara de mi madre cayó más baja que un soufflé de Mrs. Baddeley

— ¡Cruella! ¿Siempre tienes que como una bestia? Ni siquiera le has dado a Lord Silverton una oportunidad

El punto era que Lord perfecto ni siquiera se me había propuesto, sin embargo, eran muy claras sus intenciones ¿no entendía si quiera que las mujeres les gustaba algo de misterio?

— No se preocupe, Lady De Vil — Lord soso se apartó el cabello de príncipe azul del rostro— no le he pedido matrimonio, no aún. Planeaba hacerlo tras asombrarla con mi gran fin de semana en la propiedad de mis padres. Sé que no podría decirme que no

— No me sería posible asistir, Lord Silverton, tenemos muchas obligaciones, no puedo simplemente apartarlas, se consideraría grosero

— ¡Oh, podría anularlas todas, Cruella! Solo déjamelo a mí — me aseguró mi madre — tú tienes tu fin de semana con Lord Silverton

Me encontraba atrapada en un rincón sin encontrar salida sin ser ruda y me aterraba que eso fuera a todo lo que podía llegar con mi madre. No tenía opción.

— Lord Silverton, amaría aceptar su invitación — dije sin demostrar ninguna emoción

— ¡Esto es excelente, Lady Cruella! Llamare a mi madre para informarle que usted irá — sonreí y de manera fría tome su mano.

— No tenía la menor idea de que usted fuera tan progresista, Lord Silverton, nunca me imaginé que sería el tipo de hombre al que no le importaría tomar el apellido de su esposa — por primera vez desde su llegada la sonrisa del Lord se desvaneció

— ¿Qué fue lo que dijo Lady Cruella? —Preguntó — estoy seguro de que escuche mal

— No, Lord Silverton — le sonreí desafiando a mi madre — me temo que me escuchó correctamente. Vera la última voluntad de mi padre fue que yo conservara el nombre de la familia. Soy la última del linaje de los De Vil

Lord Silverton me miro algo decepcionado y asustado. Tenía todo menos la propuesta y podía ver su engranaje girando, preguntándose si lo haría apegarse a su palabra. No me importaba verlo dudar un poco más de tiempo antes de soltarlo.

—Mi madre jamás lo permitiría — dijo moviéndose ansiosamente — ¿está absolutamente segura de que no hay otra manera?

Mire hacia abajo como si realmente estuviera dolida.

— No la hay —entonces inicie un juego — bueno, supongo que hay una…

Lo mire con mis ojos llenos de tristeza

— Podría renunciar a mi herencia, pero supongo que eso no le afectara a una gran familia como la suya — La expresión de Lord Silverton se volvió algo completamente distinto. La brillante sonrisa fue remplazada por una mueca de enojo y sufrimiento.

Había escuchado que a su familia le estaba costando trabajo mantener sus propiedades y que pensaron en vender algunos de sus territorios para mantenerse. Era impresionante que se mantuvieran en ese asunto del tamaño de un albatros por tanto tiempo. Había visto a tantas familias irse a la ruina por querer conservar sus enormes y demandantes propiedades. Su última carta siempre era casarse por dinero y estaba en lo correcto.

— Ah, ahora que lo recuerdo tengo que llegar a tiempo a tomar el tren — le di unas palmaditas a Lord Pobreton en la mano

— No es necesario seguir con esto, Lord Silverton. Entiendo complemente y lo libero de cualquier mal entendido que pudo haber — literalmente huyó del comedor con un rápido gracias y adiós a mi madre.

— ¡Cruella! ¿Cómo te atreves a asustarlo de esa manera? — estaba lívida

—Tu lo escuchaste, Lady Silverton no lo habría dejado casarse con una mujer que conservara su apellido — caminé hasta la esquina para hacerme con más café

— ¿Sería tan trágico ir contra los deseos de tu padre? — me cuestionó

— ¡Madre! Su familia necesita que se case con alguien con dinero, no tenía interés en mí, solo en nuestra fortuna —mi madre golpeo la mesa haciendo que las tazas y las salseras se estremecieran

—Habría arreglado un precio con su familia, no puedes casarte sin dinero. Hubiera arreglado un dote anual para ti también. Es por eso por lo que debes de dejarme este tipo de cosas a mí, querida. Habría hecho todos los arreglos— en ese momento supe que mi decisión de jamás casarme era la correcta.

La idea de mi madre sentada en una pomposa sala de estar con la madre de un varón o lord poniendo un precio sobre mí como si fuera una clase de ganado era para tirarme a carcajadas. Me recordaba a Miss Upturn y a Arabella Slaptton y todo lo que odiaba.

— ¡Madre, jamás me casaré!, ¡nunca! Deberías de renunciar a la idea totalmente —no era la vida que quería— Además, papá nunca quiso que yo me casara

Aun tenía en mente que pasaría mis días con Anita como mi compañera. Viajando por el mundo juntas, viendo todo lo que habíamos leído en nuestros más queridos libros y yo tenía la esperanza de encontrar esa distante y mágica tierra donde mis aretes habían sido encontrados por ese poco afortunado pirata, aquel del que mi padre me había hablado la noche que me los obsequió. Se lo iba a contar a Anita la próxima vez que nos viéramos. Una gran aventura de piratas. Maldiciones, héroes y villanos, justo como uno de los cuentos de la princesa Tulip.

Seriamos solamente las dos. Sin lores pretenciosos y madres controladoras. Desde ese punto me rehusaba a asistir a más bailes o eventos sociales que mi madre trataba de llevarme y me negaba a usar cualquier otro fabuloso abrigo de piel o plumas, cualquier otra cosa que mi madre quisiera que me pusiera con el propósito de encontrar marido. No podía soportar nada que ella me hubiera entregado. Incluso me había forzado a usar diamantes que colgaban

de mis oídos. No había utilizado los aretes de jade desde Navidad. Pobre de mi papá. Él no hubiera aprobado lo que mi madre estaba intentada hacer, no me hubiera querido casada con un hombre aburrido que se pasaba sus idílicos días cazando, yendo de un lado a otro dependiendo de la estación como un ave que migra. Un hombre con una completa falta de imaginación. Él hubiera querido a alguien que amara mi espíritu independiente, alguien que me amara por ser yo, no únicamente mi dinero.

Mi madre, frustrada con mi falta de interés en más pretendientes se fue en uno de sus viajes anunciando que no estaría de vuelta en algún tiempo. Estaba más que feliz. Anita podría quedarse conmigo. Llamé a Anita en el momento en que madre partió a Paris o a donde sea que hubiera huido. Estaba segura de que no regresaría a tiempo para celebrar mi cumpleaños dieciocho y sinceramente esperaba que fuera así. Todo era como debía de ser. Mi abogado, Sir Huntley me había enviado el papeleo completo que detallaba mi nueva herencia una vez que cumpliera los dieciocho. Ya no necesitaba a mi madre y me sentía mucho más comoda en casa sin ella ahí, yo era la señora de la casa mientras ella estaba fuera.

Antes de que lo imaginara el año escolar había terminado y Anita iba a regresar a casa. De vuelta a Bel grave Square, donde pertenecía. Conmigo y con su familia extendida, mis sirvientes. Anita siempre había sido cercana a ellos y desde nuestra cena de navidad me sentí mucho más cercana a ellos que nunca. Mrs. Baddeley y Jackson me habían mantenido sana durante toda la caza de marido que mi madre había organizado, con las miradas compasivas de Jackson y mis escapadas nocturnas para hablar con Mrs. Baddeley acerca de los horrores a los que me estaba arrojando

mi madre. Pero ahora tendría a mi Anita de vuelta, no podría esperar. El día finalmente llegó.

Me quede parada en la entrada de la casa esperando a Anita llegar, lo que pareció una eternidad. No me podía quedar simplemente sentada en el recibidor esperando a que ella fuera invitada a pasar y anunciada por Jackson. No era una simple huésped, era mi única familia, ahora que papá ya no estaba y madre tenía todo, pero se había rendido conmigo. Finalmente escuché el carro estacionarse en el frente, ni siquiera dejé que Jackson abriera la puerta enteramente antes de que saliera corriendo a abrazarla.

— ¡Oh, Anita! Estoy tan feliz de verte —eche mis brazos a su alrededor.

Lucía más radiante que nunca. Envolvimos nuestro alrededor de la otra, abrazándonos fuerte antes de dejarnos ir. Tenía la sonrisa más hermosa en su rostro. Estaba en casa.

— ¡Cruella, feliz cumpleaños! —exclamó. Casi olvidaba que era mi cumpleaños. Estaba tan ilusionada con su visita

— Miss Anita — le dijo Jackson— pondré sus cosas arriba. Estoy seguro de que Mrs. Baddeley está ansiosa por decirle hola si le gustaría ir abajo y verla. Me parece que tiene una pequeña sorpresa para usted —le dio un pequeño guiño

— Oh claro —tomó mi mano — vamos, Cruella

— ¿Qué es lo que estás tramando? —le pregunté— ¿Por qué Jackson nos está apresurando a que vayamos al piso de abajo?

— Es solo lo que él dijo —Anita soltó una pequeña risita — estoy emocionada por ver a Mrs. Baddely, vamos.

Recuerdo tomar la pequeña mano de Anita entre la mía mientras descendíamos por las escaleras. Me traía tantas memorias de bajar las escaleras con Miss Pricket cuando era pequeña. Casi me sentí nostálgica. Había una emoción en el aire. Estaba casi completamente oscuro, pero podía escuchar las risas de las sirvientas y Mrs. Baddeley callándolas al mismo tiempo que me llevaban de la cocina hacia las habitaciones de los sirvientes. El aroma del chocolate inundaba el aire.

— ¡Feliz cumpleaños Cruella!

Todos se encontraban ahí. Jean, Paulie, los lacayos y Mrs. Baddeley. En unos instantes Jackson se nos unió. Mi familia, toda estaba ahí.

— ¡Oh, Anita! ¿tu hiciste todo esto? — ella sonrió y apoyo su mano sobre el hombro de Ms. Baddeley

—junto con Mrs. Baddeley y Jackson, por supuesto, ellos fueron los que hicieron todo

Y habían echado la casa por la ventana. El lugar estaba hermosamente decorado con globos y serpentinas blancos y negros. En medio del lugar de descanso de los sirvientes me topé con el más alto y elaborado pastel decorado que había visto.

— ¡Se superaron! Mrs. Baddeley —era un pastel de muchas capas intercaladas entre chocolate amargo y vainilla

— ¡Estoy muy feliz de que todos estén aquí! —Exclamé — en especial tú, Anita

Baje la voz para que solamente ella pudiera escucharlo.

—Tengo una sorpresa más para ti, Cruella — Anita lucia conmocionada y algo nerviosa —espero que no te importe

Una silueta familiar salió de la cocina. ¡Era Miss. Pricket! Sin embargo, algo era distinto en ella. Ya no estaba vestida como una institutriz, sino con un adorable traje de viaje con una bolsa y zapatos que hacían juego y su cabello yacía cayendo delicadamente alrededor de su rostro.

—¡Miss Pricket! —no me había percatado de lo mucho que la extrañaba — estoy tan contenta de verla, Miss Pricket ¿podría perdonarme alguna vez...?

—No te preocupes, Cruella —me detuvo antes de que pudiera continuar —lo entiendo y estuve muy regocijada cuando Anita me escribió diciendo que te gustaría verme de nuevo

Y era así, quería haberla visto desesperadamente de nuevo, aunque tenía que me rechazara. Se lo había contado a Anita en una de nuestras muchas cartas. Le había contado cómo me sentía tras toda la terrible pelea con mi madre en Nochebuena. Le conté lo miserable que era, atrapada en casa con mi madre sin Anita y sin Miss Pricket de vuelta.

La vida era buena, era como tenía que ser.

Era una tarde maravillosa llena de alegría, la más divertida que había tenido en meses, esta vez no me preocupaba si mi madre retornaba a casa o no. No deseaba que estuviera aquí en casa ayudando con la celebración o llegando a arruinar nuestro precioso momento. No es como si fuera a bajar a codearse con los sirvientes o Anita. Madre ya no estaba siquiera en mi mente... hasta que la campana sonó como en Nochebuena.

Más, aquella campana cambiaria mi vida más de lo que me había imaginado. En la puerta había un regalo. De mi padre. Lo había arreglado con su abogado antes de morir.

Un regalo para mi cumpleaños dieciocho.

Me encontré con Sir Huntley en el vestíbulo. Parecía sorprendido de ver que venía del piso de abajo, aunque no menciono nada al respecto. En la mesa redonda en el centro del vestíbulo se encontraba una cesta tejida. Algo se removía debajo de la manta roja que traía.

— Miss Cruella, su padre me pidió que le diera esto junto con las permisivas que se detallaron en los archivos que le envié la semana pasada. ¿Confió en que haya entendido todo?

—Así es Sir Huntely, pero ¿Qué es esto? —lo interrogue mirando la canasta

—Esto, querida, es Perdita. Un regalo de su padre —me sonrió y tomo al cachorro de la cesta. Era la cosa más adorable en la que mis ojos se habían fijado

— ¡Perdita! — exclamé briosamente

Un cachorro. Uno a negro y blanco. Un cachorro de dálmata. Era preciosa. Tenía un lazo de color rojo brillante atado alrededor de su cuello con una gran placa que poseía su nombre impreso en esta. Perdita. Pero ¿Cómo?, ¿Por qué?

—Tu padre hizo los arreglos en su testamento que se te regalaría a Perdita en tu cumpleaños dieciocho. Fue muy específico en cuanto a la raza y el nombre

— ¿No es Perdita un personaje en un cuento de invierno? — curioseé, preguntándome si papá escogió el nombre porque sabía lo mucho que me gustaban esas historias o si habría un significado más profundo.

— El dijo que reconocerías el nombre. Igualmente me dio una nota que venía con su regalo. Dijo que lo entenderias

"Distínguete a ti misma"

Y entonces lo entendí, lo entendí completamente.

Era el mimo mensaje que madre siempre incluía en cada regalo que me daba. Todo había empezado con el abrigo de piel, el que casi había opacado los misteriosos aretes de jade que papá me había dado. Debió de ver su nota aquella noche en mi cuarto. Distínguete a ti misma. Su significado era algo diferente al de él, claro. Ella quería que fuera más como ella. Que me distinguiera del resto. Mas, papá siempre había querido que fuera suficiente por mí misma. Él quería que me distinguiera de mi madre.

Esa fue como una señal de que estaba haciendo lo correcto al distanciarme de mi madre.

Sentí que él estaría de acuerdo con todas las decisiones que había tomado desde que él murió.

— Tu padre siempre quiso obsequiarte un cachorro, Cruella. Solamente lamentaba el tener que esperar hasta que partiera para hacerlo — aclaró Sir Huntley —dijo que era algo que siempre pedías, pero, que Lady DeVil deliberadamente prohibía.

Eso era cierto. Llore hasta que me quede dormida muchas noches cuando era una niña, deseando tener un perro. Un perro dálmata para ser exactos. Y papá lo había recordado.

Ame más a mi padre que nunca en ese solo momento. Y amaba a Perdita. Tenía a Anita y Miss Pricket en casa conmigo nuevamente y por primera vez no necesitaba a mi madre, sentía que todo estaba correcto con el mundo.

Sin embargo, no pude estar más equivocada.

CAPITULO IX

JUSTO A TIEMPO CRACKERJACK

Anita y yo teníamos planeada una noche lujosa para después de mi pequeña fiesta de cumpleaños con los sirvientes. Yo casi no podía soportar el pensamiento de dejar a la pobre Perdita abajo con los trabajadores para que Anita y yo pudiéramos salir a cenar. Yo sabía que estaría a salvo con la señora Baddeley y los otros estando pendientes de ella, pero no podía evitar estar preocupada. Anita y la señora Pricket me convencieron de ir de todas formas.

—¡Oh, Cruella! Perdita va a ser tratada como una pequeña reina en la cocina. ¡La señora Baddeley ha estado guardando pedazos de carne para ella todo el día! —dijo la señora Pricket.

—Por favor, es tu cumpleaños dieciocho, Cruella ¡Vamos a celebrar! —dijo Anita. Ambas me imploraron con sus dulces sonrisas y con sus ojos de cachorro.

—Bueno, si las dos se van a confabular contra mí en esto, puede que me arrepienta de mi decisión de dejarle que se quede por un tiempo con nosotros, señora Pricket —dije, riendome. Ella sabía que yo estaba bromeando. La señora Pricket y yo habíamos estado progresando desde que volvió. Todo estaba bien entre nosotras, como si nada hubiera pasado. Intente hablar con ella de ello, cuando le pregunté si se quería quedar hasta el próximo compromiso, el cual empezaba en unas pocas semanas. Sentí que debía decirle cuan apenada estaba, pero ella no lo iba a escuchar. Todo lo que diría era

que entendía y que Anita le había explicado todo. Realmente me sentí afortunada de tener a Anita y a la señora Pricket devuelta. Le había escrito muchas cartas, pero vertí todo mi arrepentimiento y mis dudas en las cartas con Anita. Ella era la única persona en quien podía confiar, y estaba feliz de hacerlo, porque ella se encargaba de decirle a la señora Pricket cuan arrepentida estaba.

Mientras estábamos intentando decidir qué vestir para nuestra salida, recordé que tenía un regalo para Anita— Señora Pricket, ¿puede traerme esa caja grande blanca que está al fondo de mi closet?

La caja tenía un enorme moño rojo con una etiqueta que leyó en voz alta la señora Pricket. —¡Anita! —dijo mientras le llevaba la caja. Anita se sonrojó.

—Oh, Cruella. ¿Qué es esto? Es tu cumpleaños, no el mío.

Me reí como si fuéramos pequeñas niñas otra vez. —Solo ábrelo, Anita. Espero que sea la talla correcta —Anita se tomó su tiempo abriendo la caja, desenvolviendo el moño con un pequeño pero preciso gesto. — ¡Anita! ¡Abre la maldita cosa! ¡Vamos! Estoy emocionada de que lo veas —ella levantó la tapa para revelar el fondo lleno de un resplandeciente celeste y plateado: un vestido de fiesta, uno de esos que eran ajustados y brillantes. La mano de Anita revoloteó hacia su boca.

—Oh, Cruella, es hermoso. Gracias — Sabía que el tutor de Anita no le daba tantos regalos o ropa costosa de la misma forma en que le daba a su propia hija. Y yo no quería que se sintiera fuera de lugar cuando saliéramos. Este iba a ser uno de los muchos regalos que tenía planeados para darle a Anita. Oh, tenía grandes planes para

nosotras. Y no podía esperar para compartirlos con ella en la cena.

—Cruella, ¿quiere usar vestido el negro con plateado?— preguntó la señora Pricket y claro que quería. Era mi vestido favorito

— ¡Oh! Y mi abrigo negro con blanco. Y mis aros de jade — dije.

La señora Pricket nos sonrió y dijo— .Ustedes se van a ver adorables esta noche. Desearía poder verlo —Anita vaciló, y pude ver que ella pensaba que yo debía invitar a la señora Pricket a cenar con nosotras. Yo casi pensaba lo mismo. Ella estaba ahí, después de todo, como una amiga, aún cuando había vuelto sin problemas al rol de ser mi doncella. Lo último que quería hacer era ponerla incómoda. Pero de todos modos pregunté. Yo era una nueva mujer, después de todo, y estaba saliéndome del rol de una dama tradicional. ¿Por qué no invitarla?

—Señora Pricket, nos quiere acompañar en esta velada?

La señora Pricket sonrió, lagrimas casi saliendo de sus ojos — Gracias, querida, pero no. Aunque significa mucho que me invites, esta es tu noche especial, y va a ser mágica.

El restaurante estaba espléndido. Era todo lo que quería y esperaba. Era la primera vez que Anita y yo salimos sin chaperones. Yo tenía dieciocho. Y la señora Pricket estuvo de acuerdo que era aceptable que tuviéramos una noche para nosotras. Mientras caminábamos hacia el maestro, nos vi en un espejo dorado a nuestra derecha. La palabra *distinguete* sonó en mis oídos mientras me veía en el espejo. Me sentí empoderada esa noche vistiendo ropa elegante, mi abrigo y mis aretes. Me sentí como en la cima del

mundo. Y tenía a Anita a mi lado. Decidí que era la noche perfecta para darle mis noticias. Mi gran idea de recorrer el mundo juntas. Sabía que estaría tan emocionada como yo. Esperé hasta después de la cena para decirle, y estaba tan risueña con la invitación que Anita pensó que había comido mucha azúcar.

— ¡Cruella! Tal vez debemos ir más lento —dijo, acercando el plato del postre hacia ella. Me estás haciendo reir.

—Anita, para, ¡Tengo noticias! — Ella sonrió

— ¡Yo también tengo noticias pero dime las tuyas primero!

Golpee la mesa con mi mano dramáticamente y exclamé: — Vas a graduarte de la señorita Upturn en unos pocos meses, y tan pronto como lo hagas, ¡quiero que viajemos por el mundo juntas! Oh, Anita, empecemos nuestras aventuras en un lugar exótico… ¡como Egipto! Podemos ver pirámides, montar camellos. ¡O tal vez podemos encontrar de dónde vienen mis aretes, localizar a ese pirata y ver si nos exige que se los devuelva! Escapemos de la sofocante sociedad de Londres y sus insípidas reglas. Podemos ir a donde queramos.

La sonrisa de Anita desapareció. Esto no era lo que yo esperaba. Pensé que estaría feliz. Pensé que estaría emocionada. Pensé… que estaría *agradecida*.

—¿Qué pasa? ¿Quieres ir a otro lugar? ¡Podemos ir a cualquier lugar que quieras! El mundo es nuestro para que lo exploremos!

—Oh, Cruella —dijo tristemente Anita— No puedo ir. Voy a ir a la escuela de mecanografía después de que me gradúe de la señorita Upturn.

— ¿Escuela de mecanografía? —no podía pensar en algo más aburrido — ¿Por qué?

—Cruella, me encanta el francés, cómo pintar, cómo bailar. Amo todo eso, pero nada de eso me va a ayudar en el mundo real. Necesito una forma de ganarme la vida. No quiero ser un ama de llaves o la acompañante de una dama presumida —sus palabras me hirieron. ¿Así era cómo me veía?

—Ya veo —dije.

—¡No! No me refiero a eso —ella estaba mortificada— Tú eres diferente de las otras damas. Te amo, sabes que sí, pero Cruella, no sabes cómo es el mundo real. No tienes que preocuparte por el dinero. Necesito conocimientos que me den un ingreso con el cual pueda depender.

—Pero Anita, ¡te estoy ofreciendo mostrarte el mundo real! Y no tienes que preocuparte por el dinero. Yo pagaré todo.

— ¿Y si te enamoras de alguien? ¿Y si tu vida toma otros rumbos? ¿Dónde me voy a quedar yo?

— ¡No conoceré a nadie! No me quiero casar. ¡Siempre te querré conmigo! Como mi compañera. Siempre te voy a cuidar.

—Entonces seré la sirvienta.

—No, no una sirvienta. Mi amiga.

—Tu amiga a la cual le pagas para que pase tiempo contigo —Anita me tomó las manos tristemente a través de la mesa— Oh, Cruella. Te amo mucho, ¿pero no lo ves? Necesito hacer mi propio camino en el mundo. Lo siento por decepcionarte —alejé mi mano y Anita se estremeció.

—Está bien. Entiendo —dije. Pero no entendía. ¿Qué tenía de genial la mecanografía para que valiera la pena abandonar a tu mejor amiga? Estaba herida.

— ¿Estás bien, Cruella? ¿Estás enojada conmigo? Dije que no lo estaba, pero estaba totalmente decepcionada. El resto de la velada estuvo muy silenciosa entre nosotras. Ni siquiera le pregunté por sus noticias. Asumí que justo me iba a contar de la escuela de mecanografía. Supuse que estaba emocionada por ello, si es que alguien pudiera estar emocionado por una cosa así. Esa noche mientras estaba acostada en la cama se me ocurrió que con Anita yendo a la escuela, y mi madre en sus viajes, realmente estaba sola. Sabía que era ridículo, pero me imaginé que Anita y yo seríamos amigas por siempre. Nunca me imaginé que habría un día en que realmente me dejara. Pero supongo que ambas éramos adultas. Tal vez su lugar era en la escuela de mecanografía. Y ella parecía estar empujándome en la misma dirección que mi madre: para que me casara con algún aburrido lord. Todo lo que quería era escapar de esta sofocante vida a la que mi madre estaba tratando de empujarme. Y ahora Anita me estaba metiendo en la misma caja. Perdita se acurrucó conmigo en la cama, y le acaricié su suave pelaje, preguntándome cómo es que todo había terminado tan mal, preguntándome por qué Anita no me amaba como yo esperaba que lo hiciera. Y preguntándome si no podía persuadir a la señora Pricket de que se quedara conmigo. Porque, sin Anita, no tenía a nadie.

El resto de las visitas de Anita fueron incómodas. Pasó la mayoría de su tiempo abajo visitando a los sirvientes y yo me mantuve ocupada haciendo los quehaceres domésticos. Mamá había escrito para decir que iba a volver a la casa. Yo esperaba que Anita

estuviera volviendo a la escuela antes de que Mamá volviera, pero Jackson recibió la noticia de que iba a llegar esta noche… la última noche de Anita. Íbamos a tener que sufrir de una silenciosa cena juntas. Por lo menos era sólo por una noche, y Anita se iría al siguiente día. Mi madre me podía gritar cuanto quisiera entonces.

La mesa del comedor estaba ordenada a la perfección, y la habitación estaba casi sobrecargada con flores y velas. Se veía perfecto. Algo sobre ponerme mis viejos adornos me hacía sentir como yo misma otra vez. Y me hacía extrañar a mi mamá. Especialmente ahora que Anita me estaba dejando sola. Decidí darle a mi mamá una gran bienvenida. Quería que fuéramos amigas otra vez. Y quería que todo estuviera perfecto. Si sólo Anita no estuviera allí, pero no se le podía hacer nada. En este punto yo estaba terriblemente decepcionada con ella. Y ella también parecía estar decepcionada conmigo. Las cosas eran diferentes conmigo. Sólo ahora, en retrospectiva, podía ver que nuestra amistad realmente terminó la noche en que ella rechazó viajar por el mundo conmigo. La noche que ella eligió una vida mundana por sobre una de aventuras conmigo.

En mi mente, prepararme para el regreso de mi mamá era tan importante como tener a la Reina para la cena. Me aseguré de vestir impecablemente, procurando usar los aros de jade de Papá y uno de mis vestidos más encantadores. Hice que los sirvientes trabajaran todo el día para asegurarme que el comedor estaba decorado perfectamente, y que el menú tuviera todos los platos favoritos de mamá. Jackson me dijo que iba a haber un invitado más para la cena, un invitado de mi mamá. Estaba curiosa por quién traería con ella, pero estaba feliz por el invitado, de esa forma no sólo seríamos yo, Mamá y Anita. Una cosa que aprendí de la señorita Upturn es

que los números pares en una cena siempre eran buenos. Anita y yo estábamos en la sala de espera cuando Mamá entró. Siguiéndola estaba un hombre apuesto. Era mayor que yo por unos pocos años. Aún así, era juvenil, y definitivamente americano. No tenía esa congestión nasal que todos los hombres de Londres se enorgullecían de tener. Y no tenía miedo de mostrar sus emociones o de decir lo que pasaba por su mente.

—Cruella, querida —dijo mi madre, su forma de saludarme por primera vez en semanas— este es Lord Shortbottom. Lo conocí en mis viajes y por casualidad estábamos en el mismo barco hacia Londres. Supe enseguida que era alguien que tenías que conocer, y tuve que invitarlo a cenar, especialmente después de que me dijera que de otro modo él estaría comiendo solo en su club esta noche. Estaba segura de que no te molestaría.

—No me molesta en absoluto. Bienvenido a nuestro hogar, Lord Shortbottom… —pero el hombre osado me interrumpió.

—Por favor, dime Jack. Le he estado diciendo a su madre que haga lo mismo, pero siempre insiste en las formalidades. Espero que no se escandalice por mis formas poco convencionales, Señorita Cruella.

—La verdad es que no, Jack —dije, dándole un buen vistazo antes de presentarle a Anita— Y por favor déjame presentarte a mi querida amiga Anita. Hemos sido amigas desde que éramos pequeñas.

Jack hizo un gran espectáculo para ir hacia Anita y besarle la mano— Encantado, querida. Simplemente encantado —Pero sus ojos estaban en mí. Jack era demasiado astuto, demasiado encantador, y me pregunté cómo es que se había hecho amigo de mi

madre. No era su tipo. Claramente tenía suficiente dinero, pero su crianza o su título de lord estaban en cuestión. Jackson nos sirvió bebidas antes de cenar. Nos sentamos en la sala de espera mientras esperábamos por el gong. Mientras tanto estudié a Jack mientras nos contaba de sus viajes y sus aventuras alrededor del mundo. Tuvo un lugar en mi corazón casi en el momento en que puse mis ojos en él. A lo largo de nuestra conversación fue claro que Jack tenía su propia fortuna, y tenía un gran trato que estaba casi listo. Era un gran alivio escuchar de sus numerosas propiedades aquí y en América, porque ahí supe que sus coqueteos conmigo no eran para intentar poner sus manos en mi dinero. Y por la cuestión de su título de lord, bueno, él era un primo distante, o algo por el estilo, de un barón que no tenía un heredero, así que dejó todo para Jack. Y de repente entendí cómo obtuvo su fortuna este americano. Pero el nombre de Lord Shortbottom sonaba ridículo. Me reí dentro de mí al pensarlo, estaba feliz de que sugiriera que lo llamara Jack.

La cena estuvo mucho más tranquila de lo que había imaginado que sería. Mamá dirigió la conversación hacia Jack cada vez que tenía la oportunidad. Se tomó la molestia de incluir a Anita cuando podía, y nos preguntó por mi cumpleaños y nuestro tiempo juntas. A pesar de nuestra reciente incomodidad con Anita, estaba feliz de que Mamá se estuviera esforzando con ella. Ella sabía cuán importante era para mí, y que había estado temiendo el cómo se comportaría. Pensé que Mamá estaría enojada de que estuviera aquí. Me dio esperanza que mi madre estuviera tan ansiosa como yo de arreglar nuestra relación.

—Tuvimos una encantadora fiesta con Cruella abajo —dijo Anita. La miré rápidamente y me di cuenta de que estaba intentando provocarla. Había estado así desde nuestra discusión en la cena,

cortante, grosera, e impaciente conmigo. Los ojos de mi mamá casi se le salieron de su cabeza de rabia, pero Jack lo tomó con calma.

—Bueno, ¿eso no es gracioso? —Dijo— He escuchado historias de familias antiguas y su relación con los sirvientes, y creo que es agradable.

—Usted viene de una familia muy antigua, Lord Shortbottom, ha de haber sido difícil crecer en América, puedo ver que tu experiencia puede ser muy diferente —dijo mi madre, intentando recomponerse a sí misma y cambiar el tema. Yo no podía entender por qué Anita estaba tratando de arruinar nuestra velada. ¿Por qué diría algo que sabía que haría enojar a mi madre? Especialmente desde que sabía que yo estaba claramente intentando arreglar las cosas con ella.

—Oh, creo que me gustaba mi cocinera, como a la mayoría de los niños mientras uno crece en casas como esta. Ella era como una segunda madre para mí en realidad. Ella era cariñosa conmigo, enviándome todas mis comidas favoritas cuando me fui al internado. Regañándome cuando mis botas estaban sucias, pero luego dándose la vuelta y arreglando una pequeña celebración en la cocina para mí en los días especiales. Para que tuviera algo menos formal y más hogareño. Supongo que a ustedes también les gusta su cocinera de igual forma que yo amaba a la mía.

—Oh, sí, Cruella adora a la señora Baddeley. Ella también es como una segunda madre, para ambas —dijo Anita, fastidiando más a mi madre por alguna razón.

—La adoro —dije, pateando a Anita por debajo de la mesa, esperando que la hiciera parar con esos comentarios provocadores.

—Bueno, la señora Baddeley es la única persona a quien Cruella le confiaría el cuidado de la dulce Perdita, aparte de mí. ¡Demonios! No le había dicho a Mamá de Perdita aún.

—¿Perdita? ¿Quién es Perdita? —preguntó mi madre.

—Mi perrita. Podemos hablar de eso después de la cena, Mamá —dije, lanzándole una mirada a Anita y pateándola otra vez. Más fuerte esta vez. Y luego añadí— Las señoritas tienen que retirarse al salón

Gracias a dios Jackson intervino, salvándonos de una conversación incómoda en frente de nuestro invitado— ¿Al caballero le gustaría un poco de oporto antes de unirse con las damas en el salón?

—Sí, me gustaría, Jackson —Jack le dio una sonrisa como Clark Gable, Una sonrisa que estaba empezando a amar y adorar. Una sonrisa que me recordaba a alguien. Alguien que amaba y que extrañaba mucho.

Nosotras las señoritas fuimos al salón, sabiendo que no teníamos mucho tiempo antes de que Jack nos acompañara. No quería discutir de Perdita esta noche. Estaba enojada con Anita por sacar el tema en la cena. Honestamente, estaba sorprendida con toda la actitud de Anita.

—Mamá, yo quería esperar hasta después para decirte de Perdita. Es una criatura adorable. Y es un regalo de Papá. Él quería que yo la tuviera cuando cumpliera dieciocho —mi madre vaciló al mencionar a Papá.

—¿A qué te refieres, Cruella? ¿Qué estás diciendo? Anita podía ver que yo estaba luchando por encontrar las palabras.

Tal vez se sentía culpable por ser una niñata en la cena. Yo no sabía, pero trató de usar sus últimas lecciones de la escuela y cambiar la dirección de la conversación.

— ¿Cómo estuvo su viaje, Señora De Vil? Me encantaría ver América. ¿Es tan salvaje e indomable como todos dicen? Pero mi madre no se dio por vencida. Mantuvo sus ojos y preguntas en mí.

—Hablando de salvaje e indomable. Dime, ¿cómo es que tu padre te dio un cachorro, Cruella, considerando que ya no está con nosotros? —le dio un sorbo al brandy que Jackson le sirvió, mirándonos a ambas, Anita y a mí, como si nos fuera a comer enteras. De repente me sentí pequeña. Como una niñita, con miedo de perder a mi madre. Ella parecía como una bestia salvaje contemplando a su presa.

—Bueno, Mamá, él lo arregló con el señor Huntley antes de morir —odié cuán pequeña sonó mi voz.

—Claramente lo arregló antes de morir, Cruella. No me imagino que se haya levantado de la tumba para otorgar cachorros. ¿Por qué demonios aceptarías un regalo así? ¿Y qué le dio para regalarte algo así? Tu padre sabía lo que yo pensaba de los animales, Cruella. Él sabía que yo no los quería en la casa. Discutimos incontables veces mientras tú crecías. Siempre queriendo un cachorro. ¡Bueno, supongo que esta fue su forma de tener la última palabra!

—Supongo que esa fue la única forma que encontró, Señora De Vil —dijo Anita, sonriéndole a mi madre.

—¡Anita! —Balbucee— ¡Deja de molestar a mi madre! Este comportamiento tuyo está empezando a cansar

No podía soportar la forma en que Anita estaba actuando. Estaba arruinando todo. Todo lo que yo quería era una encantadora velada con mi mama. Una oportunidad de que seamos amigas otra vez. Pero Anita estaba tomando todas las oportunidades que podía para hacer que estuviera enojada conmigo.

—Mamá, yo adoro a Perdita. Por favor, ¿no le puedes dar una oportunidad? Ella es una adorable criatura.

—Cruella, estaba esperando pasar más tiempo contigo en casa. Pero si vamos a tener un cachorro corriendo por la casa no veo cómo va a ser posible eso. Odio a las criaturas. Son sucias y desagradables. ¡Lo único bueno que tienen es su pelaje! Ahora, si hiciéramos una bufanda con ella para combinar con mi abrigo, entonces ella sería útil —Anita chilló con miedo y mi mandíbula cayó de sorpresa.

—¡Mama! —pero antes de que pudiéramos continuar la conversación, Jack entró a la habitación.

—¡Jack, hola! Justo a tiempo —dijo Mamá, sonriendo. La conversación cambió rápidamente de vuelta a Jack, y Mamá la dirigió a sus numerosas propiedades, su fortuna, y su deseo de encontrar una esposa con quien compartir su vida. Ella estaba muy entusiasmada en que me casara con él. Y yo estaba empezando a sentir como si no pudiera pelear más con ella. Me gustaba él. Mamá y Anita estaban siendo bestias, y aquí, casi como magia, un hombre extraordinario se dejaba caer en mi regazo, poseyendo casi todas las cualidades que yo podía desear. Sin embargo, era muy temprano para estar hablando de esas cosas.
Pero mi madre siguió presionando.

—Así que, Lord Shortbottom, estoy segura de que usted está ansioso de casarse. Un hombre de su estatus probablemente está ansioso de tener un heredero. Alguien que continúe su apellido. Alguien a quien dejarle su fortuna. Y parece que Cruella le ha llamado la atención. Me pregunto si no estaremos escuchando campanas de boda pronto. Mi hija es alguien que parece ser que obtiene lo que quiere.

—¡Mamá! —yo estaba escandalizada. Ella sabía que no podía tomar el apellido de mi esposo. Y era muy pronto para estar presionando a Jack con la idea de casarse.

—Oh, Cruella. No puedes negar que te haya estado presentando hombres por meses y que no has mirado a ni siquiera uno con interés. Y en una velada estás encantada con el Señor Shortbottom. Por supuesto que el matrimonio iba a venirme a la mente, querida. No puedes culpar a tu querida madre por querer lo mejor para su hija favorita —continuó ella, con una gran sonrisa en su cara— Señor y Señora Shortbottom. Suena bien, ¿no crees? —no podía creer que mi madre estuviera actuando de esta forma. Yo estaba totalmente mortificada.

—Por favor, sabes que eso no es posible, y en realidad este no es momento para discutir esto. Por favor, Mamá. Estas haciendo que todos estemos incómodos.

—Por favor, no se contengan por mi culpa, señoritas. Es refrescante poder tener una conversación real en un salón inglés. Y ya que estamos hablando con franqueza, déjenme decir que sería el hombre más feliz si su hija aceptara que la cortejara. Ya estoy perdidamente enamorado de ella. Recuerdo sonrojarme. Esta no era la primera conversación de este

tipo que tenía en el salón de mi madre. Pero era la primera vez que me sonrojaba.

—Bueno, Jack, —dije, aún probando su nombre— aún si quisiera que un hombre me cortejara, mucho menos casarme con él, mi madre sabe que no voy a tomar el apellido de mi futuro esposo. Es una condición en el testamento de mi padre. Como puedes ver, soy la última del linaje De Vil, y era su deseo que yo continuara con su apellido. Lo siento si ella te confundió.

—Bueno, nunca me importó mi apellido. Señor Jack De Vil suena mucho mejor que Señor Shortbottom —dijo él, riendo— ¿No crees? —y yo sí lo creía. Pensé que de hecho sonaba mucho mejor. Y no podía estar más feliz por escucharlo. Pero el humor cambió en la habitación después de su declaración. Tal vez Mamá había bebido mucho, o estaba cansada por el comportamiento de Anita, o fueron las noticias de Perdita, o todo junto, pero ella se envolvió en uno de sus mal humores. El tipo de humor en que la tenía en su habitación por días, quejándose de una jaqueca. Esa Noche terminó de forma rara, pero no antes de que Jack y yo nos despidiéramos en el salón. Mamá inventó una razón para mandar a Anita a su habitación, dejándonos para que nos despidiéramos.

—Fue encantador conocerte Jack —dije, sintiéndome extraña por cómo había estado la noche, aunque estaba emocionada por haber conocido finalmente a un hombre que capturó mi imaginación.

—Espero poder verte otra vez —dijo él. No debería haber estado sorprendida de que él simplemente dijera eso. Era un hombre muy directo. Tan diferente a todos los hombres a los que estaba acostumbrada, dándole vueltas a un tema sin parar.

—¿Vas a volver a Londres? —pregunté.

—Si significa poder verte —me dio una de sus sonrisas de estrella de cine.

—No eres para nada como los hombres a los que estoy acostumbrada —dije, casi sonrojándome otra vez.

—Espero que eso sea un cumplido, Cruella. ¿Debería inventar una razón para volver a Londres otra vez? Él siempre me hacía reír, incluso desde esa primera noche.

—Es el mejor cumplido. Y me gustaría mucho que volvieras a verme, Jack —dije, haciéndolo sonreír otra vez.

—Sé que es muy pronto, Cruella, pero sé que sientes la conexión entre nosotros. No pareces ser una señorita que le agradan los tontos. Dime que no he sido tonto esta noche. Lo miré, dándome cuenta de que podía estar enamorándome de él… si es que aún no lo había hecho— No, Jack, lo último que te podría llamar sería tonto —y, con eso, me besó ligeramente en la mejilla y me deseó una buena noche.

Todo esto puede que suene tonto… a menos de que te hayas enamorado. Si eres lo suficientemente afortunado para ser golpeado por el amor como un rayo entonces no necesitas que te convenzan. Era como si mi querido, dulce y difunto padre le hubiera dado un golpecito en el hombro de mi madre y le hubiera susurrado en su oído para que trajera a este hombre a casa conmigo. Él era absolutamente todo lo que yo deseaba. La excepción a mi regla. Después de que Jack se fuera, repetí esta noche una y otra vez en mi mente, preguntándome por qué Mamá y yo hablamos tan francamente con él. Tal vez el estilo de americano caballeroso de Jack ya se nos estaba pegando. No lo sé. Pero lo que sí sabía era que había algo entre Jack y yo. Algo que nunca esperé que sucediera.

Por primera vez, de verdad estaba contemplando el matrimonio. Pero Anita tenía otras ideas.

CAPITULO X

ADIOS PERDITA

Después de que Jack se fuera y de que mi madre se fuera enfadada a su habitación, Anita y yo nos quedamos hablando en mi habitación antes de dormir. Anita hizo que Paulie trajera a Perdita a mi habitación, y los tres nos sentamos en mi cama. Pero a pesar de lo tierna y adorable que era Perdita, no podía hacer que el ceño fruncido se fuera de la cara de Anita. Pensé que estaba enojada por tener que volver a la escuela el siguiente día. O que tal vez se arrepentía de su decisión de ir a la escuela en vez de viajar por el mundo conmigo. Me preguntaba si ella quería que yo la esperara por siempre para que cambiara de parecer. Era muy posible que viera su oportunidad de escaparse cuando viera cuánto me gustaba estar con Jack. Pero si alguien debía estar enojada tenía que ser yo. Anita había actuado de forma horrible en la cena, y posiblemente había arruinado mi posibilidad de arreglar las cosas con mi mama.

—¿Anita, qué te ocurrió? ¿Por qué estabas actuando así en la cena, provocando a mi madre así?

—¿Ves lo que está haciendo, no? —preguntó, haciendo como que jugaba con Perdita, aunque su vista estaba fija en mi.

—¿Qué es lo que crees que está haciendo, Anita? —estaba perdiendo mi paciencia con ella. Honestamente, me estaba empezando a alegrar de que se fuera al día siguiente.

—Está intentando casarte. Incluso tú lo puedes ver Cruella —dijo, claramente intentando sermonearme. No iba a pescar esa carnada.

—No es un secreto que quiere verme casada. Esto no es noticia Anita. Me ha estado desfilando todo el año. Además de que todas las madres quieren ver a sus hijas casadas.

—¿Pero tiene que ser tan mercenaria? —dijo, rodando sus ojos.

—Las madres han estado cazando hombres con fortuna para sus hijas desde el principio de los tiempos Anita. Eres una tonta si crees que mi madre es diferente. Es su trabajo.

—Cruella, ella claramente está tratando de tener sus manos en tu fortuna. Mira cómo dio su punto en decir que tu nombre sería Shortbottom —Esta vez había cruzado la línea. Realmente estaba enojada con ella.

—¡Retráctate Anita! Eso no es verdad. ¡Estás equivocada!

—No creo que lo esté. Y creí que incluso *tú* verías el repentino interés de tu madre en pasar el tiempo en casa, Cruella. Y ese comentario de hacer de Perdita una bufanda fue horroroso.

—Claramente no tienes tan buena opinión de mi mama si es que piensas que lo decía en serio. ¿Y a qué te refieres con que incluso *yo* podía ver qué estaba tramando?

—Oh, Cruella, he esperado a que lo vieras con claridad por años. Y creí que lo habías hecho después de que ella hiciera esa escena en navidad. He aguantado tu pedantería por mucho tiempo porque te amo, y porque sabía en mi corazón que esa no eras tú realmente. Y lo demostraste en navidad, cuando empezaste a tratar a

tus empleados como a una familia y dejaste, bueno, de actuar como tu madre. Creí que tenía de vuelta a mi antigua Cruella. Y ahora ella ha vuelto por una noche, y volviste a actuar como ella. Defendiéndola. Es triste Cruella.

—¡Sólo estás molesta porque conocí a alguien! ¡Estás celosa!—dije, levantándome de la cama. Y estaba segura de que tenía la razón. Anita había estado actuando raro desde que le pedí viajar por el mundo conmigo, pero desde que conocí a Jack ella había empezado a actuar como una mocosa insolente.

—¿Celosa del hombre que acabas de conocer? —se rió— Cruella por favor piensa claramente por un momento. Esto no es por Jack. Esto es por tí y tu madre.

—Sí creo que es por Jack. Es un hombre notable Anita. ¿En algún momento te pusiste a pensar que de verdad me gusta? ¿O que al elegir una vida con él, bajo mis propios términos, dejo de lado aún más a mi madre? Nunca pensé que conocería a un hombre como él, Anita ¡Nunca! Él es todo lo que alguna vez deseé o que quería. Él es exactamente el tipo de hombre que Papá quería para mí. Y si es que no puedes ver eso, entonces no me conoces lo suficiente como pensé. Creo que esto es porque te arrepientes de tu decisión, elegir una vida mundana por sobre una vida que podrías haber tenido conmigo. Eso es lo que creo que es Anita.

—Oh, Cruella. Él es divertido y encantador, sí, y es un poco parecido a tu padre. Tienen la misma sonrisa. Pero casi no lo conoces. No dejes que tu madre te manipule así. Forzando un matrimonio y dejándote fuera de la herencia.

—Lo escuchaste. A él no le importa mi apellido —dije. Ahora que lo recuerdo, no entendía por qué estaba tratando de defenderme

a mí o a mi mama con una intermediaria como Anita. Por qué era tan importante que ella me creyera. Supongo que aun la amo.

—¿Por qué siquiera estaban hablando de matrimonio? Acabas de conocerlo, Cruella. Tienes tantos planes para ti misma. Querías viajar por el mundo. Dijiste que nunca te casarías, y ahora en una noche todo ha cambiado. No tiene sentido. Es como si tu madre aún tuviera poder sobre tí, Cruella. Has estado actuando extraño últimamente. Como si usar abrigos de piel de alguna forma te hiciera actuar como ella.

Me reí— Eso es absurdo Anita. Según tú entonces, ¿usar los aretes que me dio mi padre de alguna forma me hace actuar como él? Nada de eso tiene sentido. Mi madre no está tratando de controlarme. Y no está tratando de quitarme mi fortuna. Eso es insultante.
—Cruella, ¡viste como actuó tu madre cuando descubrió que él estaba dispuesto a mantener el apellido De Vil! No creo que ella contara con que Lord Shortbottom abandonara su apellido tan fácilmente. Él frustró sus planes Cruella. Y ahora ella te ha amenazado con irse otra vez si te quedas a Perdita. Está tratando de borrar a tu padre. ¡Sus regalos y su apellido!

—No borraré el apellido de mi padre Anita. Prometí nunca hacerlo.

—¿Por qué amas a tu padre, o porque amas su fortuna? —Anita se estaba enojando cada vez más. Yo no podía entender cómo es que ella estaba tan equivocada. Ninguna de nosotras estaba prestando atención a Perdita, así que la pequeña *bestia* actuó de la única forma en que sabía para atraer la atención. ¡Hizo pipi en mi abrigo de piel! ¿Puedes creerlo? Tuve suficiente

— Sal de mi habitación Anita. ¡Y llévate a este *quiltro* contigo!

— ¿Quiltro? ¿Qué te pasa? Ella es tu dulce perrita y sólo está nerviosa porque estamos discutiendo Cruella,

No podía creer que estuviera defendiendo a esta malvada criatura. — ¡Maldito perro! —Dije, haciendo sonar la campana— ¡Ahora la sirvienta va a tener que mandar a lavar mi abrigo! Espero que no esté arruinado.

— *¿La sirvienta?* Su nombre es Jean, Cruella! ¿Te escuchas a ti misma?

— ¡No me importa su nombre mientras salve mi abrigo! ¡Ahora saca a esta bestia fuera de aquí! Llévala abajo, y en silencio. No quiero que mi mama vea esta pequeña amenaza abajo.

Recuerdo ver la cara triste de Anita cuando dejó la habitación con Perdita. Se veía con el corazón roto también. No podía creer lo que dijo de mi mama. Pensar que mi Mama estuviera planeando arrebatarme mi dinero. Toda la idea era escandalosa, y por debajo de mi madre. Por debajo de su dignidad. Cazar a un hombre, traerlo a casa para conocerme con la esperanza de que tomara su apellido, para que el dinero de Papá fuera hacia ella. Estaba fuera de toda posibilidad.

No podía creerlo

Anita y Perdita se fueron la siguiente mañana. Aún cuando estaba enojada con ella, una parte de mi estaba triste de que Anita se fuera. Aún estaba molesta por las cosas que dijo de Mama, y aún

estaba herida de que no quisiera viajar por el mundo conmigo. Pero estaba feliz de que se fuera. Y estaba aliviada de que se llevara a Perdita con ella. Por mucho que apreciara el regalo de Papá, sabía que si quería una amistad con mi mama no me la podía quedar. Mi Papá se había ido. No había nada que lo fuera a traer de vuelta. Pero si quería a mamá en mi vida tenía que hacer algo para hacerla feliz, para hacer que me amara otra vez, y la única cosa en la que podía pensar ahora era en deshacerme de Anita y de Perdita. Me rompía el corazón ver que se fuera Perdita, pero no iba a dejar que nada se interpusiera en mi relación con mi mama. Ni siquiera un intermediario como Anita, y obviamente ningún perrito.

CAPITULO XI

TICK TOCK

Después de eso, Anita y yo nos escribimos frecuentemente. Usé a Perdita como excusa para verificar de vez en cuando cómo se desenvolvía. Las cartas de Anita dejaron claro que había hecho un desastre de su vida, justo como esperaba.

Por supuesto que *ella* no lo veía así. Ella estaba muy feliz, o por lo menos eso decía en sus cartas a lo largo de los años. Había ido a una escuela de mecanografía justo como había planeado, y había encontrado un pequeño departamento cerca de un parque donde pasaba su tiempo libre con Perdita, quien por lo visto prosperaba bajo los cuidados de Anita. Casi toda nuestra correspondencia era sobre Perdita, con algunas pocas noticias de nuestras vidas que aparecían a lo largo de nuestras misivas. Anita eventualmente conoció a ese tonto escritor de canciones Roger, cuando su dalmata hizo que su correa se enredara con la de Perdita en el parque. ¿Puedes creerlo? Que asquerosamente adorable. Los dos ahora vivían siendo pobres con sólo una sirvienta a quien hablarle, a quien yo sólo la podía imaginar como a una mujer regordeta. Lo suficientemente vieja como para ser la abuela de Anita. Por su puesto, Anita no la describió así. Ella dijo que era una mujer dulce, vieja y muy divertida. Bueno, si eso no sonara como una mujer regordeta, entonces no sabía qué lo hacía. Ademas, honestamente no tenía tiempo para dedicarle a Anita, su idiota músico y a su par de bestias manchadas.

Estaba muy ocupada viviendo una vida de lujos con Jack. Lo que fuera que hubiera pasado la noche en que Mamá lo trajo a cenar no podía ser tan malo, porque él me llamó el día siguiente. No fue mucho después que nos convertimos en algo y, su llegada a mi vida cuando Anita se fue, fue como si estuviera escrito en las estrellas. Déjame que te cuente de Jack. ¡Mi Crackerjack! ¡OH, él era un diablo hermoso! Aún más hermoso que los protagonistas en las películas. Él era el amor de mi vida, y no pasó mucho para que también fuera mi esposo.

¡Jack De Vil!

Sí, patitos, es verdad, él tomó mi apellido, justo como dijo. Y nunca pensé menos de él por eso. Todas mis ideas de un hombre que no aceptara tomar el apellido de su esposa volaron por la ventana cuando conocí a Jack.

Jack me acompañó en mis viajes en vez de Anita. ¡Oh, las aventuras que tuvimos juntos! Los lugares que vimos. La vida glamorosa que tuvimos. Su personalidad podía llenar una habitación, así que puedes imaginar cómo éramos juntos. Eramos *La pareja*.

Siempre vestidos para matar, siempre en las primeras planas. Siempre la pareja más divertida e inteligente en cualquier evento. Éramos parte de la fuerza de la naturaleza. Era como si Anita se fuera de mi vida para mejorarla. Me estaba convirtiendo en la mujer en la que estaba destinada a ser.

¡Era Cruella De Vil! La heredera. La dueña de la mansión. Y estaba viviendo mi vida exactamente como quería vivirla. Supongo que quieres escuchar acerca de mi boda. Oh, pero estoy tan emocionada como para saltarme al evento que me llevó a Hell Hall.

En donde estaba ahora. Quiero tanto compartirte mis últimos planes contigo. Pero no debería saltarme ninguna parte de mi historia y

¿Qué es mi historia sin mi [1]Crackerjack? Por supuesto que él (y mi Mama) arreglaron la mejor boda inimaginable. Era una relación resplandeciente. Y Jack, bueno, él insistió en pagar por todo. Él era dulce en esa forma, mi Jack. Siempre queriendo hacer feliz a las personas. Siempre demostrando amor. Y oh, cómo me amaba. Nuestra boda rivalizó con la boda real. Para ser honesta, pienso que si estuviera en su poder, me habría coronado como reina. Pero logró hacerme sentir como una, y no sólo en nuestra boda. Lo hizo durante todo nuestro matrimonio, hasta el final. Él hizo todo lo que pudo para asegurar mi felicidad, desde sugerir que mantuviera a la señora Pricket como mi criada para hacer las paces con mi mamá, y alentandome a que invitara a Anita a la boda. Incluso me ayudó a ver en qué me había equivocado con ella.

A veces sugería que volviera a estar en contacto con Anita, pero no me atrevía a traicionar a mi mamá así. Nunca pude olvidar todas las cosas horribles que dijo. Escribirle ocasionalmente a Anita no se sentía como una traición, pero verla, traerla a mi casa, sentía que lo iba a arruinar todo. Desde que decidí casarme con Jack, la vida con mi mama fue mágica. Ella tenía un propósito. Algo en lo que enfocarse. Y por primera vez en la vida, *yo* era el foco. Ella le ayudó a Jack y a mí en los preparativos de la boda. Por supuesto que Jack no le dejó que pagara nada, pero dejó que ella eligiera todo en los preparativos, lo cual la hacía inmensamente feliz.

1: CrackerJack es un juego de palabras de Cruella que significa “Campeon” en ingles.

Decidimos hacer el ensayo como una pequeña cena. Sólo Jack, Mama y yo. La tuvimos en la casa, y Mamá arregló una encantadora velada. El comedor estaba lleno de velas y flores. Sentada en la mesa en donde tuve tantas cenas con Anita, tuve que admitir que la extrañaba esa noche. Deseaba que estuviera allí. Mi corazón no se había endurecido por completo con Anita. Aún había un lugar blando para ella. Pero no me atrevía a invitarla a la boda, menos al ensayo, aún si sentía su ausencia profundamente. Aunque estaba nerviosa con la idea de volver a hablar con Anita, y preocupada de arruinar las cosas con Mamá si lo hacía, aún había un espacio vacío en mi corazón para Anita.

Iba a ser mi última noche como una mujer soltera. Aunque no era el tipo de chica que soñaba con el día de su boda, la velada no fue como la imaginaba. Siempre pensé que la pasaría con Anita.

—¿Qué pasa, querida? —Jack tomó mi mano— Deberías estar feliz. ¿Qué te tiene tan apenada?

—Nada, Jack. No es nada. Estoy extremadamente feliz. Te lo prometo —dije, pero él no estaba convencido.

—No puedo tener a mi Cruella triste la noche antes de nuestra boda. Sé cuál es el problema. Te arrepientes de no haber invitado a Anita.

—Supongo que sí —le dije.

—Oh, Cruella. No le des otro pensamiento a esa chica —dijo mi mamá. Pero Jack no estaba de acuerdo.

—Yo digo que la llames. Llamala en este instante y dile que la quieres aquí. Diablos, ¡dile que la quieres en la boda! Hice que la

señora Pricket hiciera un vestido para ella en caso de que cambiaras de parecer. Hazlo ahora, querida. Hazlo antes de que te vuelvas loca

El era muy convincente, mi Jack. Su sonrisa siempre me ganaba. —¿Realmente crees que venga? —le dije emocionada. La buena voluntad y el optimismo de Jack eran contagiosos.

—Realmente creo que vendrá, querida. Ahora corre y haz la llamada.

—¡Creo que lo voy a hacer! —le dije mientras Jackson entraba a la habitación para ver si Jack se quería sentar en el comedor con su oporto mientras nosotras las señoritas íbamos al salón.

—Sí, Jackson. Me sentaré un rato mientras Cruella hace la llamada. ¿Puedes arreglar una línea para ella en la sala de estar? Le gustaría llamar a la señorita Anita —dijo. Luego me dio un gran beso frente a Mama (Americanos. Tienes que amar su audacia).

Mamá y yo dejamos a Jack y a su oporto, y nos serví té a mí y a mi Mamá. Esperé a que Jackson volviera y arreglara la llamada con Anita.

—Cruella, —dijo Mamá, con claro desdén— ¿Realmente crees que es sabio invitar a Anita en el último momento? ¿No crees que se sentiría insultada porque no la hayas invitado hace meses junto con los otros invitados?

—A Anita no le importan ese tipo de cosas, Mamá.

—Bueno, entonces tal vez deberías pensar en lo que yo pueda sentir. Ya es lo suficientemente malo perder a mi única hija. ¿Tengo que compartir el día no sólo con su esposo sino que con una insolente chica que me ha tratado con tanta falta de respeto en mi propia casa? ¿Me vas a insultar así, Cruella? ¿Nos harías eso, ahora

que nos hemos convertido en tan buenas amigas? Sabes que detesto a esa chica. No es suficiente que haya permitido que la señora Pricket sea nuestra criada? ¿Esperas que sufra de su compañía junto con la de Anita?

—Mamá, la señora Pricket siempre ha sido buena. La pobrecita se ha estado escondiendo lejos de tu vista. Además de que se unirá a mis empleados. Después de esta velada ella no va a pasar otra noche bajo este techo. Aunque en lo que concierne a Anita, tienes razón. Lo siento, Mamá. Jack sólo está tratando de hacerme feliz.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Qué es lo que escuchan mis oídos? ¿Están hablando de mi? —dijo Jack mientras entraba a la habitación, sonriente, casi trotando.

—Eso fue rápido —dije.

—¡No podía estar lejos de ti ni siquiera un momento! Ya es lo suficientemente malo que debo ir a mi club esta noche, no te veré hasta mañana en la boda —mi Jack siempre era así de dulce. Y no me malinterpretes, él siempre hablaba en serio. Él realmente estaba encantado conmigo— Querida, si no te molesta, creo que deberíamos dejar de lado las tonterías de que los hombres deben quedarse en la sala de estar para beber oporto mientras las señoritas se van al salón en nuestra nueva casa —dijo, sentándose junto a mí.

—Va a ser moda, tener a las damas y a los caballeros en la misma habitación. Es más vívido, y moderno.

—Así que, ¿Cómo estuvo tu llamada con Anita? —preguntó.

—Oh, bueno, Mamá me dio un muy buen punto. Ella cree que Anita se sentiría insultada si la invito en el último momento

Jack entrecerró sus ojos. Podía ver lo que estaba pensando, pero era muy cortés como para decirlo frente a mi madre.

—Como desees, querida —dijo— Mientras estés feliz —me lanzó una brillante sonrisa.

—Lo soy, querido. Muy feliz. Tal vez le haga una llamada a Anita cuando volvamos de nuestra luna de miel —le dije. Y lo decía en serio. Realmente quería que ella estuviera en la boda, más que nada en el mundo, pero no podía hacer enojar a Mamá. No quería arruinar mi nueva relación con ella.

—Deberíamos hacer que venga con sus músicos y que se queden, sería un escándalo —dijo Jack— Será el tipo de cosa que necesitamos cuando volvamos de nuestros viajes, ¿no crees, querida? Puedo hacer que vengan algunos amigos también. Será la perfecta oportunidad para que nuestros amigos se junten y que se conozcan.

—Eso suena divino —dije, pero estaba distraída por el ceño fruncido de Mama. Jack siguió hablando.

—Sabes, casi he decidido llamar a Anita yo mismo y decirle que venga mañana. Sé que no vas a estar realmente feliz mañana a menos de que ella esté aquí, no creo que debamos esperar a que volvamos de nuestros viajes.

Mamá se aclaró la garganta.

—Bueno, parece que tienes toda la vida arreglada, Cruella. Ya que parece que no me han incluido en ella por completo, supongo que debo irme a primera hora mañana.

—¿Irte? ¿A primera hora mañana? ¡Mamá! Mañana es la boda.

—Sí, querida, pero no puedo evitarlo. Creo que es mejor que me vaya en mi viaje antes.

Yo estaba en shock. —¿Qué viaje? No mencionaste un viaje antes.

—Vamos, señora De Vil. Esto no es justo —dijo Jack, pero le apreté la mano, señalándole que me lo dejara a mí. Tuve una idea… tal vez la última y la única oportunidad de hacer que Mamá se quedara.

—Bueno, Mamá, si te vas mañana entonces te perderás nuestra gran sorpresa, ¿no, Jack? —por supuesto que no tenía idea de lo que estaba hablando, pero era inteligente, mi Jack me siguió la corriente.

—Sí, querida, se la perderá —dijo, dándome una mirada que decía que se preguntaba qué era lo que estaba tramando.

—Bueno, Madre, Jack y yo hemos hablado de esto, y hemos decidido firmar la herencia.

—¡Oh, Cruella! ¿Estás segura? —preguntó Mamá. Todo su comportamiento cambió. Pasó de estar malhumorada y enojada a verse muy alegre en un instante.

—Por supuesto que estamos seguros —dijo Jack— Tenemos más dinero del que posiblemente vamos a necesitar para muchas vidas —Oh, cómo amaba a mi Jack. No habíamos, por supuesto, hablado de esto, pero sabía que a él no le iba a importar.

—Sí, Mamá. ¿Qué es mi fortuna comparada a la de Jack? No la necesitamos, ¡Pero tú sí! Tiene sentido. Quería tanto sorprenderte con las noticias después de volver de nuestra luna de miel. Sólo

queda decirle al señor Huntley que traiga los papeles del trámite para que los firmemos.

—¡Oh, Cruella! ¡Te amo! —dijo ella, dándome un beso muy grande en la mejilla. No creo recordarla diciendome eso. No con palabras. Era el día más feliz de mi vida. Mi mamá finalmente sabía cuánto la amaba. Por fin pude darle algo que ella realmente quería. Después, cuando nos estábamos despidiendo con Jack para que se fuera a su club, me dijo

— ¿Estás segura de esto, querida? Firmar todo para ella es una gran decisión. Sabes que no me importa. Sólo estoy preocupado de que lo estés haciendo por las razones equivocadas —Él era tan dulce. Siempre preocupándose por mí.

—¿Qué mejor razón hay, Jack, que hacer feliz a Mamá? No necesitamos el dinero de mi padre. Tú mismo lo dijiste. Realmente quiero hacer esto por mi madre. Es importante para mí. Y aún tendría el apellido de mi padre. Aún estoy honrando su memoria. Es la mejor solución. Y, querido, por favor no llames a Anita y hagas que venga mañana. No quiero que nada le moleste a Mama. Ella está tan feliz.

—Mientras *tú* seas feliz, mi amor, yo soy feliz. Pero si hay cualquier indicio de que añores a Anita cuando volvamos de nuestra luna de miel entonces tendré que insistir en que la llames.

—¡Trato hecho! —dije, pero no tenía intenciones en llamarla. No iba a hacer nada que arruinara mi relación con mi mama. No ahora, después de que por fin gané su amor.

CAPITULO XII

LA RESERVACION DEL SEÑOR HUNTLEY

Una vez que Jack y yo volvimos de nuestra luna de miel en Venecia y arreglamos nuestra nueva casa, decidió que lo primero que debíamos hacer era arreglar la cuestión de firmar la herencia hacia Mamá. Ella había sido tan dulce durante todo nuestro viaje, escribiéndome cartas de que no podía esperar a que regresara a casa. Diciéndome cuán feliz era de que tuviera una hija tan exitosa y asombrosa. La señora Pricket, quien vino con nosotros en nuestro viaje como mi criada, se guardó sus comentarios. Podía ver que no confiaba en Mamá, y era claro que Jack tampoco, pero yo quería hacer esto por ella, y él era feliz siguiéndome en todo lo que me hiciera feliz. ¿A quién iba a lastimar darle lo que, francamente, mi padre debería haberle dado a ella en primer lugar?

El día antes de que llegáramos a nuestro hogar le dije al señor Huntley que viniera para discutir los detalles. Mamá estaba afuera tomando el té con la señora Slaptton y volvería para la cena para que pudiéramos firmar los papeles. Sería la primera vez que tendría a alguien en mi nueva casa, y estaba rebosante de alegría. La señora Pricket estaba organizando a nuestros nuevos trabajadores y logró darles una pequeña introducción en medio de las preparaciones. ¡Mi introducción fue tan rápida que no recordaba el nombre de ninguno! Tendría que contar con la señora Pricket para que me lo recordara después. Yo tenía cosas más importantes de las que ocuparme. Sabía

que la señora Pricket se aseguraría de que la cena con Mamá fuera espléndida. Pero primero estaba el asunto con el señor Huntley. Jack y yo nos sentamos en el estudio de nuestra majestuosa nueva casa esperando que llegara el señor Huntley.

—¿Querida, quieres que esté aquí cuando hables con el señor Huntley? ¿O deseas que los deje solos?

—Oh, te quiero aquí, mi Crackerjack —le dije con un beso.

—Bueno, este es tu asunto, querida. Sé que ya lo has decidido. Sólo estaré aquí como apoyo moral. No que lo necesites de todos modos. —dijo, viéndose más deslumbrante que Humphrey Bogart. Y antes de que lo supiéramos, la señora Pricket llegó a la habitación.

—Señor y señora De Vil, el señor Huntley está aquí —ella tenía una mirada desaprobadora. La señora Pricket no dijo en voz alta que no estaba de acuerdo con mi plan, pero no se molestó en ocultar cómo se sentía. Echaba de menos los pequeños comentarios de la señora Pricket y las miradas que me daba después de que Anita se fuera. Extrañaba tener una intermediaria que considerara mi amiga y mi compañera. Y Jack me dijo que era bueno tener un sirviente que fuera franco conmigo de vez en cuando. Él dijo que me mantenía en la tierra, lo que fuera que significara eso. Así que la aguante. Después de todo, ella me hacía sentir como si estuviera trayendo un poco de mi niñez conmigo a mi nuevo hogar con Jack.

—Gracias, señora Pricket —dije— Por favor dejalo entrar

Pude ver cómo los ojos del señor Huntley se abrieron de par en par cuando entró a la habitación. Estaba impresionado con mi nueva casa. Lo debería haber recibido en el vestíbulo para ver cómo sus ojos se le salían de su cabeza. En mi nuevo vestíbulo podía entrar toda la casa de mi Mama en la esquina Belgrave. Los pisos estaban

hechos de mármol, y la habitación simplemente estaba repleta de estatuas romanas. Y la grandiosa escalera, bueno, era una maravilla. No podía esperar para mostrársela a Mama después de que ella volviera de la cena.

—Hola señor Huntley. Bienvenido a mi nueva casa. Señora Pricket, ¿puede hacer que la sirvienta traiga el té?

Los trabajadores de mi nueva casa eran muchos. No había forma en que fuera a recordar todos sus nombres. Así que decidí llamarlos por sus nombres de trabajadores cuando hablara con la señora Pricket, y llamarles "cariño" cuando les hable directamente. Dejé el recordatorio de los nombres para la señora Pricket, quien había tomado el rol de ama de llaves. Ella le dijo a la sirvienta que trajera el té, sirviendo al señor Huntley primero. Él tomó un sorbo de su té nerviosamente mientras que yo compartía lo que quería hacer con el dinero de mi padre con él. Jack simplemente se sentó junto a mí, haciendo relucir su sonrisa de Clark Gable, escuchando pero no interviniendo. Jack no era el tipo de esposo que sentía que tenía que hablar por su esposa. Él valoraba mi mente, mi agudo ingenio, y a veces mi lengua venenosa.

—Señora De Vil, es mi deber como procurador decir que esta es una muy mala idea. Su padre no habría querido que usted le diera todo su dinero a su madre.

—¿Señor Huntley, de qué me sirve el dinero? Soy muy bien cuidada por Jack. ¿Por qué Mamá no debería tener el dinero? Papá debería habérselo dejado a ella en primer lugar.

—Su padre quería que usted tuviera algo para usted. Él quería que usted fuera su propia persona. Que se distinguiera.

— ¡Y lo he hecho! He mantenido su apellido. ¿Qué importa si le doy a Mamá su dinero?

—Él fue muy claro en ese punto señora De Vil. Él me pidió que lo evitara a toda costa.

— ¿Pero por qué estaba tan determinado en que Mamá no tuviera su dinero? Me he casado con un hombre con una fortuna más grande que la mía. Sería egoísta mantener el dinero de mi padre para mí cuando puedo dárselo a mi pobre mamá.

—Su madre saca una importante cantidad de su capital, Cruella. De ninguna forma ella es pobre. Lamento decirlo… —dijo, quebrándosele la voz mientras intentaba encontrar las palabras correctas.

—Por favor señor Huntley, hable lo más sinceramente como quiera. No nos va a ofender— dije.

—Gracias, señora De Vil. No quería decir esto, pero su padre temía que si su capital era dejado bajo su cargo, ella lo despilfarraría, dejándola con nada cuando ella muriera. Es por eso que él se lo dejo a usted.
Miré a Jack, tratando de leer su cara. No quería que pensara menos de mi madre. Pero su cara era tranquila. El señor Huntley se veía como si tuviera más que decir pero estaba tratando de encontrar las palabras sin ofenderme. Pero luego encontró valor.

—Los gastos de su madre francamente son escandalosos, incluso para una mujer como ella. Ella se rehúsa a aceptar consejos, y ha trabajado sin cansar para tomar el control de su confianza desde que falleció su padre. Le hice una promesa a su padre, Señora De Vil, de protegerla. Y protegerla es lo que haré. —el señor Huntley era un hombre nervioso de nacimiento, pero nunca lo había visto tan

agitado. Claramente era leal a mi padre y quería hacer todo lo que pudiera para que se cumpliera su palabra. Pero yo no iba a escuchar este tipo de conversación de mi madre, no más. *¿Trabajando sin cansar para tomar control de mi dinero? ¿Desde que mi padre falleció?* Parecía imposible.

—No lo puedo creer. ¡No dejaré que diga ese tipo de mentiras de mi madre señor!

—Le aseguro que es verdad señora De Vil. Tengo una carta aquí escrita por la mano de su madre, diciendo sus intenciones de que se casara con el señor Shortbottom… —las manos del pobre hombre estaban temblando. Yo quería sacarlo de su miseria, pero disfrutaba un poco verlo tan nervioso.

— Lo siento, quise decir señor De Vil —dijo, mirando a Jack.

—Por favor, llámame Jack —dijo Jack, sonriendo sobre su taza de té, tratando de cortar la tensión en la habitación. Oh, mi Jack. Siempre tratando de arreglar todo con una sonrisa.

—Sí, lo siento —dijo el hombre regordete. Claramente agitado— Por favor —Me tendió la carta— Leala por sí misma. Era un pedazo de papel doblado. Una cosa inofensiva. Pero se veía como algo amenazante para mí. Mortal. Y no lo quería tocar.

—Querido Jack. ¿Lo puedes leer? —pregunté.

—Sí, querida. —Dijo, tomando la carta del nervioso procurador— ¿La leo en voz alta? —no podía creer que yo estuviera tan nerviosa. Que un pequeño papel doblado pudiera provocar tanto terror.

—No, sólo leelo. Lo discutiremos después. Podía ver cómo el color en la cara de mi esposo desaparecía

mientras leía la carta, sólo por un momento, como si una tristeza profunda y penetrante lo bañara. Se compuso rápidamente, puso la carta en su bolsillo en el pecho, y tomó mi mano.

— Mi dulce querida —dijo, con la cara muy triste. Él no tenía que decirme que el señor Huntley tenía razón. No tenía que decirme lo que decía la carta. Todos tenían razón sobre mi madre. Mi padre, el señor Huntley, la señora Pricket, y posiblemente Anita. Pero no importaba. ¿Por qué mi madre no debía estar herida porque mi padre me dejara todo el dinero? ¿Por qué ella me querría casar con un hombre rico? ¿Eso la hacía una persona mala? Yo creía que no. Y no podía soportar la mirada en la cara de Jack. No quería ver nunca más lástima en sus ojos cuando me viera. Nunca más.

—No importa. Aún quiero darle el dinero —dije. Ya tomé la decisión.

— ¡Pero señora De Vil! —incluso la papada de bulldog del señor Huntley pareció sacudirse en protesta.

—Ya me ha oído, señor Huntley. Ya tomé mi decisión. No hay nada que pueda decir para que la cambie. No vamos a volver a hablar de esto otra vez.

Jack y yo nunca volvimos a hablar de esto otra vez. Y él nunca me enseñó la carta, justo como le pedí. Nunca más vi esa mirada de lástima en su cara. Ya había visto muchas veces esa mirada mientras crecía. Estaba llena de caras llenas de lástima cuando era una niña. No podía tenerla en mi nuevo hogar. Estaba empezando una nueva vida.

Pasé mis días felizmente en nuestro gran mundo, y de vez en cuando viajaba de vuelta a Londres para ver a Mamá. La vida era buena con Jack. Teníamos lujosas fiestas, invitando a todos los jóvenes prodigios. Y a menudo viajamos a América para ver los bienes de Jack. Jack y yo hicimos todas las cosas que alguna vez soñé mientras crecía. Visitamos todos los lugares exóticos que se me antojaban. Todo lo que tenía que hacer era decirle mis deseos, y Jack los convertía en planes. Él era la mejor compañía de viaje. Siempre dispuesto para la aventura. Siempre cautivando a los lugareños. No había nada que él no intentara. Desde montar a unos camellos rebeldes cuando fuimos a Egipto, a explorar las ruinas de Angkor Wat.... desde deslizarnos perezosamente en una góndola en Venecia, a vivir nuestras mejores vidas en un lujoso apartamento en Manhattan… el mundo era nuestro. Era la vida que siempre imaginé para mí. Y cuando volvimos a casa tuvimos la fiesta más grande que alguien ha visto alguna vez. Pero nada, y me refiero a nada, superaba a la fiesta de mi cumpleaños número veinticinco. Por supuesto que Jack me haría la fiesta más extravagante posible. Realmente era el evento más grande de la temporada. Creo que la única fiesta más grande fue nuestra boda (quiero decir, ¿cómo puedes superar una boda en la Abadía de Westminster?). Jack tiró la casa por la ventana. Habían esculturas de hielo mías modelando junto a muchas mujeres importantes en la historia, fuentes de chocolate, bandejas llenas de caviar y tostadas, bandas en cada rincón de la casa, y el salón de baile estaba lleno de las personas más importantes en la sociedad de Londres. Además, puso a algunos de Hollywood por si acaso, para mantener las cosas interesantes. Era una noche para ser recordada. Estaba lejos de ser una velada íntima, así que Mamá decidió no asistir. En cambio, me envió un maravilloso regalo: un abrigo de piel, el regalo que la

definía. Estaba viviendo la mejor vida que pudiera desear. Estaba casada con el amor de mi vida; mi madre estaba escondida de forma segura en el hogar de mi infancia; era rica, hermosa y feliz. Era la señora Cruella De Vil. Pero por supuesto, ¿no es siempre el caso en que mientras más alto vuelas, más alta es la caída? Y de hecho, iba a caer, más alto de lo que alguna vez había imaginado.

CAPITULO XIII

EL PEQUEÑO VESTIDO NEGRO

¿Cómo debería empezar este capítulo? ¿Debería decirte en donde estaba cuando escuché las noticias? ¿Cómo estaba vestida? ¿El cómo cambió mi vida en maneras que creí que solo serían verdad en pesadillas?

Estaba visitando a mi madre en Londres, el lunes después de mi velada de cumpleaños. Yo usaba un vestido negro liso, mis aretes de jade, y un abrigo de piel blanca con forro rojo que Mamá me había dado por mi cumpleaños número veinticinco. Mis zapatos y guantes eran rojos, y mi bolso de mano estaba elaborado de piel blanca y rematado con colas de zorro blancas con puntas negras. Como siempre, me veía magnífica.

—Simplemente impresionante—dijo Jack—cuando lo besé para despedirlo y lo dejé en su trabajo mientras yo pasaba la tarde con Mamá

—Ahora, no estés mucho tiempo en Londres, mi amor, o te extrañaré terriblemente—dijo Jack—Estaba sentado ante su escritorio haciendo papeleo.

—Tienes mucho para mantenerte ocupado mientras no estoy, querido—dije. Él se rió, tomando un sorbo de su bebida, agitando los cubos de hielo que estaban al fondo de su vaso.

—Te extrañaré, aun así—dijo él.

—Hemos pasado la tarde más gloriosa juntos, amor mío—lo besé en la mejilla—gracias otra vez por esta tarde maravillosa. Fue el mejor cumpleaños que podría haber deseado. Su sonrisa al estilo Clarke Gable centello de pronto, sonrisa que ahora había dado cuenta me recordaba a mi papá.

—Si, pero tengo que compartirte con todos nuestros invitados. Quiero pasar un tiempo a solas contigo. Oh, espera. —chasqueó sus dedos—No te he dado tu regalo—y sacó una pequeña caja del bolsillo de su pecho.

—Ya me has obsequiado el regalo perfecto, Jack. La fiesta—el solo sonrió y la pequeña caja, revelando un bello anillo de jade—¡Oh, amor mío! Combina con mis aretes—Puso el anillo en mi dedo.

—Lo sé, Cruella. Lo mandé hacer especialmente.—

El verdaderamente era el esposo más atento.—diablos—dije mirando mi reloj.—Mamá me está esperando—Lo besé rápidamente—Realmente te amo tanto, mi Crackerjack. Lo lamento, pero tengo que correr—No tenía idea de que sería la última vez que le diría que lo amaba, o que vería su hermosa sonrisa. Pero estoy adelantándome.

Fui a Londres a ver a mi mamá, para así poder darle los detalles de mi fiesta de cumpleaños, y realmente pasamos una linda tarde juntas. Nos sentamos en la sala de la mañana como lo hacíamos cuando yo estaba creciendo, y se sintió como en los viejos tiempos.

—Oh, mi querida niña, te ves magnífica. ¡Dime que te encantó tu fiesta! ¡Dime que te encanto el abrigo de piel que te conseguí! ¡Oh, Cruella, dime que me amas, y que no estás enojada por que quise celebrar contigo a solas en vez de ir a tu propia fiesta!—Yo

estaba muy complacida con la transformación de mi Mamá. Ella era una mujer completamente diferente desde que había conseguido y firmado mi fortuna. Pienso que esto te muestra que el dinero realmente te puede comprar la felicidad.

—¡Por supuesto que no estoy enojada contigo, Mamá! ¡Te amo!—dije riendo, mientras nos besábamos al aire para mantener nuestro labial lejos de las mejillas de la otra.

—¿Dónde está esa miserable chica con el té?—ella preguntó sonando la campana—¡Este lugar se ha vuelto loco desde que me robaste a Jackson!—Ella volvió a sonar la campana. Hasta entonces una escuálida criada de aspecto tímido entró en la habitación. No la había visto antes. Ella debía ser una nueva adición al personal.

—¿Sí, Señora De Vil?—preguntó, con su voz chillona como la de un pequeño ratón—se veía tal vez asustada de mi madre. O quizás estaba asustada de mí. Estaba convirtiéndome en una socialité muy conocida después de todo. Me pregunté cómo es que mi madre podría lidiar con semejante criatura espiando alrededor de su casa. Ella se veía como una de las que espiaba desde las esquinas antes de entrar en la habitación.

—¡Caramba! Mi madre ha estado llamando para el té por lo que parece una eternidad y te atreves a venir con las manos vacías. ¡Mis sirvientes no soñarían con un servicio tan descuidado!—Dije, completamente frustrada de que aún no hubiera traído el té.

—¿Traigo el té entonces, Lady De Vil? —preguntó, claramente temerosa de hacer contacto visual conmigo.

—Olvida el té, Sarah. Haz que la señora Web me traiga la botella que le pedí que sacara de la bodega. Mi hija y yo estamos de celebración.

—Sí, mi señora dijo alejándose a toda prisa.—Puse los ojos en blanco.

—De verdad, mamá. Esto es intolerable. La Araña debería ocuparse de contratar mejores criadas. Esa chica parece haber saltado de su propia piel. ¿Y realmente tenemos que hacer que traiga el champán a la sala de la mañana? Sabes lo mucho que detesto a la Araña.

—Oh, Cruella, por favor no arruines nuestro tiempo con tu incesante necesidad de llamar a la gente por apodos tontos. Uno pensaría que ya lo habrías superado. Estamos aquí para celebrar. Quiero que me cuentes todo sobre tu cumpleaños, dijo mirando el reloj.

—Mamá, ¿por qué miras el reloj? ¿Esperamos a alguien? —Me pregunté dónde diablos estaba la señora Web con nuestras bebidas de celebración. —De verdad, mamá. ¿Cuánto tiempo se tarda en coger una botella y un par de vasos? ¿Y por qué demonios no han mandado el té en primer lugar? ¡Ya ha pasado la hora del té! ¿Qué hace la Sra. Baddeley ahí abajo? ¿Cuánto tiempo se tarda en hervir agua y cortar la corteza de los pequeños sándwiches?

—La Sra. Baddeley nos dejó hace tiempo, Cruella, —dijo mamá, como si yo debiera haberlo sabido. —Decidió que quería trabajar en una casa más pequeña. Me sorprendió. No podía imaginar Belgrave Place sin ella.

—¿De verdad? No me lo habías dicho. ¿A dónde fue exactamente? Oh, no lo sé, Cruella. Alguna pareja joven sin importancia. Dijo que era un lugar acogedor, cerca de un parque. Aunque, según mi experiencia, cuando alguien llama a algo acogedor lo que realmente quiere decir es que es una casucha. Puedo

buscar la dirección exacta, si es que significa tanto para ti —dijo ella, mirando de nuevo el reloj—.

—¡Mamá! ¿Por qué vuelves a mirar el reloj? ¿A quién esperamos? ¿Y dónde están las malditas bebidas?

— ¡Cruella! ¡Lenguaje!—me regañó mi madre—. Era demasiado divertido estar de vuelta en casa. Mamá me regañaba como en los viejos tiempos: ¡yo, una mujer casada con casa propia! Pero esa era nuestra dinámica estos días. Yo disfrutaba escandalizándola, y ella disfrutaba llamándome la atención. Y creo que nunca la escandalicé realmente. Creo que ella sólo disfrutaba actuando como si lo hubiera hecho. O al menos eso es lo que siempre me decía a mí misma. Era nuestra manera de ser. En ese momento, la Araña entró en la habitación, —sin la botella, me di cuenta.—Lady De Vil, dijo. Las dos respondimos: —¿Sí? Sólo un poco despistada, la Araña continuó.

—Sir Huntley está aquí. Le hice pasar a la sala de estar.

—Por favor, hágalo pasar aquí dentro de un momento, señora Web. Y, por favor, traiga esa botella.

—Sí, Sra. Web, por qué no va a buscarla antes de pedir que, entre Sir Huntley —dije, despidiéndola.

—Ahora, Cruella, no permitiré que despidas a los sirvientes en mi propia casa. Sé que no te importa la Sra. Web, pero tengo que vivir con ella.— Me reí.

—Y lamento mucho que así sea. ¿Pero por qué has invitado a Sir Huntley? Pensé que íbamos a pasar la tarde juntos, para celebrar mi cumpleaños.

—Y así es, querida. Tu vigésimo quinto cumpleaños. El dinero de tu padre, tu herencia, es oficialmente tuyo hoy, querida.

—Pensé que estarías ansiosa por hacer oficial la transferencia a mis cuentas, como habíamos hablado. Se me había olvidado por completo. Por supuesto que tenía la intención transferir el dinero, pero no esperaba hacerlo esa tarde.

—Sí, por supuesto, —dije, sonriendo. Aunque, por supuesto, me había pillado por sorpresa, me alegraba mucho hacer esto por mi madre. Me hacía sentir orgulloso de poder atenderla de esta manera. Hacer algo por ella después de todos sus años de devoción por mí. Sir Huntley se paró en la puerta del salón y se aclaró la garganta. Buenas tardes, señoras. La Sra. Web dijo que debía entrar. Era un hombre tan tímido. Como un pequeño topo ciego que sólo salía de su madriguera para hacer firmar documentos a sus clientes. Un topo con traje de tweed.

—Sí, por favor, Sir Huntley, siéntese, —dije, haciendo que mi madre se estremeciera.—Lo había hecho de nuevo. Estaba dirigiendo a la gente en su casa. Bueno, tal vez estaba tomando posesión de la casa dirigiendo a los sirvientes de mi madre por última vez antes de entregarle la casa y mi dinero. No lo vi entonces, por supuesto, pero ahora, cuando lo recuerdo, estoy casi seguro de que eso es lo que estaba haciendo.

—No tengo tiempo para quedarme, señoras. Sólo traigo el papeleo que han solicitado.—Sir Huntley lanzó una mirada nerviosa a mi madre.—Uno pensaría que esto es una casa de los horrores por la forma en que todos andan de puntillas a nuestro alrededor.

—¿Me pregunto por qué no lo has hecho llegar entonces?—pregunté, tratando de no reírme del pobre hombre. Estaba temblando tan intensamente que pensé que se le iba a caer el maletín.

—Quería asegurarme de que seguía siendo su deseo, Lady Cruella —dijo, esta vez evitando que le temblaran las manos agarrando el maletín con tanta fuerza que pude ver cómo se le ponían blancos los nudillos.

—Han pasado varios años desde que discutimos esto por primera vez.

—¿Está usted bien, Sir Huntley?—Miré sus manos temblorosas.—¿Podría ofrecerle un té? Estoy seguro de que la criada de mi madre estará encantada de bajar de puntillas a la cocina y traerlo, aunque podría tardar una o dos horas. —Me reí de mi broma, pero mi madre se limitó a fulminarme con la mirada.

—No, gracias, mi señora. —Tenía una mirada de preocupación, y de repente me sentí mal por deleitarme con su nerviosismo. Sólo velaba por mi interés, tal y como le había pedido mi dulce papá. Así que le tranquilicé lo mejor que supe.

—En efecto, es mi mayor deseo, se lo aseguro.—Traté de tranquilizarlo con una sonrisa.

Sir Huntley, con las manos algo más firmes, abrió su maletín. Sacó los papeles, los inspeccionó por un momento y luego los colocó en una mesa redonda a la izquierda del asiento que daba a la chimenea.

—Bien, entonces, si ambas damas firman, me pondré en camino—dijo, y luego añadió rápidamente—: Eso es, si Lady Cruella está absolutamente segura.

—Estoy segura, Sir Huntley —dije, esta vez con bastante firmeza.— ¿Creía que yo era tan inconstante en mis decisiones? Podría abofetear al hombre por hacer la pregunta delante de mamá.

—¿Firmamos, mamá? —pregunté. Sir Huntley me proporcionó una pluma estilográfica, aunque al principio la maldita cosa no funcionaba. Tuve que agitarla sacudirla varias veces, hasta que finalmente roció manchas de tinta negra por todo él papel. Ahogué una carcajada, firmando mi nombre en la línea de puntos. Mamá añadió su firma debajo de la mía. Y el acto estaba hecho. Le había dado a mamá mi fortuna. Y estaba feliz de hacerlo.

—Muy bien, —dijo. Parecía derrotado. Su papada parecía colgar más abajo de lo habitual y sus ojos parecían fuertemente encapuchados mientras recogía los papeles y los volvía a guardar en su maletín. Luego hizo una pausa y me miró. —Lady Cruella, si alguna vez necesita algo, lo que sea, llámeme.—Y, como un perro herido, se marchó rápidamente, antes de que mamá pudiera llamar para que alguien le acompañara a la salida.

—Bueno, ¡eso fue teatral! —dije riendo. La señora Web entró entonces en la habitación. Con las manos vacías, como no podía ser de otra manera.

—Por Dios, mujer, ¿dónde está el champán? —La Araña se quedó callada y quieta, con cara de haber visto un fantasma. O quizás su propio reflejo. Me volví hacia mi madre.

—Esto es indignante, mamá. ¿Qué está pasando con tu personal? ¿Todo el mundo está empeñado en volverme loca hoy?

—Cruella, ¿qué te pasa? Cálmate. —Mi madre se llevó una mano a la frente, como si le estuviera dando dolor de cabeza.

—¿Y qué haces tú? ¡Deja de juguetear con tu pendiente! Son los pendientes que te regaló tu padre, piensa en el disgusto que te daría perder uno.

—Me molestan por alguna razón —dije, volviendo a girar la bola de jade, esperando que cambiara la situación.

—Pues quítatelas. Te están poniendo irritable. —Nos habíamos olvidado por completo de la señora Web. Se quedó mirándonos, con un aspecto espantoso, como si alguien le hubiera drenado toda la sangre de la cara.

—¿Qué pasa, Sra. Web? ¿Por qué todavía no ha traído nuestras bebidas? —Mi madre también empezaba a estar irritada. Tal vez se le estaba contagiando.

La señora Web se quedó mirando un momento antes de hablar.

—Lady Cruella, es su marido.

—¿Qué pasa con mi marido?—pregunté, todavía distraída por mi pendiente y preguntándome qué podía estar diciendo.—¿Está aquí?

—No sé cómo decirlo, Lady Cruella, pero lo han matado.

—Eso es imposible, —me burlé. ¡Jack nunca permitiría que lo mataran! Debe haber algún error.—Puede que la Araña fuera espantosa, pero esto me parecía una broma muy cruel para hacerme, incluso para ella.

—Lo siento mucho, mi señora, pero es cierto. Jackson y el resto de su personal están abajo. Están muy conmocionados. —No tenía ningún sentido. Todo era confuso y surrealista. —¿Por qué

están aquí? ¿Dónde está Jackson? Que suba para que pueda hablar con él— dije.

—Creo que está en shock, mi señora, —dijo, mirándome con lástima en los ojos.— No pude soportarlo. Todo el mundo me miraba siempre así, durante toda mi vida, y ya estaba harta. No podía soportar que fuera ella quien lo hiciera. Me quedé allí de pie.

—Creo que mi hija también está en shock, señora Web, —dijo mi madre.— Su voz era sorprendentemente suave. Por favor, haga subir a Jackson de inmediato para que podamos hablar con él.

La Sra. Web se quedó de pie un momento más, insegura, inmóvil.

—Que suba de inmediato.—grité. —Que suba ahora mismo. ¿Entiendes? Vamos.

La mujer salió corriendo de la habitación y yo me quedé con mi madre. Sola. ¿Estaba sola ahora? ¿Realmente mi Crackerjack se había ido? No podía entenderlo. No lo creía. No había manera de que mi Jack estuviera muerto. No Crackerjack. Era demasiado fuerte para morir. Demasiado terco para permitir que lo mataran. Ser asesinado. No tenía sentido. Tenía que haber algún tipo de error.

La señorita Pricket entró en la sala de la mañana en lugar de Jackson. Tenía un aspecto espantoso. Su cara, las manos y la ropa estaban manchadas con algún tipo de hollín, y su pelo estaba revuelto. Me sentí tan aliviada al verla que casi me eché a llorar.

—¡Señorita Pricket! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Jackson?— le dije.

—Oh, mi señora, lo siento mucho—fue todo lo que pudo decir antes de empezar a llorar tan fuerte que temblaba con cada respiración.

—¿Qué ha pasado? Por favor, dígame qué ha pasado. Parece que nadie puede decirme qué le ha pasado a mi marido.

La señorita Pricket miró a mamá con nerviosismo. Le temblaban las manos.

—Toma un poco de brandy, muchacha, y siéntate y cuéntale a mi hija lo que ha pasado. Esto es una locura. ¿Dónde está Jackson?—Mi madre estaba levantando la voz, claramente tan frustrada como yo.

La señorita Pricket se sirvió una copita de brandy y se la bebió de golpe, luego se recompuso.

—El señor Jackson está abajo con los demás. La señora Web llamó al médico cuando llegamos. El médico está viendo al señor Jackson ahora, por eso he subido.—Y empezó a llorar de nuevo.

Sollozando incontroladamente, contó la historia entre grandes jadeos.

—Oh, Lady Cruella, lo siento mucho. Hicimos todo lo que pudimos, pero el fuego era demasiado grande. Jackson intentó salvarlo. Quería hacerlo. Pero el fuego estaba fuera de control, ni siquiera pudimos llegar al estudio. Nuestro camino estaba bloqueado, y se estaba extendiendo por toda la casa. Sólo los que estaban abajo lograron salir de la casa, Lady Cruella. Cuando finalmente llegaron los bomberos, no quedaba nada de la casa.

No podía creerlo.

—Jack debe haber logrado salir. ¿Estás segura de que Jack estaba en su estudio? ¿Tal vez salió?—pregunté, desesperada.

—No, mi señora. Estuvo en su estudio toda la tarde. Jackson habría sabido si salió, dijo ella, temblando de lágrimas.

—¿Los bomberos encontraron su cuerpo?—pregunté, convencido de que se había escabullido sin que nadie se diera cuenta.

—No lo han hecho, señora. Pero siguen investigando, tratando de encontrar el origen del incendio.

—Entonces hay una posibilidad de que no lo haya matado—dije .—Jack no puede estar muerto. No puede. No lo creeré hasta que lo vea por mí misma. Que alguien traiga un coche.

—Pero mi señora, no hay nada que ver más que cenizas y ruinas. No queda nada

La señorita Pricket tenía razón. No quedaba nada. La casa, todas nuestras pertenencias. Todo había desaparecido. Jack se había ido.

Nunca perdoné a Jackson y a los demás por haber sobrevivido al incendio. No entendí por qué alguien no pudo salvarlo. Ninguno de los sirvientes pudo decirme lo que pasó. No de forma coherente, al menos.

Los únicos que salieron ilesos de la casa fueron los empleados de abajo. Todo los que estaban en la parte principal de la casa murieron. El jefe de bomberos dijo que probablemente hubo algún tipo de percance con la chimenea en el estudio. Dijo que había una enorme cantidad de basura, papeles y archivos metidos en la chimenea, y que encontró el cuerpo de Jack sentado cerca de la

chimenea en lo que quedaba de su silla. Pensó que Jack se había quedado dormido sentado allí y que por eso no se había dado cuenta de que la habitación se había incendiado. Que el humo le había hecho perder el conocimiento y por eso por qué no se había despertado.

—¿Entonces no sintió dolor, no sufrió con las llamas?—le pregunté.

—No, mi señora. No lo creo. No hay señales de que intentara salir de la habitación. En casos como este veríamos evidencia de que la persona trató de romper una ventana, o llegar a una puerta. Su marido seguía sentado en su silla. —Entonces me preguntó lo impensable.—¿Estaba su marido molesto por algo, señora? ¿Había compartido alguna preocupación que pudiera tener?

No lo entendí.

—Lo siento mi señora, pero tengo que preguntar. Los papeles, los restos en la chimenea. Había mucho de eso. Parecía como si estuviera tratando de quemar esas cosas a propósito.

—No sea ridícula. Mi marido era la persona más feliz que conozco. No haría una tontería. ¡Y no estaba tratando de ocultar algún tipo de negocio turbio! ¡No estoy totalmente convencida de que ese sea su cuerpo el que encontraron!—Él no me haría eso. No me dejaría. No lo haría.

—No teníamos medios para identificar el cuerpo de Jack, o cualquiera de los cuerpos de los sirvientes que fueron encontrados en la casa principal. Por lo que sé, fue uno de los lacayos que murió en el estudio de Jack, tomando bebida y una siesta junto al fuego. No quedaba nada de la ropa del cuerpo. Nada de él. Quedé más convencida de que Jack no estaba en casa cuando se produjo el

incendio, así que esperé. Esperé en las cenizas a que mi amor volviera a casa. Me negué a irme, segura de que mi Jack volvería a casa conmigo.

Mamá finalmente envió un coche para mí y me trajo de vuelta a Belgrave Place. Me hizo ocupar mi antigua habitación y le indicó a Jackson y a los demás supervivientes del incendio que se quedaran abajo, fuera de la vista.

Me encerré en mi habitación durante semanas, negándome a comer, negándome a creer que mi Jack se había ido.

Todavía siento en mi corazón que está vivo.

Me quedé encerrada en mi antigua habitación en casa de mi madre durante unas tres semanas antes de que intentara salir. Pero eso es otro capítulo. Otra parte de la historia. No quiero escribir sobre eso ahora. Me rompe demasiado el corazón. Prefiero seguir escribiendo sobre mi Jack. ¿Pero qué más hay que decir? O está muerto o se hace el muerto. En un momento pensé que tal vez se había ido a algún viaje de negocios sin decírmelo. ¿Tal vez algún tipo de emergencia? No lo sabía. Me aferraba a cualquier explicación que se me ocurriera. Pero ya ha pasado bastante tiempo desde el incendio. Todo el mundo me dice que debería aceptar que la persona de la cripta de Jack es realmente Jack. Mi querido Jack. Mi Crackerjack.

Me dicen que debería despedirme, pero no me atrevo a hacerlo. Todavía no.

CAPITULO XIV

CRUELLA DE VIL

Había pasado casi un mes desde el incendio. Aún me estaba quedando con mi mamá en Belgrave Square, encerrada en mi vieja habitación, negándome a ver a nadie. Eso fue hasta que mi mamá vino precipitándose en mi habitación con un batallón de sirvientes. Ella las dirigía como un gran general, señalándoles en varias direcciones y ladrando órdenes.

—¡Rosa! ¡Abre esas cortinas! Está deprimente aquí. Y abre una ventana. ¡Lady Cruella no ha tomado aire fresco o luz de sol en semanas!

—¡No abras esas cortinas!—dije desde debajo de las cobijas, asustando a la sirvienta de mi madre—No tenía ganas de levantarme. No me importaba cuantas sirvientas trajera mi madre a mi habitación. Me quedaría en donde estaba. Jalé el edredon por encima de mi cabeza y traté de esconderme del caos que ahogó mi soledad.

Desde debajo de mi edredon podía ver que mi cuarto estaba lleno con la brillante luz de la tarde, y podía distinguir las sombras de los muchos sirvientes escabulléndose alrededor de la habitación haciendo lo que mi mamá les mandaba.

—¡Violet, prepárale un baño a Cruella!—ladró mi madre, sorprendiéndome—. Me había negado a recibir a visitantes durante semanas, y no estaba acostumbrada a todo ese ruido y conmoción. Era molesto ser asediada por lo mucho que estaba ocurriendo a la

vez, y todo lo que quería hacer era volver a dormir. Estaba exhausta y tenía el corazón destrozado. No entendía por qué mi mamá quería forzarme a que me levantara.

—¡No voy a tomar un baño!—dije desde debajo de las cobijas—.

—¡Cruella, deja de comportarte como una niña y sal de debajo de esas cobijas de una buena vez! ¡Vas a salir de esa cama, tomarás un baño, y te vestirás!—dijo mi madre. —Yo podía ver su sombra de pie sobre mi desde debajo del edredon.

—¡Sarah! ¿Dónde está la bandeja que pedí que prepararan para Lady Cruella?

—En el pasillo, señora—dijo la sirvienta, apresurándose a traerla.

—¡No tengo hambre!—grite yo después de ella, pero había vuelto con la bandeja antes de que yo pudiera terminar de protestar. Podía ver su sombra, en pie sobre mí, sosteniendo la bandeja y esperando a que yo me sentara.

—Cruella, siéntate, y al menos come un poco. —esta vez la voz de mi madre se había alzado. Se estaba enojando. Y eso era lo último que yo quería, así que salí de entre las cobijas a regañadientes, entrecerrando mis ojos porque la habitación estaba inundada de luz.

La habitación quedó en silencio. Todos me miraban.

—¡Por Dios! ¡Todos salgan de la habitación ahora mismo! ¡Violet, llama al doctor! ¡Ahora!—mi mamá lucía positivamente atónita. Todas las criadas se dispersaron como ratones asustados.

—¿Qué pasa mamá? ¿Qué ocurre?—pregunté—su rostro era una mezcla de preocupación y horror.

—Nada, querida, nada—dijo, mientras acariciaba mi mano y trataba de fingir que todo estaba bien.

—¡Mamá! ¿Qué sucede?—dije, levantándome de la cama. Ella estaba empezando a asustarme— ¡Dime que sucede, por favor!

—Es tu cabello, Cruella. ¡Se ha vuelto blanco!

Mi mamá siempre había sido bastante dramática y propensa a la exageración. El hecho era, que solo la mitad de mi cabello se había vuelto blanco. La otra mitad aún era intensamente negra, como siempre lo había sido. Pero dejé a Mamá que envíe a la servidumbre al pánico por algo tan trivial como mi color de cabello.

Después esa tarde vino el doctor. Mi madre estaba tan preocupada, melosa e inquieta que él intentó sacarla de la habitación.

—No tengo intención de dejar la habitación, Dr. Humphrey ¡Solo observe su estado! Mire su cabello. ¿Qué demonios causo eso?

—Lady De Vil ha experimentado una tremenda y súbita perdida. Ella está sufriendo a causa del trauma y el duelo—dijo él.

—¿Pero su cabello volverá a la normalidad?—pregunto mi madre—. El doctor, sin embargo, no parecía preocupado por mi cabello.

—Lo que me preocupa es lo delgada que se ha vuelto su hija—dijo él, estudiándome—Yo pienso que, con un poco de descanso, mas luz de sol y una dieta delicada volverá a florecer.

Después de que el doctor se marchara, Mamá me convenció de tomar la cena en el comedor esa tarde. Le dio instrucciones a la sirvienta para que dispusiera un lindo vestido para que usara en la cena, mientras yo estaba tomando un baño, pero no pude hacerme usar otra cosa que mi vestido negro. El que estaba usando cuando supe que mi Jack había muerto. Lo encontré limpio y colgado en el armario junto a cierta cantidad de vestidos y camisones que mamá había comprado para mí y había enviado a mi habitación.

Aún se veía bien en mí. Ajustado, negro e impresionante. Quedó perfectamente con mis pendientes de jade y el anillo de jade nuevo que Jack me había dado por mi cumpleaños.

Mientras estaba en pie en mi vieja habitación mirándome al espejo, yo parecía una persona nueva: más delgada, mayor, de algún modo más sabia y más elegante. Había cambiado. Y estaba viviendo en un mundo enteramente diferente. Uno sin mi Jack. Parecía adecuado que yo también era diferente. Decidí que me gustaba mi nueva belleza. Me gustaba su severidad. Incluso me gustaba mi cabello. Solo había una cosa que me hacía falta: mi abrigo de pieles. Me lo puse. Era yo misma nuevamente. Bajé las escaleras. Estaba lista.

CAPITULO XV

ADIOS BELGRAVIA

Esa sería mi la última noche con mamá, aunque no lo sabía en ese momento. La mesa estaba hermosamente dispuesta, y la cocinera de mi madre se había superado a sí misma, preparando todos mis platillos favoritos en un esfuerzo por tentarme. Me senté frente a mi madre, picoteando mi comida. Me miró con nerviosismo, como había estado haciendo desde mi transformación.

—Cruella, he ordenado todos tus favoritos. ¿No comerás nada? —preguntó.

—Agradécele a la Sra. Baddeley por mí, por favor —dije—. Y ofrécele mis disculpas por no tener apetito —. Mi madre me miró como si estuviera perdiendo la cabeza.

—La Sra. Baddeley dejó nuestra casa, Cruella. Te lo dije, ¿recuerdas? —la verdad era que lo había olvidado.

— ¿Cómo esperas que recuerde estos insignificantes y mundanos cambios de la casa, madre? —pregunté despectivamente, pero la verdad era que me preguntaba cómo pude haberlo olvidado.

—Tienes razón, querida —dijo, todavía mirándome con preocupación. Asumí que aún se estaba acostumbrando a mi cabello. Entonces — Cruella, ¿por qué llevas ese abrigo de piel que te di para tu cumpleaños en la mesa?

—Tú no me diste este abrigo, mamá. Jack lo hizo. Fue un regalo de cumpleaños —dije sonriéndole. Se veía tan confundida.

—No, *yo* te di ese abrigo para tu cumpleaños. —Me miró con los ojos entrecerrados. Se me ocurre ahora que debía haber estado sufriendo algún tipo de pérdida de memoria por el shock de perder a Jack. No es de extrañar que mi pobre madre estuviera tan preocupada. Pero después recordé.

—Sí lo hiciste, mamá. Lo recuerdo ahora. Tú me diste el abrigo, Jack me dio el anillo, y papá me dio mis aretes.

—Sí, querida —dijo, luciendo no menos preocupada.

—No sé qué haría sin ti, mamá. No puedo imaginar estar sola por mi cuenta ahora mismo. Soy tan afortunada de tener una madre tan dulce, tan dispuesta a cuidar de mí.

Y estaba tan feliz de estar en el hogar de mi infancia, de estar rodeada por las cosas que me reconfortaban.

—Realmente debes comer, Cruella. Te has puesto tan delgada —dijo, claramente todavía preocupada,

—No tengo deseos de comer, mamá. Por favor, no te preocupes. Creo que debo estar sufriendo de una pérdida de memoria —dije, tratando de hacerla sentir mejor.

—El doctor dijo que podía pasar. Tal vez sería mejor que la Sra. Web llame al doctor y se lo diga.

—No te preocupes, mamá —dije—. Te aseguro que estoy bastante bien.

— ¿Violet no te dio ese nuevo vestido que te compré, Cruella? El que tienes puesto de queda colgando.

—¿Violet? Ah sí, la sirvienta. Sí, sí lo hizo, mamá. Pero quería ponerme este —dije, dándole una mirada astuta.

—Bueno, es mórbido llevar el mismo vestido… —Pero se detuvo. Claramente estaba enojada conmigo, pero moderaba su enfado porque estaba preocupada por mi salud.

—Lo siento, mamá. —Aparté mi plato, decidiendo que me había cansado de pretender que iba a cenar—. Realmente no quiero cenar, mamá.

—Sé que estás angustiada, querida. Vamos al salón. Tengo algo importante que quiero discutir contigo.

Rodé los ojos.

—¿Por qué no solo nos quedamos aquí? ¿Y qué es lo que necesitamos discutir? —pregunté.

—Bueno, para empezar, realmente necesitamos hacer algo con tu personal. No puedo tenerlos aquí junto con el mío. ¿No cambiarás de opinión sobre mantenerlos contigo? Por supuesto, necesitarás un personal en el que puedas confiar una vez te instales en tu nuevo hogar.

—¿Mi nuevo hogar? —pregunté, parpadeando. No tenía idea de lo que estaba hablando. ¿Cuál nuevo hogar? Tenía la intención de quedarme justo donde estaba. En el lugar donde me sentía más segura. En la casa que mi padre me dejó.

—Por supuesto, querida, querrás empezar tu nueva vida en una nueva casa propia. ¿O tal vez querrás viajar? Lo que tú decidas, querida.

—Bueno, mamá, estaba pensando en preguntar si podía quedarme aquí. Podemos hacer algún arreglo para Jackson y la Señorita Pricket.

Mi madre se veía muy incómoda.

—Bueno, el caso es, Cruella, que voy a cerrar la casa.

—¿A qué te refieres? ¿Cerrar la casa? —No entendía. Apenas le había dado la casa y ahora ¿la estaba cerrando?

—Me refiero exactamente a eso —Nos sirvió un poco de té, decidiendo que no podía esperar a que la Sra. Web entrara en el salón.

—Pero pensé que me quedaría aquí. Al menos un poco más —dije—. Si quieres viajar, yo puedo quedarme y cuidar la casa. Prometo que no seré mala con la Sra. Web.

—Eso no será posible, Cruella. He acordado tener todo embalado y vendido en una subasta. Tengo dos semanas antes de desocupar la casa para los nuevos dueños, después de los cual, no planeo regresar a Londres por un buen tiempo. Voy a dejar ir a todo el personal excepto a la Sra. Web. Ella vendrá conmigo como mi compañera…

— ¿Dos semanas? Entonces, no vas a cerrar la casa, mamá. La has vendido. Justo delante de mis narices.

—Es mi casa, Cruella. Puedo hacer lo que me plazca —Estaba furiosa. Acababa de perder mi propia casa y a mi esposo. Todo lo que quería era quedarme en un lugar donde me sintiera segura. No podía creer que ella había vendido la casa tan rápido y sin decírmelo. Sir Huntley me había advertido que esto podría suceder.

—En el momento que lo firmé todo para ti, lo vendiste. No puedo creer que fui tan tonta —Me levanté, incapaz de seguir sentada. Estaba tan enojada con ella. Pero ahora no había nada que pudiera hacer al respecto. No había sentido en pelear por eso con mi madre en ese punto. De todos modos, cambió de tema y me salvó de tener que continuar la conversación.

—Hablando de Sir Huntley, me he tomado la libertad de invitarlo después de la cena esta noche. Extendí la invitación también para la cena, pero la rechazó diciendo que vendría después de la hora de la cena. Estaba ansioso por hablar contigo acerca del testamento de Jack —Parecía que mi madre estaba llena de sorpresas esta noche.

—No estoy lista para hablar del testamento de Jack, mamá. Realmente desearía que hubieras preguntado si estaba dispuesta a ver a mi abogado —dije, cerrando el cristal de golpe.

—Sir Huntley es más que nuestro abogado, Cruella. Él ha estado con nuestra familia por mucho tiempo. Él es casi de la familia.

De repente me eché a reír. Estaba incrédula. ¿Quién era esta mujer? Seguramente no mi mamá.

—¡Sir Huntley! ¿Un miembro de la familia? Vamos, ¡tú odias al hombre! —dije— ¿Qué es exactamente lo que estás planeando, mamá? Podré haber sufrido de una pérdida de memoria, pero recuerdo tu absoluto desprecio por Sir Huntley.

—Muy bien, Cruella. Apenas sé qué decirte en tu estado. Estás actuando de manera tan extraña. Solo estoy tratando de hacer las cosas más fáciles para nosotras...—Pero antes de que pudiera decir algo más. Jackson entró en la habitación.

—¿Están listas las damas para pasar al salón? Sir Huntley llegará pronto —dijo, dándome una mirada triste.

Una parte de mi quería levantarse y abrazar al hombre. Me sentía como una niñita perdida, sentada en el comedor de mi madre. Y me sentía tan sola. Papá y Anita se habían ido, y ahora Jack. Y mamá me iba a abandonar. ¿Quién más me quedaba aparte de Jackson y la señorita Pricket? Pero no podía perdonarlo por no salvar a Jack. Y no podía soportar la lástima

—¿Están las damas listas para pasar al salón? —me burlé—. Viendo que todas aquí somos damas, a excepción de ti, Jackson, diría que las damas están, en efecto, listas para pasar al salón.

—Cruella, ¿qué te pasa? —mi madre parecía horrorizada.

— ¿Por qué supones que solo somos nosotras cenando esta noche? ¿Por qué supones que mi esposo no está aquí con nosotras? —Sabía que le estaba rompiendo el corazón a Jack, pero no me importaba.

—Cruella, para de una vez. Jackson, los siento mucho —Mi madre estaba mortificada. Y una parte de mí estaba horrorizada de mi propio comportamiento, pero no podía frenarme.

Tenía el corazón hecho pedazos, pero también estaba molesta. Mi arete me incomodaba de nuevo, y mientras más me irritaba, más quería gritar. Así que me desquité con el pobre Jackson.

Era como si una ira sobrecogedora hubiera explotado dentro de mí, y la estaba dirigiendo a este pobre hombre, un hombre que me había tratado como a su propia hija cuando estaba creciendo. Pero no podía parar. No podía perdonarlo. No podía parar de odiarlo. Incluso si ahora lo necesitaba más que nunca.

—¡Te dije que lo mantuvieras fuera de mi vista, mamá! —dije, lanzando el vaso al otro lado de la habitación. Y el pobre Jackson se fue sin decir una palabra. Y la habitación se quedó en silencio de repente, solo por un momento. Todo lo que me quedaba era mi ira —¡Cómo te atreves a hacerlo venir hasta aquí así! ¡Te dije que no deseaba verlo!

—¿Cómo me atrevo?, ¿Cómo te atreves tú a hablarle a Jackson de esa manera? ¡Cruella, contrólate! ¿Qué te ha pasado? Has herido los sentimientos de Jackson. Él te ha adorado desde que eras una pequeña niña, ¡y estoy segura de que se siente terrible por lo que le pasó a tu Jack! ¡No es su culpa que él haya sobrevivido al incendio y Jack no! —dijo.

Y tenía razón. Pero no podía verlo en ese momento. Mi odio era demasiado fuerte. Todo se derrumbaba a mí alrededor. Estaba cayendo en un hoyo profundo sin ningún lugar al que aferrarme. —¡Herir los sentimientos de Jackson, sí claro! ¿Desde cuándo has dado un ápice en cuanto a los sentimientos del personal se refiere, madre? —espeté, jugueteando con mi arete, retorciéndolo y tratando de hacer que dejara de pellizcar.

—Cruella, por favor cálmate, y para de jugar con tu maldito arete. Sir Huntley estará aquí pronto si no es que está ya en el salón, así que por favor baja tu voz y compórtate.

—Eso es irónico, madre. Tú, diciéndome que me comporte por Sir Huntley —reí tan fuerte que casi me ahogo—. Estoy segura que tienes mucho qué hacer para tu mudanza. Puedo hablar con Sir Huntley por mí misma.

Salí del comedor, sintiéndome incómoda sobre mis pies. Todo estaba cambiando. Mi Jack se había ido, y pronto el hogar de mi

niñez también se iría. ¿A dónde iría? Bueno, al menos tenía suficiente dinero para hacer lo que quisiera. Vivir donde quisiera.

Difícilmente podía imaginarme viviendo en una de las casas de Jack sin él. Lo que realmente quería era quedarme en mi vieja casa, pero esa no era una opción. Pensé en comprársela a los nuevos dueños. Sin importar el costo, valdría la pena. Quería regresar a mi plan de vida original. Quería vivir sola en la casa de mi padre. Y tal vez mantener a Jackson y a la señorita Pricket. Ellos eran, después de todo, las únicas personas que me quedaban. Podía aprender a perdonarlos, con el tiempo. Y tal vez, solo tal vez, vería si Anita estaría dispuesta a una aventura. Seguramente una vida conmigo sería mejor que conformarse con una vida al lado de ese tonto músico. Después recordé. Sir Huntley me estaba esperando.

CAPITULO XVI

ADIOS, MAMA

Después de que Sir Huntley se fuera, mamá vino a la habitación para vigilarme. Estaba sentada en el sofá de cuero de dos plazas. Estaba entumecida. No tenía nada. Nada más que la escritura de una casa que ni siquiera quería. Pero llegaré a eso.

—Querida. ¿Estás bien? Sir Huntley se veía terrible mientras salía. ¿Tenía malas noticias?

No me atrevía a decirle que me había quedado con casi nada. No podía decepcionarla así.

—No mamá. Solo estoy triste —dije—. Y lo siento por como actué. Por cómo te hablé antes. No sé qué lo que me pasó. No he estado siendo yo misma —Retorcí en anillo de jade que Jack me había dado. Ella se sentó a mi lado en el sofá de dos plazas, envolviéndome en sus brazos.

—Bueno, no es de extrañar, mi querida. Me sentí de la misma forma después de que tu padre murió. Fue por eso que me fui, mi querida Cruella. Estaba tan enojada. Me sentía tan abandonada, tan sola.

Ella no habría estado sola si se hubiera quedado en casa conmigo, pensé, pero no lo dije. Había perdido todo lo que amaba. No quería perder a mi madre también, incluso si estaba confundida y enojada por sus decisiones.

—Temía sacar mi ira contigo después de que tu padre murió, mi Cruella —dijo—, Pero pensé en ti cada día que estaba fuera.

Le sonreí.

—Y tú me enviaste regalos. Sabía que estabas pensando en mí. Sabía que me amabas, mamá —Mi corazón se ablandó con ella. Sentía que la entendía mejor ahora que yo estaba sufriendo de la misma manera que ella lo había hecho.

—Pero estamos en el mismo barco ahora, ¿no es así, querida? Ambas abandonadas, sin ataduras. Ambas capaces de distinguirnos en todo sentido. Cruella, usa esa gran fortuna tuya y búscate la mejor vida posible para ti misma. De todos modos, nunca tuviste intención de casarte. Viaja por el mundo. Constrúyete a ti misma una vida hermosa.

Rompí a llorar. No tenía medios para hacer nada de eso. Y odiaba tener que decírselo a mamá.

—No tengo nada, mamá. Nada excepto lo que ves aquí. Todo se ha ido —dije, llorando en brazos de mi madre.

—Oh, querida, sé que amabas mucho a Jack y es normal sentirse así, especialmente al inicio, pero no suele seguir así siempre. Todavía tienes su fortuna. Justo como yo tenía la de tu padre —Me soltó de su abrazo y tomó mis manos—. Te prometo, Cruella, todo estará bien.

—Pero no lo estará, mamá. Jack no me dejó nada. No había nada que dejarme. Sus negocios están en bancarrota, y lo que quedaba había sido incautado por sus inescrupulosos socios. Él había estado luchando todo el tiempo que estuvimos casados, y yo no sabía nada de ello, no me queda nada.

—¡Esto es inaudito! ¿Cómo pudo Jack dejar que algo como eso pasara? —preguntó.

—Sir Huntley piensa que él había estado teniendo problemas por un buen tiempo, perdiendo dinero continuamente contra sus socios. Por supuesto, no mencionó ni una palabra de ello. Conoces a Jack, siempre llevando una feliz fachada. Siempre queriendo hacerme feliz.

Mamá estaba en shock. —Pero ¿qué hay del dinero de su familia? ¿Seguramente no incautaron eso? —dijo.

—Yo… yo firmé algo —tartamudeé—. Antes de la boda. Un acuerdo prenupcial. No lo pensé en su momento. Creía que Jack y yo estaríamos juntos por siempre. Pero ahora él se ha ido y el dinero de su familia está protegido incluso de mí.

—¡Esto es escandaloso, Cruella! ¿A dónde irás? ¿Qué harás para mantenerte? ¿No entiendo cómo esto pudo haber pasado? —Estaba histérica y eso no estaba ayudando.

—Creo que es mi culpa, mamá. Tal vez si no me hubiese escondido después de la muerte de Jack podría haber peleado por ello, pero Sir Huntley dijo que no había nada que podría haber hecho.

—Bueno, Cruella, entonces está en lo correcto. Si dice que no había nada que pudieras haber hecho, entonces no tiene sentido pensar lo contrario. Solo me gustaría saber ¿cómo se espera que vivas? ¡No puedo creer que Jack te dejara sin un centavo! —Se levantó abruptamente del sillón de dos plazas y se alejó hacia la chimenea.

—Bueno, parece que papá me dejó la Mansión de De Vil en caso de que algo como esto pasara. Algo así como un seguro en caso de un evento o desastre.

—Bueno, entonces, ya te han previsto. Brillante. No me tengo que preocupar por ti —Miró amorosamente a la foto de mi papá sobre el mantel.

—Mamá, los ingresos de los arrendatarios y los granjeros son apenas suficientes para mantener la casa y las tierras, y mucho menos para vivir. O podrías reconsiderarlo y dejarme vivir aquí. ¿Es demasiado tarde para decir que quieres conservar la casa?

—Escucha, querida, creo que el aire del campo te hará bien. Algún tiempo alejada de la ciudad. Tienes que recuperarte, Cruella. Crear una nueva vida. Justo como hice yo cuando tu padre murió.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo haré eso?

—Cruella, eres una fuerte, ingeniosa y joven mujer. Eres como yo. Tu padre siempre lo dijo, de todos modos. Mírame. Perdí a mi marido y mi fortuna, ¡y ahora lo tengo de vuelta! ¡Tú puedes hacer lo mismo! Distínguete, mi niña. ¿Y qué mejor manera que hacerlo con una pizarra completamente en blanco? Y en una nueva casa, la Mansión de De Vil. Oh, eso será hermoso para ti, mi Cruella.

Tenía un vago recuerdo de la Mansión de De Vil de cuando era pequeña. No pasamos mucho tiempo allí porque era demasiado rústico para mamá. Rodeado por una pequeña aldea, con granjeros. Nada más que colinas que se extendían tan lejos como los ojos podían ver. Estaba a horas y horas lejos de Londres. Muy lejos de mis amigos y de la vida que había construido para mí y para Jack.

Me sentía como si me hubiesen exiliado. Oculta porque mi dolor me había envejecido y marchitado. ¿Qué mejor lugar para enviarme que al viejo estado de De Vil en el campo? Un lugar que después sería conocido como El salón del infierno.

CAPITULO XVII

EL SALON DEL INFIERNO

Aunque la mansión De Vil era más grandiosa de lo que recordaba, era un lugar solitario, de otros tiempos; con sus sofás de terciopelo, muebles de madera ornamentados y óleos enmarcados en oro; pinturas de los parientes muertos de mi padre mirándome. Era un lugar muerto, un lugar para morir.

Y eso es lo que pretendía hacer. Pasé mis días y mis noches extrañando a mi Jack, extrañando a mis padres, y sobre todo extrañando mi vida anterior.

Languidecí allí, demasiado desconsolada para comer o para hacer cualquier otra cosa que no fuera llorar. Lloré y grité durante las noches con tanta frecuencia que el salón De Vil fue llamado el salón del infierno en el pueblo vecino. Decidí que me gustaba.

No pude encontrar la salida de la oscuridad o ver una luz al final de mi desdichada miseria. Lloré hasta que estuve demasiado exhausta para llorar. Me quedaría dormida y soñaría con los días que tuve. He sido realmente feliz, caminando por el bosque en los terrenos de la señorita Upturn con Anita, solo para despertarme en este lugar oscuro con el papel tapiz que se está despegando y los suelos que crujen. Estaba tan enojada con mi madre por abandonarme. Me enojé con Jack por no mantenerme después de su muerte. Estaba molesta conmigo misma por no escuchar las advertencias de mi padre sobre mi madre, y enojada con él por no

hacer lo suficiente para protegerme de ella. Estaba sola. Y todo fue culpa mía. Yo había empujado Anita lejos. Nunca había creído en sus advertencias, pero ella había tenido razón todo el tiempo. Todos lo habían hecho.

Le di a mamá todo lo que debería haber sido mío, y ella me dio la espalda y se fue, ya solo podía oír los vientos aulladores y los perros ladradores del campo.

Seguí repitiendo mi última conversación con mi madre. Preguntándome por qué no la encaré cuando ella no se ofreció a ayudarme. Siempre había tenido miedo de hacerla enojar. Miedo de que si hablaba de más ella me abandonaría. Al final, nada de eso importó. Era exactamente lo que había hecho.

No puedo decir cuánto tiempo pasó ni cuánto tiempo pasé lamentándome de mi antigua vida. Cuantas noches solitarias, lloré en la oscuridad sin que nadie me escuchara o me consolara. No era yo misma.

Dejé a un lado las cosas que me recordaban a los que me abandonaron. Dejé de usar mis pieles y mis aretes de jade, incluso dejé de usar el anillo de jade que Jack me había dado. Verlos solo me trajo más ira y llanto. Empecé a ver cómo mi vida se había arruinado, como fue que termine así. Pensé que lo vería todo con tanta claridad, como lo vi aquella Navidad cuando Anita y yo todavía éramos cercanas. Todos en la cocina esa noche habían sido mi verdadera familia, y yo no había hecho nada más que alejarlos. Extrañaba a Anita y a Perdita. Si tan solo hubiese podido permitirme mantenerlos, los habría traído conmigo.

En mi desesperación y soledad decidí llamar a Anita. Llevaba varios días en la cama, agotada, débil y sola. Pero levanté el teléfono

y llamé a una de las pocas personas que sentí que alguna vez me había amado de verdad. Ella se sorprendió al saber de mí. Habíamos estado escribiéndonos de vez en cuando, por supuesto, pero no había hablado con ella hasta esa noche.

—Hola, Anita querida. Soy yo, Cruella.

— ¿Cruella? Hola. ¿Cómo estás?

— No estoy bien, Anita. Me preguntaba si aceptarías reunirte conmigo. Hay tantas cosas que me gustaría decirte. Lo siento tanto, pero preferiría hablarlo contigo en persona. Y me encantaría ver a Perdita.

— Oh, Cruella. No estoy segura de si es una buena idea. Las cosas salieron tan mal entre nosotras. Sólo, no estoy segura.

—Anita, por favor. Ella es mía, después de todo. Fue un regalo de mi padre. ¿Me negarías el poder verla? Visítame y dame la oportunidad de decirte cuánto lo siento por... bueno, por todo.

Hubo una pausa en el otro extremo de la línea, y un pequeño suspiro.

—Por supuesto que no, Cruella. Nos vemos en el “Park Café”. ¿Sabes dónde está?

— Si claro. ¿Y traerás a Perdita?

— Sí, Cruella. Ella estará conmigo.

— Gracias, Anita. No tienes idea de cuánto significa esto para mí.

— De nada. Y Cruella… — Hizo una pausa. — Estoy feliz de que hayas llamado. Te he echado de menos.

—Oh, Anita. Yo te he extrañado también.

Y luego colgué antes de que pudiera oírme intentando ahogar mis lágrimas. No esperaba que dijera que me extrañaba.

Estaba tan ansiosa por verla que me quedé despierta casi toda la noche paseando por esos solitarios pasillos. No pude dormir ni comer. No podía hacer nada más que lamentar las decisiones que había tomado. Anita estaba en todo su derecho. Mi padre tenía razón y me estaba ahogando en mis malas decisiones. Pero todo estaría bien cuando viera a Anita. Todo volvería a ser como antes. Recuperaría mi vida. Recuperaría a mi amiga.

CAPITULO XVIII

PERDITA

Estaba tan nerviosa esa mañana mientras me preparaba para reencontrarme con Anita. Me había puesto nerviosa tratando de encontrar el atuendo adecuado. Quería que todo fuera perfecto, me probé todo en mi armario, primero poniéndomelo y luego tirándolo a la cama o al piso, hasta que finalmente llegué a mi vestido negro.

Era el único vestido que se sentía bien. El único que parecía correcto. Tenía tantas ganas de dejar atrás mis viejos adornos, de dejar atrás a la vieja Cruella, pero no me atreví a salir de casa sin ellos. Al último momento decidí usar el anillo que Jack me había hecho y los aretes que me dio mi dulce padre.

Usar mis piezas más preciadas me hizo sentir como si volviera a ser yo misma.

Algo dentro de mí cambió, especialmente cuando me puse los aretes. Sentí una sensación de hormigueo, como un sentimiento que se intensificó mientras regresaba a Londres.

Lo único que dejé fue mi abrigo de piel. No podía soportar ver esa cosa. Me recordó a mi mamá, y me preocupaba que también se la recordara a Anita.

Después de un largo viaje finalmente llegué a Londres y encontré el pequeño café, exactamente donde Anita dijo que estaba. No es que dudara de ella.

Me sentía mucho mejor de regreso en Londres, por fin podía respirar, y me sentí más confiada. Estaba llena de una vitalidad que no había sentido en mucho tiempo, y estaba feliz de haber hecho el viaje. Había algo en llevar ese vestido y mis joyas de nuevo que me dio el coraje o tal vez era que estaba de regreso en Londres, o la perspectiva de ver Anita de nuevo, o besar la suave nariz negra de Perdita. No estaba muy segura. Pero fuera lo que fuera, yo estaba feliz de estar ahí. Y volver a sentirme como antes.

Aparqué cerca, a la vuelta de la esquina, y me dirigí a pie al café. Mientras rodeaba la esquina, las vi antes de que ellas me vieran. Perdita estaba con ella, como prometió. Anita estaba en un bonito y pequeño vestido de verano, leyendo su libro bajo el sol, tomando un sorbo de café, y Perdita estaba acurrucada a sus pies. Se había convertido en una hermosa perra con un hocico largo, puntiagudo y de delicadas características. Llevaba un delgado collar azul con una etiqueta dorada. Anita la había estado cuidando bien.

Pero nunca dudé que lo haría. Ni por un momento. Me quedé allí por mucho tiempo, sola, observándolas. Envidiándoles su felicidad.

Simplemente sentadas allí al sol. Anita ni siquiera había levantado la vista de su libro o su reloj, con curiosidad de saber dónde podría estar. Ella estaba despreocupada y feliz.

En comparación, me sentí como un monstruo. Demasiado alta, demasiado delgada, demasiado triste y enojada para siquiera pertenecer al mismo mundo que ellas.

Había perdido tanto tiempo con las dos y había tanto que quería decirle a Anita. Tantas cosas por las que disculparme. O al

menos eso pensé en ese momento. Cuando me acerqué a su mesa, Perdita abrió los ojos y por un momento pensé que sabía quién era.

— ¡Cruella!

Anita se puso de pie para saludarme, se paró frente a Perdita y me impidió agacharme a saludar.

— Hola, Anita — dije.

Anita miró a Perdita y trató de convencerla de que saliera detrás de ella para saludarme.

—Perdita. Te acuerdas de Cruella. Di hola.

Perdita movió lentamente la cabeza por el lado derecho de las piernas de Anita, mirándome, pero no se acercó a saludarme. Tengo que admitir que estaba destrozada. Había puesto todas mis esperanzas en este encuentro.

— Lo siento, Cruella. Ella generalmente no es así. Estoy segura de que una vez que te conozca mejor, se sentirá más en confianza contigo.

Dulce Anita. Siempre tratando de salvar mis sentimientos. Pero pensé que tal vez ella tenía razón. Quizás Perdita me recordaría.

—Oh, Perdita. Me duele que no me recuerdes. Ya sabes, una vez fuiste mía.

Por supuesto, la perra no sabía lo que estaba diciendo. Pero tal vez fue más para beneficio de Anita de todas formas.

—Oh, Cruella. Por favor, no lo tomes de esa manera — dijo, luciendo sinceramente triste por mí.

Fue eso, la misma mirada que todos me daban. Odiaba esa mirada.

Estaba dispuesta a contarle todo a Anita, toda mi historia. Decirle que tenía razón sobre mi mamá, sobre cómo había tratado a mis sirvientes y cuánto lamenté estar enojado con ella por perseguir sus propios sueños. Pero algo sucedió mientras estaba sentada allí. Honestamente no puedo decir exactamente que era, pero algo cambió dentro de mí. Algo estalló. Se sintió como una corriente cubriéndome, una versión mucho más intensa de la sensación que había tenido cuando me puse mis viejos adornos, un sentimiento que crecía a medida que me acercaba a Londres. Ahora, no estoy diciendo que Londres haya tenido algún efecto mágico en mí. No creo en esas cosas. Pero sucedió algo. Sentí un indicio de mi transformación en el momento en que me preparé para dejar el salón del infierno, y se hizo más y más fuerte mientras me dirigía a Londres.

Tengo una teoría, pero probablemente pensarás que estoy loca.

Dejaré que pienses lo quieras. Pase lo que pase, sea lo que sea, estoy agradecida.

Mientras Anita me contaba sobre su vida, Perdita me miró con miedo desde debajo de la silla. Ella parloteaba una y otra vez sobre cómo ella y Roger se habían conocido en el parque, una historia que ya conocía, pero me senté allí sufriendo, mientras ella parloteaba, completando los detalles.

— Cruella, simplemente amarás a Roger. Él es un compositor tan talentoso, — dijo, sonriéndome. — Tengo que contarte cómo nos conocimos. Puedes creer que lo odié al principio..? Su perro, Pongo, se estaba portando mal en el parque, tratando de conseguir la

atención, y allí estaba Roger persiguiéndolo como una especie de tonto, agarrando la correa de Pongo, enredada con la de Perdita, haciéndonos caer al agua. Fue hilarante.

— Eso suena muy romántico — dije, sin querer decir una palabra.

— Lo fue. Era como si saliera de una de nuestras historias, Cruella. Recuerdas cómo la princesa Tulip molesto al Prince, oh, ¿cómo se llamaba?

— Príncipe Popinjay, — dije. — Creo que ese era su nombre.

— ¡Sí! ¿Recuerdas que a Tulip no le agradaba al principio, pero después de un tiempo se enamoraron? Así fue. Tanto para mí como para Perdita.

Todo esto me repugnaba. Mientras estaba sentada ahí, y escuchaba su historia, me encontraba cada vez más distraída por ese sentimiento que se estaba clavando sobre mí.

— Pero, por supuesto, estoy siendo insensible. Escuché sobre tu Jack. Lo siento mucho, Cruella — ella dijo.

En lugar de calidez y comodidad, simplemente sentí frío. Un enorme vacío.

De alguna manera, volver a conectar con Anita ya no era importante. No entendí al principio, cómo algo tan importante para mí pudo evaporarse repentinamente. Antes de que me preparara para dejar el salón del infierno, había estado tan llena de esperanza de un nuevo comienzo con Anita, que me había engañado a mí misma para pensar que volvería a caer fácilmente en la amistad, o incluso en la hermandad. No sé qué me poseyó. Eso era como si estuviera bajo el mismo hechizo que me había sobrevenido en Navidad tantos años

antes, cuando Anita me había embrujado haciéndome pensar que mi mamá era una persona malvada e intrigante. Cuando me convenció de que mis sirvientes me amaban más que a mi querida madre. Mientras estaba sentada ahí y al escuchar lo maravillosa que era la vida de Anita, me convencí de que debí haber perdido temporalmente los sentidos, cuando decidí llamarla. Mi disgusto por ella se intensificó mientras me estaba sentaba allí escuchando su parloteo.

Una y otra vez sobre Roger y Pongo, apenas reconociendo mi pérdida o incluso consciente de que escucharla hablar del tonto de Roger me haría extrañar a mi Jack. Y cuanto más hablaba más la despreciaba a ella ya su estúpido perro. Ninguna de las dos me amaba más. Perdita incluso ni siquiera me reconoció. Mamá tenía razón sobre ella. Ella era sencilla, vulgar e indigna de mi amistad.

Quería lastimarla, como si ella me hubiera lastimado a mí, quería hacer algo para demostrarle que no era alguien para ser compadecido, quería hacer algo de mi vida, algo espectacular, y hacer que mi madre estuviera orgullosa de mi otra vez. Era todo en lo que podía pensar. Estaba obsesionada.

Sentarme allí con Anita y Perdita era una pérdida de tiempo. Tenía que idear un plan. Alguna manera de distinguirme de la forma en que mi madre siempre había querido que lo hiciera. ¿Pero cómo? ¿Cómo iba yo a hacer eso?

— Cruella, ¿estás bien? Pareces estar perdida en tus pensamientos — dijo Anita.

— Lo siento, Anita, supongo que estoy un poco triste, Perdita no me recuerda, — dije, agarrándome de algo que sonaba creíble.

Y luego la bestia me gruñó.

— Lo siento, Cruella. Suele ser muy dulce. No sé por qué está siendo así. Quizás simplemente se siente particularmente vulnerable con extraños debido a su condición.

— ¿Qué? — dije. — ¿Qué condición?

— Los cachorros, Cruella. Me temo que nacerán muy pronto.

— ¿Perdita va a tener cachorros?

Parpadeé. Y luego, se me ocurrió. Una forma de vengarme. Una manera de lastimar a Anita y a su estúpida perra, Perdita. Una forma de distinguirme.

Finalmente podría hacer que mi madre se sintiera orgullosa de mí.

Nada más importaba ahora.

CAPITULO XIX

YO CULPO A LOS SECUACES

Yo culpo a Horace y Jasper. Mi plan podría haber funcionado si no fuera por ellos. Honestamente, yo supongo que es mi culpa por contratar a unos tontos de mente tan simple. La próxima vez, sabré que es mejor no contratar a hombres de aspecto furtivo tomados de un callejón. ¿Qué esperaba? No es como si tú pudieras checar referencias cuando contratas secuaces ¿ahora puedes? No es como si pudieras llamar a los anteriores empleadores y preguntar si ellos hicieron bien sus fechorías. Pero ellos realmente hicieron un desastre con todo. Bueno, mis adorados fanáticos saben la verdad. Incluso si los periódicos dicen otra historia. Incluso si ellos me pintan como una maniaca con todos esos harapos.

Sí, hubo un accidente automovilístico.

Sí, los cachorros se escaparon.

Pero yo tengo otro plan. *Un mejor plan.* Un plan que funcionará esta vez. Y lo haré sin estos idiotas secuaces. ¡Tendré éxito! Es una idea absolutamente brillante, y los Radcliffes, bueno, ellos están jugando justo en mis manos, ¿no es así? Reunir a todos esos perros en un solo lugar.

Pero nos estamos adelantando. Sé de lo que quieres oír. Bueno, déjame decirte mi versión de la historia.

Mientras conducía a casa después de tomar un café con Anita, me puse más lívida. Y a medida que crecía esa ira, vi todo con más claridad. No me lamentaré por mis pensamientos confusos de antes. No cuestionaré por qué. Nada de eso importa. Mi único

arrepentimiento era dudar de mi mamá. Era la mujer más magnífica que he conocido. Dueña de sí misma, hermosa, rica y siempre cubierta de pieles. Ella me mostró cuánto me amaba dándome pieles desde que tengo memoria. Y siempre con el mismo mensaje. *Distinguirse*. Bien, yo decidí que lo haría, y que me redimiría ante sus ojos, por las veces que me alejé y dudé de ella. Finalmente sería capaz de demostrarle mi amor, de la misma forma que ella me había demostrado el suyo. Y le mostraría que yo era una mujer fuerte, competente, justo como ella, capaz de sobrevivir incluso al más grande de los desamores y las desgracias. Y si yo derribaba a mis enemigos en el proceso, bueno, simplemente espléndido.

¡Y todavía lo haré! ¡Sólo porque estos tontos arruinaron toda la primera vez, no significa nada! Nunca debí confiarles el trabajo en primer lugar. No puedo creer que les di a esos idiotas el resto de mi dinero para comprar cada cachorro Dálmata de cada tienda, ¡sólo para que ellos lo perdieran junto con Perdita, Pongo y sus cachorros! Perdita era legítimamente mía, ¡y también sus pequeñas bestias manchadas!

No importa. Esperaré. Esperaré hasta el momento adecuado. Estaba demasiado apresurada. Lo veo ahora. Y deberé tener un ojo puesto en estos idiotas. Nunca debería haberlos dejado a ellos y a esos cachorros solos en Hell Hall. Pero no pude esperar. Tenía que decirle a Mamá lo que tenía en mente. Tenía que decirle que finalmente haría que su más grande deseo se hiciera realidad. Cometí errores. Yo nunca debería haber dejado a esos tontos solos en Hell Hall, ni debería haber ido con mi madre con las manos vacías. No debería haberle contado mi plan hasta que estuviese completo. Lo veo ahora. He aprendido mi lección.

Quiero decir, queridos, ya lo habéis leído en todos los periódicos ¿no? Sería aburrido para mí contártelo. Pero digamos que no lees los trapos de basura, o de alguna manera nunca has leído un periódico en tu vida o has visto mi cara salpicada por todas las noticias. Digamos que no has visto esas entrevistas llenas de lágrimas con Anita y su tonto Roger, contando cómo entré en sus vidas y les robé

sus cachorros. Sé que lo has hecho, pero por el bien de la discusión, te lo diré de todos modos.

Llamé a Anita poco después de nuestra cita en el café y le dije todo lo que tenía originalmente planeado decirle ese día. Como ella tenía razón. Como yo detestaba a mi mamá. Como ella había tomado todo de mí. No es que quisiera decir una palabra, fíjate. Pero tenía que hacer que me creyera. Lo dije para que hiciera que su dulce y sencilla alma se compadeciera de mí. Quería esos cachorros. ¿Y a quién mejor para dárselos que a una viuda abandonada y con el corazón quebrantado? Como predije, Anita estuvo de acuerdo en que yo podía tenerlos. Ella siempre fue una simple tonta.

Pero cometí un trágico error.

Pasé por la casa para saludar y comprobar el progreso de Perdita. *Nunca* debí haber intentado fingir que Anita y yo seguíamos siendo amigas. Lo que podía ocultar fácilmente en el teléfono, era imposible de ocultar en persona. Mi desprecio por ella, Roger y sus estúpidos perros, quedó escrito en mi rostro desde el momento en que miré por primera vez sus aburridas caras. No podía soportar estar en su casucha, —y Roger lo sabía.

En el momento pensé que había jugado mi papel remarcablemente bien. Fui la triste, solitaria y desgraciada que necesitaba, para que ella sintiera pena por mí y me diera a esos cachorros. Jugué el papel magníficamente. Me paré en la puerta, lista para hacer mi gran entrada, cuando escuché voces en el interior.

¡El tonto de Roger estaba cantando! Oh, era demasiado, demasiado te diré. Cuando escuché las palabras de la canción. ¡Él estaba cantando sobre mí!

¿Cosa malvada? Cosa Malvada, ¿puedes creerlo?

La rabia se apoderó de mí. Bueno, les mostraría. ¡Daría la actuación más grandiosa de mi vida!

Y entonces pasó. Toqué el timbre, ¡y quien abrió la puerta fue la señora Baddeley! Solo me quedé momentáneamente desconcertada

al ver a la mujer regordeta parada en la entrada de Anita. ¿Esta era la sirvienta de la que me había hablado en sus cartas? ¿La que llamaba Nanny? ¡No tuvieron hijos! Anita todavía debía mirarla como una especie de figura materna. Oh, quien sabe. ¿A quién le importa? A mí no. Fingí no reconocer a la tonta, la empujé a un lado y centré mi mirada en Anita. Fue la mejor y más espectacular entrada que yo había hecho jamás.

Me abalancé directamente hacia Anita y Roger. Entré en esa casa y estaba deslumbrante. ¡Vestido negro, joyería de jade, mi abrigo de piel blanco forrado en rojo, y zapatos rojos!

—¡Anita, querida! —dije, mis brazos extendidos. Realmente fue mucho. Demasiado fabulosa para ese pequeño tugurio.

—¿Cómo estás? —preguntó la pequeña mujer en su pequeña casa, su voz tan suave y tímida como la de un ratón. ¡Ha! ¡Eso rimó![2] Y mejor de lo que Roger lo hace en sus tontos jingles. Por supuesto que había escuchado la insípida canción de Roger sobre mí mientras estaba de pie en la puerta, y había escuchado su conversación. Así que Anita le contó a Roger cómo yo la había cuidado en la escuela. Como la había defendido. Él me llamó su *muy devota compañera de escuela*, y así era. Ahora iba a recurrir a esa amistad. Era hora de que me pagara por todos los problemas en que me había metido por defenderla. El tiempo que me pagaran por todas esas noches que ella vivió en mi casa, comió mi comida y se acercó a mis sirvientes. Era tiempo de que me pagaran por amarla más de lo que me amaban a mí.

Y entonces yo recordé. Se suponía que debía ser una figura trágica, no una imposiblemente magnífica. Pensé que sería mejor bajar el tono. Tenía que recordar que yo era la viuda afligida y abandonada, después de todo. Estaba sola y triste y necesitaba cachorros que trajeran alegría a mi monótona y vacía vida.

—Miserable, querida, como siempre. Perfectamente miserable—dije. Tenía que mantener las apariencias ¿no es cierto? Perdita no

[2] En inglés. House:casa y Mouse:ratón.

estaba a la vista, y ese Pongo cara de tonto estaba bajo mis pies, mientras buscaba en su pequeño apartamento, tratando de encontrar a la miserable bestia.

—¿Dónde están? ¿Dónde están? Por el amor de Dios, ¿dónde están? — ¿Dónde estaba Perdita? No pude encontrarla y no vi ni un cachorro solitario por ningún lado. ¡Me prometieron cachorros! ¿Cómo iba a distinguirme sin esos malditos cachorros? Oh, esto era un desastre.

—¿Quién, Cruella? Yo no…—Anita comenzó.

¿Quién? ¿Quién? ¿A quién diablos crees que me refiero? Pensé. Dios mío, En qué idiota se había convertido Anita. Y no era de extrañar con todo el alboroto que bajaba del ático. Ese maldito tonto que tocaba los cuernos estaba ahí arriba haciendo una amenaza de sí mismo. ¡No tengo idea de cómo vivía Anita con un hombre tan horrible!

—Los cachorros, ¡los cachorros! —Dije. —No hay tiempo para juegos. ¿Dónde están los pequeños brutos? —Yo casi dejo a los cachorros fuera de la bolsa con eso. *Cruella, contrólate. Anita necesita pensar que quieres amar y proteger a las bestias.*

—¡Oh! Estarán en al menos tres semanas. No se puede apresurar estas cosas, ya sabes— ella dijo, sin siquiera pestañear. Tal vez no me había oído llamarlos brutos. Roger estaba tocando su música tan fuerte que apenas podía oírme pensar.

—Anita, eres tan ingeniosa— dije, decidiendo que necesitaba untarle mantequilla a ella y a ese miserable Pongo. —Aquí, perro, aquí. Aquí, perro— pero la bestia solo gruñó hacia mí.

—Cruella, ¿no es ese un nuevo abrigo de piel? —preguntó Anita. Supongo que era nuevo para ella. Fue el abrigo que Mamá había conseguido para mí por mi vigésimo quinto cumpleaños. Pero yo no le iba a decir eso. Por lo que Anita sabía, yo odiaba a mi Mamá ahora.

—Mi único verdadero amor, querida. Yo vivo por las pieles. *Adoro* las pieles. Después de todo, ¿hay en este miserable mundo una mujer que no las tenga? —Y era verdad. Mi plan se estaba concretando aún más cuando escuché mis propias palabras. No había una mujer viva que no amara las pieles, y mi madre claramente no era la excepción. Ella las amaba incluso más que yo. *Santo cielo*, pensé. *¿Ese hombre horrible tiene que tocar la bocina tan fuerte?* Realmente me estaba poniendo de los nervios.

—Oh, me gustaría tener un lindo abrigo de piel, pero hay tantas otras cosas— comenzó a decir Anita, pero la interrumpí.

—Dulce y sencilla Anita. ¡Lo sé, lo sé! Esta horrible casita es el castillo de tus sueños— dije. — ¡Y el pobre Roger es tu audaz e intrépido Sir Galahad! —Dije riendo.

—Oh, Cruella— dijo Anita tranquilamente. Yo conocía aquel tono. Era el tono que ella usaba cuando yo había ido demasiado lejos. Ella lo usó durante toda nuestra infancia, el pequeño idiota tono condescendiente. Pero me había olvidado de mí misma. *No seas tonta, Cruella. No estropees esto. Elije otro tema. Di algo dulce.*

—Y luego, por supuesto, tú tienes tus pequeños amigos manchados. —dije, paralizada por una foto de Pongo y Perdita. —Oh, sí. Sí, debo decir, abrigos tan perfectamente hermosos. — Tenía que salir de ahí antes de que Anita se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Era claro que Pongo no confiaba en mí, y tenía que admitirlo, me resultó difícil interpretar mi papel. Era como el día cuando tuve que gritar a Jackson y a mi mamá, después que Jack muriera. Me había visto a mí misma actuando, diciendo cosas sin intención, pero no podía reprimirme. Me estaba pasando lo mismo con Anita. Tenía presente en mi cabeza decirle algo dulce, decirle algo amable sobre ese tonto de Roger, pero cuando abría la boca solo salía la verdad. No tenía idea de lo que me estaba pasando. Fue enloquecedor.

— ¿No quieres algo de té, Cruella? —Anita preguntó. Pero yo tenía que irme. Si me quedaba un momento más ella iba a atraparme.

—No, tengo que irme corriendo, querida. Avísame cuando los cachorros lleguen. Lo harás, ¿no es así, querida?

—Sí, Cruella—dijo Anita, como la buena niña que era. Ella nunca me decía que no.

—Ahora, no lo olvides, es una promesa. —dije, y me fui tan rápido como pude. —Nos vemos en tres semanas, ¡hasta la vista, querída!

El plan empezó bastante bien, ¿no crees? Incluso con mis pequeños errores tuve a esa estúpida Anita comiendo de la palma de mi mano. Había visto dónde vivía. Era peor de lo que había imaginado. No había forma de que pudiera costear los gastos de dos perros y sus cachorros, y nunca rompería una promesa. Ella no era de esa clase. Además, Perdita era mía. Lo mínimo que podía hacer era darme sus cachorros. Todo iba exactamente como lo había planeado.

CAPITULO XX

UNA SALVAJE Y TORMENTOSA NOCHE

Anita me llamó al salón del infierno temprano una noche, casi tres semanas después, para hacerme saber que los cachorros estaban llegando. Parecía como si se estuviera arrepintiendo de decirme que podía tenerlos. Como si estuviera tratando de descubrir como escabullirse de su promesa. Bueno, yo no iba a dejarla. Conduje hasta allí de inmediato. Incluso si no podía tener a los cachorros esa noche, y tenía que esperar hasta que ellos estuvieran lo suficientemente grandes para dejar a su madre, aun así, yo quería verlos. ¡Ellos eran míos! Míos, dije.

La señora Baddeley me dejó entrar a la casa y me mostró la sala de estar antes de que se fuera corriendo a reunirse con Roger y Anita en la cocina. ¡Creo que ella estaba asustada de estar sola en la habitación conmigo! Paseé en la sala de estar, esperando que nacieran mis cachorros, mientras todos los demás se preocupaban y arrullaban a Perdita y Pongo. Y luego escuché la noticia. Escuché los gritos de la señora Baddeley hacia la sala de estar. —¡Los cachorros! ¡Los cachorros están aquí! — ella gritó. Y luego vino la voz de Roger.

—¿Cuántos?

¿Ocho? ¿La había escuchado decir que había ocho cachorros? Dios mío. Qué podría hacer con ocho cachorros. Iba a ser mejor de lo que planeaba. *Ocho cachorros.* Y luego la mujer gritó de nuevo.

—¡Diez! — *Diez cachorros.* No podía creerlo. Continué paseando por la sala de estar, pero no podía escuchar nada de lo que estaba pasando en la cocina.

—¡Once! —gritó la señora Baddeley, y el número de cachorros continuó creciendo. Esto era incluso mejor de lo que había esperado. ¡Era un milagro! Esperé por lo que se sintió como una eternidad para que todos salieran de la cocina. Ellos estaban allí, susurrando sobre algo. Hablaban en voz baja; Apenas pude oírlos. Y luego lo escuché. *Quince cachorros.* No podía esperar más. Tenía que verlos.

—¡Quince cachorros! ¡Quince cachorros! Qué maravilloso, qué maravilloso, qué perfecto...Ugh. —Esperen. Algo no estaba bien. ¡Ellos no tenían sus puntos! Cualquiera podría hacer un abrigo de piel blanco. Incluso yo tenía uno de esos, por el amor de Dios. ¡Quería piel manchada! Tenía que ser manchada; ¡Tenía que ser especial! ¡Me han robado! ¡Me mintieron! ¿Qué había estado haciendo esa Perdita? Cachorros blancos, de verdad. —¡Oh, el diablo se lo tome, son mestizos, sin manchas! Sin ninguna mancha en absoluto. ¡Qué rata blanca más horrible! —Dije, mirando a la fea criatura en los brazos de la Sra. Baddeley.

—¡No son mestizos! — gritó la señora Baddeley. —Obtendrán sus manchas. ¡Sólo espere y verá!

—Así es, Cruella. Tendrán sus manchas en unas pocas semanas— dijo Anita, saliendo del baño.

—Oh, bueno, en ese caso, los tomaré todos. Toda la camada. Simplemente diga su precio, querida— le dije. Sabía que ella solo esperaba que yo quisiera algunos de ellos. Me había prometido la camada antes de saber cuántos cachorros llevaba Perdita. Bueno, tenía la intención de llevármelos a todos.

Anita parecía afligida. —Me temo que no podemos renunciar a ellos. Pobre Perdita, estaría desconsolada.

Ella había cambiado de opinión. ¡Ella había roto su promesa! Yo estaba lívida, pero traté de parecer fría.

—Anita, no seas ridícula. Posiblemente no puedas permitirte el lujo de mantenerlos. Apenas pueden darse el lujo de alimentarse ustedes— dije. Pero Anita no se movía.

—Estoy segura de que lo llevaremos bien— dijo, con decisión.

—Sí, lo sé. Lo sé. Roger ... ¡las *canciones* de Roger! —No podía dejar de reír. —Oh, de verdad, basta de tonterías. Te pagaré el doble de lo que valen. Vamos, estoy siendo más que generosa— Saqué mi talonario de cheques, aunque apenas tenía dos libras para frotar. ¡Maldita sea esta pluma! ¡Arruine esta miserable, miserable pluma, ah! Fue realmente muy divertido, cuando lo pienso ahora. La tinta se esparció toda sobre Roger. —¿Cuándo los cachorros pueden dejar a su madre? ¿Dos semanas? ¿Tres semanas? —pregunté, casi no podía esperar.

—Nunca— ese era Roger. Él había encontrado su voz. ¡Ese tonto tartamudo dijo que no me iba a dar ni un solo cachorro! Tuve que preguntarle a Anita si hablaba en serio. Quiero decir, en serio, ¿cómo puedes tomar en serio a un hombre así? Era una broma. Un hazmerreír. Imagínense, un hombre como él tratando de plantarme cara.

¿Y Anita? Bueno, si ella quería ser un trapo de cocina de tontos, entonces esa sería su desgracia. Yo había terminado con ella. Con todos ellos.

—Me vengaré. Sólo esperen. ¡Lo lamentarán, tontos! *¡Idiotas!*

CAPITULO XXI

CIENTO UN DALMATAS

Mis secuaces, Horace y Jasper, me lo contaron todo. Cómo encerraron a esa idiota de la Sra. Baddeley en el ático y se llevaron a los cachorros. Ella siempre fue una vieja tonta, y ahora era una tonta aún mayor que antes. Engañaron a la anciana, no es que fueran necesarios muchos trucos de su parte. Esperaron hasta que Anita y Roger llevaron a Perdita y Pongo a caminar, luego simplemente tocaron el timbre e inventaron una mentira, fingiendo que estaban allí para arreglar la electricidad o el gas o algo. Sencillo. Y, oh, qué revuelo hizo. Uno pensaría que alguien había secuestrado a la Reina por la forma en que todos actuaban. ¡Estaba en todos los papeles! Y realmente fue muy divertido ver las fotos de Anita y Roger. Leyendo el relato de la historia de esa vieja desaliñada. Me reí cuando leí todos los titulares. No pude evitarlo. En serio. Tanto alboroto por un montón de cachorros. Me estaba quedando en un hotel en Londres, el placer de mamá. Ella estaba en la ciudad alojándose en el mismo hotel, y nos reuníamos para cenar. Solo tenía que contarle mis planes. No podía esperar a ver la expresión de su rostro cuando le dije lo que estaba haciendo. Lo que tenía en mente. Mi plan maestro. Oh, era demasiado divino. Ella estaría tan orgullosa de mí.

Lo tenía todo planeado. Tenía a esos secuaces tontos quedándose en Hell Hall con los cachorros mientras yo estaba escondida a salvo en mi habitación de hotel. No había forma de que pudiera conectarme con esos cachorros o esos idiotas de Horace y

Jasper si Scotland Yard se acercaba. Gracias a Dios que mamá estaba en la ciudad.

Pero los papeles. Oh, los periódicos. ¡Eran un parloteo! Los leo en la cama, deleitándome con la miseria de todos mientras esperaba que mi cabello se arreglara. Tenía una noche maravillosa planeada con mi mamá y quería lucir lo mejor posible.

— ¡Secuestro de perros! Tsk, tsk. ¿Puedes imaginar algo asi? Quince cachorros robados. Pero son cositas encantadoras —. Sufría ataques de risa. —Anita y su tímido Beethoven. ¡Pipa y todo! ¡Oh, Roger, eres un tonto!

Honestamente, no podía recordar cuándo me sentí mejor. Todo estaba divino. Fue la velada más deslumbrante que había tenido en mucho tiempo, desde que Jack estaba vivo. Todo era demasiado maravilloso. ¡Tenía los cachorros escondidos en el salón del infierno y pensé que me había salido con la mía! Mi venganza contra Anita y el tonto de su marido. ¡Decirme no! Inventando canciones miserables sobre mí. ¡Yo! ¡Cruella de Vil! Les había enseñado una lección que nunca olvidarían. Tal vez le enviaría a Anita un pequeño abrigo, como regalo de agradecimiento. Ella había dicho que le gustaría uno, después de todo. Pero, por supuesto, ese músico de pactotilla no podía permitirse comprarle uno. ¿Por qué no enviarle un regalito?

¡Oh, había perdido la oportunidad de tener una vida maravillosa, viajando por el mundo conmigo!

Pero no debo vivir en el pasado. Pensé que todo iba de maravilla y no podía esperar para contarle a mamá lo que estaba haciendo. ¡Ella estaría tan orgullosa de mí! Su hija, la primera en hacer abrigos de piel con cachorros manchados. ¡Y ella lo adoraría!

Ella había querido una bufanda hace todos esos años, y esto sería mucho más magnífico. Todo iba de maravilla.

Por supuesto, no me importaba mucho que Scotland Yard me investigara y me llamara para interrogarme. ¡A mí! Sé que fue Roger quien los envió olfateando a mi alrededor. Tenían carteles pegados por toda la ciudad y los periódicos estaban salpicados de esos cachorros y esas caras de tontos. Entre eso y el interés de Scotland Yard en el caso, esos imbéciles de Jasper y Horace estaban nerviosos.

Me llamaron al hotel a pesar de que se los había prohibido. Pensé que era mamá llamándome para confirmar nuestra cena más tarde, pero era Jasper.

—¿Hola? ¡Jasper, Jasper, idiota! ¿Cómo te atreves a llamar aquí?

No podía creer que me estuviera llamando al hotel. Pedazo de tonto que era, no podía seguir ni la más simple de las instrucciones.

—¡Pero no queremos nada más de esto, queremos nuestro pago!

Esto era demasiado. Demasiado. ¿Realmente tuve que tomar sus manos mientras trataba de prepararme para salir por la noche con mi mamá? ¿Por qué diablos estaba pagando a estos idiotas con lo poco que me quedaba?

—Ni un chelín hasta que el trabajo esté hecho. ¿Lo entiendes? —Dije.

¡De ninguna manera iba a pagarles por un trabajo a medio hacer! Pero no cederían.

—¡Está aquí en los periódicos, con fotos y todo!

—¡Ignora los periódicos! Mañana se olvidaran—, dije.

Y era verdad. De todos modos, ¿a quién le importaba un montón de cachorros? Mañana el mundo encontraría algo más por lo que enfadarse.

—¡Ah, cállate, idiota! — él dijo.

¡No lo podía creer!

—¿Qué?

—¡Oh no! Usted no, señorita. Me refiero a Horace aquí.

—¡Qué imbécil! — Y colgué el teléfono.

Todo esto fue demasiado. Demasiado. Decidí que sería mejor llamar a Anita y ver si había algo en la ansiedad de Jasper.

Estos secuaces idiotas estaban haciendo estragos en mis nervios. Esto era lo último que necesitaba antes de reunirme con mamá. Lo último. Alguien finalmente respondió el teléfono. Era ese ridículo tartamudeo de Roger.

—¿Hola, hola, inspector? — tartamudeó.

¡Ah, entonces habían estado hablando con el inspector!

—¿Anita está ahí? —, pregunté.

—¿Quién? —, preguntó. — ¡Estrellas mías, qué tonto! ¡Anita! ¡Oh, es para ti! —, dijo con frialdad, pasando el teléfono a Anita. Su dulce voz fue un bonito cambio del tono acusador de Roger.

—¿Hola?

—¡Anita, cariño!

—Oh, Cruella—. No parecía feliz de saber de mí.

—Oh, Anita, qué cosa más espantosa. Acabo de ver los periódicos. No podía creerlo.

—Sí, Cruella, fue todo un shock. Roger, ¡por favor! — Ese tonto debe haber estado parloteando en su oído durante toda nuestra conversación. No escuché lo que estaba diciendo, pero supongo que no fue nada agradable. —Sí, sí, estamos haciendo todo lo posible— dijo.

—¿Has llamado a la policía?

—Sí, llamamos a Scotland Yard. Pero estoy asustada…

Y luego ese hombre horrible le quitó el teléfono a Anita.

—¿Dónde están? —, él demandó.

Y luego fue Anita de nuevo.

—¡Idiota! — Ella exclamo.

—¡Anita!

—Lo siento, Cruella. — Oh, ella había estado hablando con Roger. Eso me hizo sonreir. Les pregunté si me mantendrían informado sobre su pequeño drama. —Sí, si hay alguna noticia te lo haremos saber. Gracias, Cruella.

¡Decir ah! Claramente, ella pensaba que Roger también era un idiota. Me alegré de ver que estaba de mi lado. Estábamos bien. No tenían pistas. Scotland Yard no volvería a molestarme. Horacio y Jasper no tenían nada de qué preocuparse. No tenía nada de qué preocuparme. Excepto por una cosa: ¿qué iba a hacer con solo quince cachorros? Eso ni siquiera haría la bufanda que tanto le gustaba a mamá. Necesitaba más. Muchos más. Y lo último que

necesitaba era que me vieran comprando hasta el último cachorro de Londres.

No, necesitaba un poco más de esos desgraciados. Y necesitaba más cachorros.

A pesar de ser unos idiotas, Jasper y Horace se las arreglaron para comprar cada cachorro dálmata que sus manos alcanzaron. Llevándose todo el dinero que tenía. No quedaba ningún cachorro en todo Londres.

¡Todos eran míos! Llamaron al hotel desde el teléfono público en el pueblo de nuevo cuando me dirigía a encontrarme con mi mamá en el restaurante del hotel. Estaba extasiada. ¡Ciento un dálmatas! Podría hacerle a mamá el abrigo más maravilloso que se pudiera imaginar. Sería como el día en que le di el dinero de papá. Me imaginé su sonrisa cuando lo vio. Me la imaginé diciéndome que me amaba de nuevo. Ahora que lo pienso, con tantos cachorros podría hacerme uno también. Quizás incluso algún día podría ser un magnate de las pieles. ¡Gobernaría el mundo de la moda! Mamá ama la moda. Ella la adora más que nada. Ella estaría tan orgullosa de mí. Yo también estaba orgulloso de mí mismo. Lo que comenzó como el deseo de hacer de mi mamá algo que le encantaría se convirtió en algo más grande. Mucho más grande. Algo magnífico. No podía esperar para compartir mi noticia con mi mamá.

Ella estaría tan orgullosa de que finalmente hubiera encontrado una manera de distinguirme.

Mi cena con mamá fue un desastre. Todo salió terriblemente mal. Fue mi culpa, de verdad. Debería haber esperado hasta que le hicieran el abrigo. Quizás entonces ella lo habría entendido. Pero tal como estaba, todo salió terriblemente mal.

Nos vimos en el Criterion, su restaurante favorito, para cenar. Era un lugar de la antigüedad: lujoso, hermoso y todo lo que mi madre representaba, con sus habitaciones doradas y espléndidos candelabros. Era tan celestial volver a ir a un lugar así. Estar rodeada de belleza y opulencia, y no de la miseria y la decadencia del salón del infierno. Mi madre se veía hermosa con su hermoso vestido con cuentas de oro y estaba cubierta de diamantes alrededor del cuello, en las muñecas y en muchos de sus dedos. Incluso tenía horquillas de diamantes dispuestas en su elaborado peinado. Ella estaba chispeante. Llevaba mi atuendo característico: mi vestido negro ceñido, mis joyas de jade y, por supuesto, mi abrigo de piel. Ella ya estaba sentada cuando llegué. Todas las miradas se volvieron hacia mí mientras el camarero me acompañaba a la mesa de mamá. Parecía bastante sorprendida al verme, al igual que la mayoría de los demás en la habitación. Sé que me veía espectacular esa noche, pero ¿no puede una mujer reunirse con su madre para cenar sin que la gente la mire con los ojos? ¡En serio! Sé que fui shockeante durante mis días con Jack, pero esto fue realmente demasiado.

Finalmente, me senté con mamá.

—¡Cruella! ¿Estás bien? — ella preguntó.

—Sí, mamá, lo estoy. Te ves preciosa esta noche.

—Gracias cariño. Te ves, bueno... interesante, por decir lo menos.

—¡Esperaba que pensaras eso! Tengo una noticia maravillosa para compartir contigo. Pero hagamos el pedido antes de compartir mis noticias —, dije.

—Cruella, querida, no estoy convencida de que debas salir—, dijo, mirando alrededor mientras los otros invitados miraban y susurraban.

—Oh, estoy acostumbrada a que la gente me mire, mamá. Donde quiera que vaya, la gente me mira. Jack y yo hicimos un gran revuelo en los periódicos en nuestros días.

—Cruella, estás tan delgada y pálida, cariño. Parece que no has dormido en semanas. Y tu cabello, es tan... salvaje. No te ves del todo bien. Creo que será mejor que nos vayamos.

—¡No, mamá! Tengo que compartir mi noticia contigo —, dije. — No podemos irnos, todavía no.

—¿Cuáles son tus noticias entonces, cariño? — preguntó, sus ojos pasando de mí a los otros comensales que aún nos miraban boquiabiertos. Bueno, los había atrapado. No iba a dejar que esos cazadores de estrellas arruinaran mi noche. Hacían que mi mamá se sintiera incómoda. Y no lo iba a tolerar más. Me puse de pie, levantando las manos y la voz para que todos prestaran atención.

—¿Podrías desviar tu atención de mí y concentrarte en sus propias comidas y conversaciones? — Dije, mientras mamá protestaba.

—¡Cruella, siéntate! Estás haciendo una escena.

—¡No, mamá, ellos están haciendo una escena! — Dije. — ¡Todos están arruinando nuestra velada especial! ¡Esto es Londres, por el amor de Dios! ¡No es como si no hubieran visto a una

socialité antes! Deben portarse bien y tratar de usar solo un mínimo de decoro —. Mi mamá estaba mortificada.

—Cruella, detén esto de una vez—, dijo, alzando la voz y agarrando mi brazo con fuerza, obligándome a sentarme. —¡Cruella, detén esto! ¿Qué esperabas, salir luciendo como lo haces? Te ves espantosa. En serio, Cruella. ¡Todavía llevas ese vestido! ¡Es morboso! Y mira, está colgando de ti. Pareces un susto, como un esqueleto en harapos. Por eso todo el mundo te está mirando. Ahora, por favor, vámonos.

—Pero mamá, quiero compartir mi plan. Vas a estar muy orgulloso de mí. Tengo el plan más espléndido. ¿Te acuerdas de Perdita, ese perro horrible que me dio papá? Bueno, mamá, ¡ha tenido cachorros! Cachorros! ¿No es fabuloso? Y recordé tu sugerencia de usar su piel como bufanda, así que... bueno, mamá, ¡voy a hacer exactamente eso! ¡Te voy a hacer el abrigo de piel más espléndido! ¡Oh, te encantará, mamá! ¡Sé que lo harás! ¡Y estarás tan orgullosa!

La voz de mi madre se calmó. — Cruella, querida. Detén esto de una vez. No escucharé otra palabra.

—¡Pero mamá! — Dije levantándome. —¡Sé que arruiné la sorpresa! Debería haber esperado hasta que el abrigo estuviera terminado. Pero te juro que te encantará. ¡Sé que estarás muy orgullosa de mí! — Debo haber levantado la voz más de lo que me di cuenta, porque todos en la habitación parecían hipnotizados por mí. Incluso el personal se apresuró a escuchar mi declaración. Entonces algo cambió en mi mamá. Ella pareció darse cuenta de lo maravillosa que era realmente mi idea. Me habló con la voz más tranquila y dulce.

—Sí, Cruella, querida. Esa es una idea deslumbrante. Estoy muy orgullosa de ti, pero debemos irnos. Eres demasiado famosa para salir en público. Estamos causando algo de revuelo, y no quiero que los harapos locales pongan sus manos en tu idea antes de que puedas ejecutarla —. Miró nerviosamente alrededor de la habitación. En ese momento, un hombre alto se acercó con nuestros abrigos y nos acompañó fuera del restaurante hacia la calle.

—Su coche estará aquí en breve, Lady De Vil—, dijo.

—Por favor, arregle un taxi para mi hija—, mi madre dijo.

—Pero mamá, pensé que volvería contigo al hotel. Además, tengo mi coche, puedo seguirte hasta allí.

—No querida. No creo que debas conducir. Por favor, déjame subirte a un taxi, y me encargaré de que alguien te lleve su coche al salón del infierno, quiero decir, DeVil Hall por la mañana.

—¿Qué fue eso, mamá?

—Nada, querida—, dijo. Pero sabía que debía haber oído los rumores sobre mi patrimonio, cómo lo llamaban. — Haz lo que te dice mamá y vete directamente a casa ya la cama. Pagaré el taxi. Y Cruella, quédate en casa y descansa, ¿no, querida? No salgas. Quédate quieta. Enviaré a alguien en uno o dos días para ver cómo estás

—Mamá, estoy bien. Por favor, no te preocupes

—¡Cruella, haz lo que te digo! Ahora me tengo que ir. No me desobedezcas —, dijo, lanzándome un beso y subiendo a su coche.

Creo que interpretó mal mi entusiasmo por otra cosa. Algo completamente diferente. Y no estaba segura de que entendiera mis planes. Estaba tan preocupada de que yo me llenara de fanáticos, no estoy segura de que estuviera escuchando correctamente. Bueno, yo se lo compensaría. Le haría el abrigo antes de que se fuera de Londres. Entonces ella vería. Pero se me estaba acabando el tiempo.

Ella solo estaría en Londres por cierto tiempo, así que tenía que hacerlo en ese momento. Después de que ella se fue, insistí en que me dieran mi auto, y manejé todo el camino de regreso al salón del infierno y les dije a Horace y Jasper que la policía nos estaba siguiendo. Todo eran mentiras, por supuesto. Les dije que la policía estaba por todas partes y que teníamos que matar a los cachorros de inmediato. Era la única forma en que podía conseguir que hicieran el abrigo rápidamente. Como hombres simples que eran, no tenían idea de cómo matar a un grupo de cachorros. No me importaba cómo lo hicieran. Solo quería que se hiciera. Necesitaba esos cachorros. Todavía lo necesito.

—¡Envenenarlos, ahogarlos, golpearlos en la cabeza! No me importa cómo matas a las pequeñas bestias. Solo lo quiero hecho. La policía está en todas partes —, agregué para un poco de drama. Necesitaba sacar a esos tontos de mi trasero.

Estaban pegados a la televisión. Transfigurado por un programa llamado *¿Cuál es mi crimen?* ¡Un programa de TV! ¡Un programa de TV! Malditos tontos. Tuve que ponerles algo de sentido común. Necesitaba asesinar a esos cachorros. Los necesitaba desollados. Necesitaba que le hicieran el abrigo a mi mamá. Oh sí. Ella me amaría de nuevo. Ella lo haría. Estaba segura de ello.

Escuchen, idiotas. Volveré a primera hora de la mañana. ¡Es mejor que se haga el trabajo o llamaré a la policía! ¿Lo entienden? — Necesitaba hacer sonar sus jaulas. Por supuesto que no llamaría a la policía. ¿Por qué habría? Pero esos dos no eran los más brillantes. Gracias a Dios que me creyeron.

Por supuesto, el trabajo nunca se hizo. Simplemente esto demuestra que si quieres que algo se haga bien, debes hacerlo tú mismo.

Todo salió terriblemente mal a partir de ahí, ¿no? Conoces la historia. Viste mi foto en el periódico. Y estoy segura de que viste a Horace y Jasper hablar sobro el plan cuando hicieron su aparición en su programa favorito, ¿Cuál es mi crimen? Esos estúpidos imbéciles parloteaban una y otra vez, describiendo los eventos con escabrosos detalles. Cómo perseguimos a esos cachorros en ese camino sinuoso y traicionero; cómo agarré el volante, mis ojos ardían de locura mientras me sacaban de la carretera; y finalmente, ¡cómo estrellé mi auto, dejando escapar a esos miserables perros! La recreación de mí en ese maldito programa de televisión en mi auto destrozado fue ridícula. Me hizo parecer una especie de loca con ojos salvajes y arremolinados. Una loca desquiciada que grita.

Bueno, esa no es la verdadera historia, patitos.

Ese espectáculo y esos tontos se burlaron de mí. Podría haber sido una buena televisión, pero no mostraba cómo me sentía realmente. No fue la locura lo que se apoderó de mí. Ni siquiera fue ira. Fue angustia, decepción y pérdida. Fue dolor de corazón. Cuando mi coche se precipitó sobre ese acantilado, sentí que mi vida se derrumbaba a mi alrededor. Todo estaba en ruinas. Y estaba desesperada. Pensé que había perdido mi última oportunidad de

hacer que mi mamá me quisiera de nuevo. Para hacerla orgullosa de mí.

Pero no teman, adoradores lectores. Mientras me siento aquí en el salón del infierno, mi plan de venganza brilla como una estrella en la oscuridad. Se ha convertido en mi único consuelo. Mi mayor fuente de esperanza de felicidad y reconciliación con mamá.

Los Radcliffes no me han derrotado. No. Tengo un nuevo plan. Un plan mejor, e involucra a todos esos perros que Anita y Roger están acumulando en esa propiedad que compraron con todo el dinero que ganaron con esa horrible canción sobre mí. Oh, sé que lo has escuchado. ¡Por supuesto que lo haré! ¿Creen que pueden burlarse de mí? Bueno, ¡les mostraré una "bestia inhumana"! ¡Y verán qué "cosa malvada" puedo ser! Tendré mi venganza. Recuerden mis palabras, queridos.

—¡Soy Cruella De Vil!

Pero esta vez... esta vez será diferente. Tendré que ser paciente. Tendré que esperar. No, no puedo apresurar las cosas. Tengo que tomarme mi tiempo. Anita y Roger tienen noventa y nueve cachorros viviendo en su estúpida granja, y por supuesto están Perdita y Pongo. ¡Y tendré esos perros!

Imagínense cuánto más pelo tendré después de esperar a que esos cachorros crezcan por completo. Imagínense todos los abrigos que haré y lo feliz que estará mamá cuando se los dé todos. Entonces ella me amará de nuevo. Estoy segura de eso.

Agradecimientos

Queridos lectores,

Pienso que estarán tranquilos de saber que Anita y Roger, junto a la Sra. Baddeley, Perdita, Pongo, y sus adorables noventa y nueve cachorros dálmatas están a salvo. Y, aparte de ello, saber que viven felizmente después del éxito de la canción de Royer "Cruella de Vil". Si eso no es irónico, no sé que lo sea.

Ha sido una experiencia muy inquietante escribir las memorias de Cruella. Pasé meses encerrada con ella en el salón del infierno, escribiendo su historia. No he cambiado nada. Todo lo que lees aquí es lo que ella me dijo, palabra por palabra, noche tras noche. Escuché las locuras y los desvaríos y el sufrimiento de sus ataques de risa infinita y aterradora.

El salón del infierno es un lugar frío y misterioso que hace honor a su nombre. Allí es donde ahora vive Cruella De Vil, encerrada por su madre, que apenas la visita. La antigua ama de llaves principal de Lady De Vil, la Sra. Web, la cuida. La madre de Cruella estaba horrorizada esa fatídica noche en la cena, cuando Cruella compartió sus planes de hacer un abrigo con cachorros dálmatas. Pero aún más aterrador para su madre fue el escándalo que provocó Cruella. Quizás recuerdes esa foto en los periódicos de Cruella con los ojos inyectados en sangre llenos de odio y furia. Su madre sintió que traía vergüenza a su familia, sin mencionar su posición social. Así que su madre la encerró con Web.

A menudo me he preguntado si Cruella realmente odió a la Sra. Web desde el momento en que la conoció, como ella afirma. De

alguna manera lo dudo. No me confunda, la Sra. Web es una mujer fría. Las descripciones que Cruella hace de ella no son exageradas. Para que conste, la mujer también me recuerda a una araña siniestra. Pero no puedo evitar preguntarme si las circunstancias actuales de Cruella no han empañado su memoria de la mujer. Aún así, incluso las mujeres más austeras eventualmente llegan a su punto de ruptura. Para acallar su perorata, la Sra. Web sintió que sería útil que Cruella tuviera la oportunidad de contar su versión de los hechos.

La Sra. Web había leído los libros anteriores de mi serie de Villanos y pensó que yo sería la persona adecuada para transcribir el cuento de Cruella. Y así llegué al salón del infierno.

No me corresponde a mí decirte qué pensar de Cruella De Vil y los hechos que la llevaron a ser encerrada en el salón del infierno. Pero les puedo decir esto: escuché su historia. Y sentí pena por ella. Y por un momento, sólo un momento, fíjate, finalmente llegué a entender por qué quería matar a esos cachorros. Y por qué ella todavía quiere, hasta el día de hoy. Me he pasado noches sin dormir preguntándome cómo las cosas podrían haber sido diferentes para Cruella. Me pregunto qué habría pasado si el padre de Cruella no hubiera muerto, si su madre nunca la hubiera dejado. Me pregunto qué habría pasado si Anita hubiera aceptado viajar por el mundo con ella. Y me pregunto si habría hecho alguna diferencia si Sir Huntley hubiera logrado convencerla de que se quedara con su dinero. ¿Todavía estaría encerrada hoy? ¿Estaría tramando el asesinato de ciento un dálmatas?

Y luego me pregunto si esos pendientes realmente están malditos. Quizás la cambiaban cada vez que se los ponía. Quizás no fue así. Nunca sabremos. Pero lo que sí sé es que no se los quitará.

Todavía los usa, todos los días, junto con ese vestido negro ceñido y el anillo de jade que le dio su amado Crackerjack.

Fuera lo que fuera lo que provocó el descenso de Cruella a la oscuridad y el delirio, no podía soportar la idea de que la encerraran en el salón del infierno con su sirviente de la infancia más odiado. Por supuesto, me doy cuenta de que la mujer bestial nunca podrá ser liberada. Pero, ¿Cruella realmente merece vivir el resto de sus días encerrada sin una sola persona que la ame o se preocupe por ella? ¿No es así como se convirtió en la mujer que es?

Quizás no estés de acuerdo conmigo; tal vez no crea que se merece un poquito de felicidad, pero llamé a la señorita Pricket, su antigua institutriz. Le hablé de las circunstancias de Cruella y ella accedió amablemente a venir a ayudar a cuidar de Cruella. Llegó en mi último día en el salón del infierno y se veía exactamente como Cruella la había descrito, solo un poco mayor. Me di cuenta de que la señorita Pricket todavía la amaba incluso después de todo lo que Cruella le había hecho pasar.

Podría decir que ella sigue viendo a Cruella como una pobre solitaria, hay una parte de mí que también lo hace.

Al final, no todo es siempre blanco y negro como las marcas en un cachorro dálmata.

Incluso para una cosa malvada como Cruella de Vil

Sinceramente,

Serena Valentino